PQ 6549
.N4 F3

EL FAVOR DE UN REY.

Lit. de Sanmy y C.ª

EL

FAVOR DE UN REY,

NOVELA ORIGINAL,

(SIGLO XV.)

POR

D. EUSTAQUIO MARIA DE NENCLARES.

Madrid:

Establecimiento artístico y literario de D. Juan Manini.

1844.

PQ6549
.N4F3

24629
18

A la Señora

Doña Magdalena Aleu, Mendez, Queipo de Llano.

E. M. de Nenclares.

INTRODUCCION.

¿Son exageraciones? ¿Son frases de escritor?
¡Ojala! Pero dígalo la historia, y no hay
necesidad de ir á buscar la antigua.

(Escosura. *Ni rey ni Roque.* Tom. 1.°, cap. 3.°)

Por muerte de don Juan II, rey de Castilla, ocurrida en Valladolid á 20 de julio de 1454, entró á poseer el trono su hijo Enrique IV, príncipe el mas vicioso y libertino que ha tenido la España. Entregado desde la mas tierna juventud á todos los vicios, tenia debilitado el espíritu y acabada la salud: su desmedida aficion á las mugeres, ademas de hacerle mirar como el azote y objeto de horror de las fa-

milias honradas que tenian en su seno alguna jóven hermosa, le colocó en mil lances ridículos, que servian de diversion á las gentes, y en muchos peligros de los que no siempre salió con el decoro que le correspondia. En cierta ocasion un marido noble y valiente le hizo salir del aposento de su muger á la media noche y por una ventana, desarmado y casi desnudo, despues de haberle obligado á presenciar la muerte que dió á la adúltera, y haberle escupido á la cara.

Sabidas estas cosas se atraia cada dia mas el aborrecimiento de unos, el rencor de otros y el menosprecio general de sus vasallos, descontentos y prontos siempre á revelarse contra él por los graves daños que les originaba con su mal gobierno y abandono. Pródigo de lo suyo y ambicioso de lo ageno no perdonó ocasion de vejar á los grandes confiscándoles sus bienes, que luego repartia entre sus favoritos, á quienes siempre estuvo entregado; pero con una inconstancia é inconsecuencia tal, que en mil ocasiones alejó de su persona y desterró á los que mas fieles le habian servido, para acercar y llenar de honores y riquezas á los que se habian pronunciado sus mayores enemigos y mas daño hicieron al Estado. Siendo príncipe protegió á los malcontentos que trataron de destronar á su padre, y colocar la corona en sus sienes: rey despues castigó á algunos de estos con el último suplicio, no por ver en ellos la falta que cometieron contra su soberano, sino porque temia á aquellos hombres, cuyo poder y resolucion conocia.

No cuidaba en lo mas mínimo de arreglar el Estado que ardia en contínuas discordias y guerras suscitadas por ambiciones particulares; dedicado esclusivamente á goces feos y degradantes, en nada pensaba mas que en

distraerse con sus favoritos, que en lugar de aconsejarle mirase por el bien de la nacion, le recreaban refiriéndole sus intrigas amorosas, «y no tenia diversion de mayor entretenimiento que cuando le contaban ó el trágico fin de dos amantes infelices ó las aventuras galantes de dos enamorados dichosos; y sobre todo sentia indecible complacencia al oir un lance en el que el vicio habia triunfado de la virtud, celebrando infinito que el artificio y la estratagema burlasen la vigilancia de un padre, ó hiciese una buena suerte á los prudentes desvelos de un marido (1).»

Los grandes, á imitacion de su rey, estaban en la mas completa desmoralizacion: ningun crimen les era estraño; conspiraban contra el que tenia mas poder, y arrollaban al débil; y obrando asi, creian cumplida su mision en la tierra. El honor castellano, eclipsado entonces por una nube de horrores, le juzgaban acreditado y bien sostenido con matar en duelo legal al padre, hermano ó marido de la muger que habian seducido.

No faltaban, sin embargo, algunos nobles, aunque pocos, que retirados en sus estados conservaban aquella honradez y virtudes proverbiales de Castilla; mas convencidos de que ni sus consejos ni su egemplo remediarian el mal general, ni cortarian sus progresos, se aislaban enteramente, fortificaban sus habitaciones ó castillos, y armaban á sus servidores para poder resistir á los contínuos atropellos que sufrian, tanto de los favoritos del rey, como de los enemigos de este: los primeros tomando por pretesto que protejian á los facciosos, y los

(1) Isla, compendio de la Historia de España.

segundos que pues no se armaban contra aquel, patrocinaban y aprobaban los desmanes de la corte.

Del número de estos señores, que deseaban solo conservar sus bienes y tranquilidad, era D. Fernando de Luna, pariente del famoso condestable D. Alvaro, decapitado en 1453 por orden de D. Juan II, y que declaró por inocente el consejo de Castilla 205 años despues. Huia don Fernando de la corte, tanto porque sus sanas y honradas costumbres no podian contemporizar con los vicios de ella, cuanto por un resentimiento ó rencor que conservaba al hijo del que mandó cortar la cabeza á su pariente. Era enemigo de Enrique, le odiaba y aborrecia como hombre; pero le respetaba y acataba como á su soberano; se lamentaba de su relajacion, lloraba los males de su patria; pero jamas hubiera intentado salvarla de su perdicion, si para ello era necesario contribuir á la caida de su legítimo rey. Retirado á una pequeña fortaleza que poseia en Pesadilla, don que le hizo el desgraciado D. Alvaro, y que á pesar de las revueltas conservó libre, se contemplaba mucho mas feliz gozando al lado de sus dos hijos Alfonso y Blanca de las inocentes delicias del campo, que en medio del bullicio de la corrompida corte. Se dedicaba con preferencia á amaestrar en las armas al primero, y perfeccionar la educacion de la segunda, jóven sencilla y cándida, ocupada hasta entonces en las labores de su sexo, y en divertir á su padre, cantando al laud las antiguas glorias de España.

Este era el estado que tenian las cosas en Castilla cuando principió nuestra verídica relacion.

CAPÍTULO I.

Hubo mientes como el puño,
Hubo puño como el mientes,
Granizos de sombrerazos
Y diluvios de cachetes.

(QUEVEDO.)

la luz de un estático candil se hallaban reunidos en una mala posada de San Sebastian de los Reyes como media docena de labriegos, entre los que se distinguia uno cuyo peto y espaldar abrochados al costado, á manera de coraza, y hecho de cuero de vaca bien curtido y adobado, manifestaba estar dedicado al ejercicio de las armas; no luciendo, sin embargo, ningun color particular, demostraba que era de aquellos hombres sin

bandera ni partido conocido, que tanto abundaban en aquella época, cuyos servicios vendian al primero que les buscase y pagára bien, fuese el fin cualquiera: se empleaban del mismo modo en servir la santa causa de la iglesia contra los moros, que en dar un asalto á un castillo, robarle, incendiar y sacarle á viva fuerza la muger ó hija del castellano para entregarla en brazos del que compró tan honroso favor.

Mas apartados de este grupo, á la luz de otro candil mejor espabilado y sostenido de un cuerno de cabra embutido en la pared, estaban otros dos individuos, cuyos trages, aunque de camino, revelaban personas de clase elevada. Representaba el uno como treinta años: era rubio, con largas melenas, rostro afeminado, ojos azules, pequeños y vivos, que espresaban mas animacion de la que manifestaba tener su cuerpo, que en el mayor abandono yacia mas bien echado que sentado en un banquillo colocado al frente de una mugrienta y trémula mesa. Tenia sin embargo su persona un no sé qué de autoridad, que no podia dudarse era superior en categoría al que le acompañaba. Tendria este de cuatro á seis años mas, moreno, ojos pardos, penetrantes é indagadores, grandes bigotes negros y una frente en la que el menos conocedor de la ciencia de Lavater hubiera visto retratada la audacia, el valor y la estrategia. Aunque frente á frente en la mesa, conservaba este último una distancia y postura respetuosa que no dejaban dudar era inferior á su compañero, aunque vestia igual trage en un todo. Se ocupaban en este momento en trasladar desde la mesa al estómago una muy buena empanada, que conociendo el terreno, previsores, habian traido sin duda de Madrid, acompañándola, para que no se estancase en

el camino, con sendos tragos del mejor vino que pudo procurarles el posadero. Segun su silencio y atencion al corro de los labriegos, escuchaban con gusto y cuidado la conversacion de estos.

Tenia la palabra entonces un robusto moceton, cuyo pellico de piel de cabrito, y la honda que á manera de banda llevaba, no dejaba dudar de su ejercicio de pastor.

—Sí señores: esto es castigo de Dios, como decia el P. capellan del castillo de mi amo, y el mejor dia vereis como nos envia una lluvia de fuego para castigar nuestros pecados, como ha enviado ahora esa espantosa piedra á Burgos y Valladolid.

—Pero hombre, dijo otro, y lo de Segovia!!! Eso sí que es la mano del Señor!.... cuidado con ella!.... haber matado los leones chiquitos á los grandes y habérselos comido!.... pues esto algo quiere decir!.... hé?

—Ya!.... que como los grandes son mas malos, dijo un tercero bajando la voz y echando una mirada á los de la empanada, y se comen el sudor de los chicos, los chicos se los deben comer á ellos.

—Y asi ha de suceder, añadió el pastor, pues en Peñalver un niño de tres años ha pronosticado eso y otros muchos desastres y castigos á los malvados.

—Calle! dijo tomando parte en la conversacion el soldado, y eso ha dicho el niño?.... Vaya un pico de angelito!.... Cuidado si será cotorro el muchacho!

—Es que era Dios el que hablaba por él.

—Y que creas aun esos cuentos, Ferrús!

—Cómo cuentos? dijo amostazado el pastor.

—Cuentos inventados por viejas regañonas, sandeces, en fin, mentiras!

—Cómo mentira? Sepa Vd., señor soldado, que yo mismo le he oido con estas orejas que han de comer la tierra.

—Al niño?

—Al niño, sí señor, al niño.

—Otra mentira lo que tú cuentas; dices que pasó en Peñalver, y tú no has estado jamas.

—Yo diré: si no han sido mis propias orejas, han sido las de mi cuñado el marido de mi hermana, que son para el caso lo mismo, y lo que ellas oyen doy yo por oido.

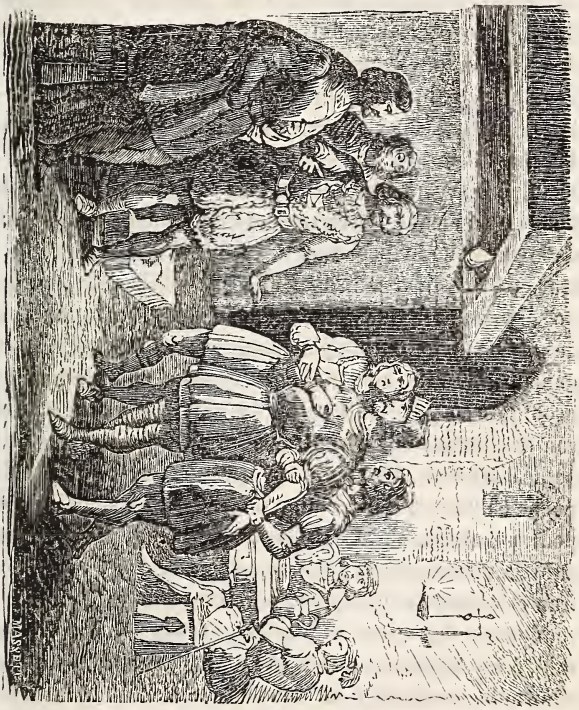
—Hé! mentira! mentira!

—Oiga Vd., señor soldado aventurero, lo que yo digo es tan cierto como que Vd. es un mal cristiano, un impío, que no cree en Dios, y un gran bellaco; y sepa, continuó levantándose, que no aguanto asi como se quiera el que á mi cuñado y á mí se nos trate de mentirosos, y que aunque no sé manejar la espada ni la lanza, con una estaca sé aplastar los sesos á otros que valgan mas que Vd.

—Calla babieca, mamatortas; tú sabras ordeñar cabras.

—Lo veremos; y le arroja el banquillo en que habia estado sentado, que fue silbando por el aire á estrellarse en la pared de enfrente. Gracias á que el soldado bajó la cabeza evitando el golpe, que si llega á recibir, le lleva la mitad del cráneo por delante; pero no bajó tanto que no le rapase un poco, ocasionándole una pequeña escalabradura. Sacar la daga y arremeter al pastor fue obra de un momento; pero los demas labriegos agarrándole fuertemente, le desarmaron, y se disponian ya á darle una mala pasada, cuando el posadero alborotado con las voces salió del cuarto de la cebada, donde estaba poniendo la cuenta diaria, y procuró calmar los ánimos y

alejar la nube de estacazos que amenazaba al soldado desarmado: tambien intervinieron los huéspedes de la empanada, y entre los tres restablecieron el orden y la armonía.



—Disimulen Vds., señores, dijo el posadero á estos últimos, el alboroto y disgusto que hayan podido tener: aunque no sé el motivo de la disputa, desde luego me

atrevo á asegurar que la ha principiado mi sobrino Ferrús con el soldado.—Estan ya hace tiempo de picadillo por cierto lance ocurrido en casa de D. Fernando de Luna, que Vds. conocerán.

—Y mucho, contestó el caballero rubio; y no me pesaria que en compensacion del mal rato me dijérais qué lance pudo ocurrir á esa buena gente en una casa en donde no creo tengan entrada.

—El lance es poco interesante, pero ya que Vds. gustan se lo contaré. Han de saber, pues, que mi sobrino Ferrús y Bertran, que es ese soldado, han estado al servicio de D. Fernando, el uno de pastor y el otro de hombre de armas. Dicen que un cierto señor ganó al soldado para que le diese una llave con la que pudiera entrar en el castillo con sus gentes para vengar en el amo no sé qué ofensa que le habia hecho. Mi sobrino tenia la de una pequeña puerta por donde sacaba y encerraba su ganado: le faltó una mañana, y no encontrándola de pronto, sacó y volvió á entrar las cabras por otra puerta con la esperanza de encontrar aun la llave, y evitar una peluca del amo, á quien nada quiso decir. Estaba á la noche siguiente dando mil vueltas por los sitios en que podria haberla dejado, cuando oyó que andaban en aquella misma puerta: se dirije hácia ella, y ve á Bertran en el pasillo y algunos hombres que ya entraban, comienza á dar voces, se alborota el castillo, acuden los soldados y huyen los que pretendian entrar. Cuando don Fernando preguntó á mi sobrino, le contó lo que yo he dicho á Vds.; pero como no habia ninguna prueba mas contra el soldado, se contentaron con despedirle del servicio, y tambien á mi sobrino por descuidado, aunque le regaló D. Fernando veinticinco cabras y algunas mo-

nedas. Salió el pobre Ferrús desesperado y jurando vengarse del soldado, á quien miraba como causante de su desgracia. Al poco tiempo vino á mi posada Bertran, y me pidió habitacion por algunos dias: hemos hecho mil reflexiones á mi sobrino para que no regañe, como queria con el soldado; le hemos contenido un poco, pero siempre estan de disputa en cuanto se juntan en cualquier parte, y mucho mas aqui, y tendré por último que privar á mi sobrino que venga á mi casa mientras esté hospedado en ella Bertran, pues yo tengo que vivir con todo el mundo, y por otra parte sea el soldado lo que quiera, paga bien y lo demas á mí no me importa.

Mientras el posadero hizo su relato, calmados ya los ánimos, estaban unidos los labriegos y el soldado, ocupándose dos de los primeros en poner en la herida de este un poco de romero mascado y mezclado con vino.

—Compadre Mateo! dijo uno de los curanderos al posadero, traednos un pedazo de lienzo y unas cintas para vendar esta herida.

—Voy al instante, aunque no sé si las encontraré, pues estoy solo por esta noche: mi buena muger Simona me ha dejado por ir á asistir á su sobrina que está de parto.

—En cuanto se retiró el posadero, llevó á un lado el caballero de las rubias melenas á su compañero, y le dijo: este hombre nos puede ser útil, segun infiero de lo que ha dicho el posadero.

—En eso estaba pensando, señor, y mucho mas porque he reconocido en él un soldado de la compañia franca que tuvo Villena, el sugeto mas á propósito para intrigas y estratagemas.

—Es preciso entonces ganarle, pues nos dará noticias interesantes del castillo. Mira si puedes sacarle de

aqui sin que lo noten, y citarle para cualquier punto.

—Nada mas fácil: el posadero no trae los paños, y yo tengo con que sustituirlos, y se acerca al herido diciendo á los que le curaban: aqui hay un lienzo fino, que partido, puede servir de cabezal y venda; yo entiendo algo de cirujía, y arreglaré en el momento un vendage.

—Gracias, señor caballero, dijo el soldado; pero tan nobles manos no se deben ocupar en mi cuidado: ademas que la herida no vale an ardite, ni merece se rompa por ella tan blanco y fino lienzo.

—Sin embargo, Bertran, yo quiero que por esta vez sigais mi consejo y os dejeis curar por mí: y diciendo y haciendo le vendó la cabeza.

—En efecto, dijo el caballero en voz alta, no vale gran cosa la herida, y creo no os impediria dar un paseo esta noche; y añadió, bajando la cabeza hasta el oido del soldado fingiendo reconocer y arreglar el vendaje, «dentro de una hora á la orilla de la balsa, camino de Pesadilla.

—No faltaré.... dijo con inteligencia el soldado, á dar mi paseo de costumbre antes de recogerme, y á ver á la reina de mis pensamientos, aunque la herida fuese tres veces mayor.

—Aqui está lo que he podido encontrar, dijo el posadero saliendo de su cuarto, y presentando unos trapos que sin duda tenia su muger para limpiar las sartenes.

—Gracias, tio Mateo, pero ya no es necesario; este señor caballero ha tenido la bondad de suplir la falta, y podeis volver esos paños al sitio en que los tenia vuestra muger.

—Sonó á poco el toque de ánimas, que entonces como

ahora en ningun pueblo pequeño marca la hora segura, sino que el sacristan tenia gana de recojerse. Igual deseo manifestaron tambien los que en la posada estaban, pues saludando muy respetuosamente á los dos caballeros, y con jovialidad y franqueza al tio Mateo, fueron marchando, menos Ferrús que se quedaba á acompañar á su tio aquella noche. Tambien salió poco despues el soldado indicando con una seña al despedirse de los caballeros que marchaba al punto que le habian designado, por lo que determinaron estos irse tambien. Mandaron preparar los caballos, lo que hizo el posadero de mala gana, pues habia consentido que dormirian en la posada ellos y sus amos, y tendria aquella mas ganancia. Los sacó, sin embargo, y presentó á los caballeros á la puerta de la calle, pasándolos por la cocina, única entrada á la cuadra: se despidió muy cortés y rendido, deseándoles buen viaje. El de los bigotes negros, despues de tener el estribo á su compañero, puso una moneda de oro en la mano del posadero, montó á caballo, y marchó á incorporarse con el rubio, que ya iba delante.

Volvia y revolvia el tio Mateo la moneda, no creyendo á sus ojos, pues nunca podia figurarse tener tal retribucion por dos horas que habian estado en la posada.—Será una equivocacion?.... por fuerza!.... pues ni el mismo rey pudiera pagar mejor. En fin, sea como quiera... ojala viniesen unos como estos todos los dias!... ó todas las semanas; y se metió en su casa cerrando la puerta.

CAPÍTULO II.

Nace un malvado; y á su vista el vicio
Bate las palmas y gozoso rie,
Viendo el nuevo aliado
Que en su cólera el cielo le ha otorgado.

(MELENDEZ VALDES, *oda* á Jovino.)

ENTILMENTE marchaban nuestros caballeros por un estrecho camino que conducia á Pesadilla hablando tan familiarmente, que cualquiera les hubiera creido dos iguales, á no haber oido el tratamiento de señoría que daba el de los negros bigotes al otro.

—Me parece, Iñigo, decia este último, un poco imprudente confiar nuestros planes á ese hombre que nos pu-

diera vender, y aunque ningun mal nos sucederia, no es bueno hacerse mas enemigos.

—Yo no sé, señor, lo que será preciso decirle, pues eso depende de lo que él pueda hacer. Nuestro plan ademas tiene que variar en algo si el soldado puede ayudarnos; pero de ninguna manera juzgo conveniente que vueseñoría se quede en el castillo mas que esta noche. Si Luna respeta al rey, no os respetaria á vos, y mas si llegaba á sospechar con qué intenciones nos habiamos introducido con engaños en su morada. Si vueseñoría tuviera confianza en mí, le propondria una cosa.

—Estraño, Iñigo, que dudes de mi confianza en tí, pues tienes pruebas de ella, y este mismo viaje es otra nueva: propon, pues, libremente lo que quieras.

—Que me deje vueseñoría manejar este asunto, y que haga en él cuanto le indique.

—Concedido: conozco tu travesura para estos lances, y no dudo saldremos bien: ya puedes principiar, pues creo que aquel hombre es el soldado.

En efecto era él, que aunque habia salido muy poco antes que los caballeros y á pie, como sabia mejor que ellos las veredas y atajos, habia llegado mucho antes, y les esperaba sentado en una gran piedra junto á la balsa. Al verlos se levantó, pero sin decir una palabra.

—Bertran! dijo Iñigo, luego que estuvieron cerca.

—Servidor de vueseñorías.

—Puntual has sido!

—Siempre soy lo mismo cuando me necesitan unos tan buenos caballeros.

—Y que pagan con tanta puntualidad como tú acudes á las citas.

—Tanto mejor. Y en qué puedo serles útil?

—Antes de manifestarte lo que debes hacer, bueno será decirte que si cumples bien, tendrás una paga cual no habrás hallado nunca; pero que si llegas á vendernos, tu cabeza indispensablemente se separa del cuerpo.

—Ignoro, señores, cuál puede ser vuestro poder; pero no dudo que sea mayor que el conocimiento que teneis de los hombres.

Esta libertad y despejo, poco cortés en verdad, mortificó el orgullo de Iñigo; pero deseoso de saber qué razon en prueba podia alegar el soldado, le preguntó:

—Y en qué te fundas para decir eso?

—En que debiais saber que el hombre si vende á otro, es porque piensa ganar mas, y si vos me dais lo que otro no me daria, nada gano en venderos, y sí mucho en seros fiel.

—Si segun la paga sirves, á ninguno lo harás mejor que á nosotros, pues tendrás lo que pidas.—Vamos al asunto. Puedes facilitar la entrada en el castillo de Luna?

—Dificil es eso.

—Si fuera fácil no te hubiéramos buscado á tí. Vamos, sí ó no? Pronto.

Despues de un momento de silencio, en que pareció reflexionar, contestó:

—Sí señor.

—Te encargas de facilitar la entrada?....

—Sí señor.

—A tres personas y las noches que sea necesario?

—Eso, no señor.

—Hombre! y por qué?

—Porque no puede ser. Lo que es la entrada para un golpe de mano de cualquier clase, yo la proporcionaria al presente y sin riesgo ninguno, siendo los que entrasen

de los que no se espantan como niños de las voces; pero comprometerme á facilitar la entrada y la salida por algunas noches y á tres, que si no en una en otra serian descubiertos, es imposible, no puedo.

—Pues es preciso.

—Cuando digo que no, es porque lo sé: nadie mejor que yo conoce todas las vueltas y revueltas del castillo ese como de otros varios, pues siempre he sido aficionado á la ciencia de correr á oscuras por las habitaciones; pero digo que es imposible no ser descubiertos á no matar antes á Nuño.

—Y quién es ese Nuño?

—Un demonio en figura de viejo marrullero, que no duerme de noche. Es el secretario y confidente de don Fernando, el intendente de la casa, el maestre-sala, el maestre-campo, en fin, todo; el que manda mas que el amo. Baste decir que no hace muchos dias que contra la propia voluntad de D. Fernando dió orden que disparasen desde el castillo contra tres caballeros que dieron en rondar por alli algunos dias, y solo por doña Blanca que estaba presente, y que dijo era una infamia ofender asi á quien ningun daño hacia, retiró la orden.

—Y sabian quiénes eran aquellos tres caballeros?

—Como no se presentaban á distancia de distinguir sus rastros, no sabian quiénes fuesen.

—Pues bien, esos tres son los que han de entrar.

—Imposible: una noche sí, y sin responder de la salida.

—Eso es no ofrecer nada.

—Y nada mas puedo yo hacer. Si fuese uno, ya era otra cosa.

—Y qué haria dentro uno solo sin tener quién le defendiera en caso de necesidad?

—Si hubiera esa necesidad, tres quedarian indudablemente muertos, al paso que uno solo podria quedar escondido y salvarse.

Esta observacion dejó un poco suspenso á Iñigo.

—Cuentas tú, continuó, con amigos en el castillo?

—Solo uno tengo con quien puedo contar como conmigo mismo.

—De esa manera podiamos ser cinco, que ninguno dejaria matarse tan facilmente: ademas, tú has dicho que sabes las entradas y salidas, y podríamos evadirnos con tiempo, y sin comprometer un lance hasta el último estremo.

—Si os empeñais en que asi sea, pondré los medios, para con ayuda de mi amigo entrar en el castillo; pero tengan vueseñorías presente que no respondo de lo que pueda suceder entrando los que quereis, ni aun una sola noche. Yo cumpliré con mi deber, conduciéndolos aunque deseen á la misma habitacion de D. Fernando; y si ese perro de Nuño nos olfatea, mi espada será la primera que abra paso.

—No es á la habitacion de D. Fernando adonde debemos ir.

—Eso poco importa: lo dificil es salvar el foso y la primera puerta, y lo mas dificil aun no ser descubiertos tres dentro; en cuanto al punto del castillo, mi compañero os dirigirá ó yo, y seremos uno mas.

—Tiempo queda para pensar en eso. Dime ahora tu plan para entrar y para cuándo le puedes realizar.

—Como no sé las providencias ni medios de defensa que han tomado desde mi salida, no puedo formar un plan cierto sin ponerme de acuerdo con mi amigo.

—Y cuándo lo verás?

—Esa es otra dificultad: ellos salen raras veces como no tengan un poderoso motivo, y siempre por poco tiempo y con licencia de Nuño: yo no puedo ir, y ahora tengo que cavilar por dónde le haré llegar un recado sin comprometerle, pues si llegan á sospechar de él, le despedirian, y entonces ya me era imposible hacer nada.

—Si solo es ese el inconveniente para arreglarlo pronto, yo le venceré, pues mañana tendrá el recado si me das su nombre y señas para conocerle.

—Y quién se le va á dar?

—Yo.

—Vos?....

—Yo: de qué te admiras? Esta noche debemos dormir en el castillo.

—En el castillo!

—Pues qué, Luna permitiria quedar al raso y sin luna á dos caballeros que le pidiesen hospitalidad por una noche y yendo uno enfermo?

—No, señor: estoy seguro que no la negará: es hospitalario como el que mas; pero tambien muy pícaro para creer enfermo á ninguno de los dos caballeros con rostro tan bueno como el de vueseñorías.

—Pues yo he de ser el enfermo, y Luna lo ha de creer.

—Sea como vueseñorías y yo deseamos; pero le advierto, porque conozco la gente que hay dentro, que vea lo que hace, que no cometa el menor desliz, porque Nuño....

—Basta, yo sé lo que debo hacer, y tú me ayudarás á principiar antes de separarnos. Dime ahora cómo se llama tu amigo, y qué recado le he de dar.

—Mi amigo se llama Farfan Gonzalez, pero sin pregun-

tar por él le conocereis por una gran cuchillada que tiene en el carrillo izquierdo.

—Ya me parece que le conozco, y es por cierto una buena pieza. No era camarada tuyo en la compañia franca de Villena?

—Sí señor.... qué!.... sabiais?....

—Sí: que eras á propósito para estas empresas, y no dudé un momento en cuanto te ví en dirigirme á tí.

—Esa confianza me honra, y me da mas alegria que el dinero.

—En verdad que lo tenia olvidado, y haces bien en recordármelo; toma, y le alarga una bolsa de bastante bulto.

—Señor, creeriais....

—Nada creo; toma esta cantidad insignificante para lo que has de recibir si cumples bien; y dime á qué punto se ha de dirigir Farfan para encontrarte.

—A este mismo que es bastante estraviado para que nos vean, y del que no me alejaré hasta que le hable.

—Bien, se lo diré: resta ahora que despues que acordeis lo conveniente me lleves la noticia á Madrid. Me ha-

1 unclasp. 2 wide breeches 3 rubbing
4 thigh 5 swelling, inflamation 6 bind

llarás pasado mañana despues de oraciones en el bodegon de Ursula, arrabal de Segovia.

—Alli iré.

—Ahora bien, ayudadme á desabrochar este gregüesco, y dame una friega en el muslo, y luego con este ungüento, y que reconozca Luna despues la parte, y verá una hinchazon tal, que solo el judio Samuel es capaz de improvisar.

Se desabrochó efectivamente Iñigo, y ayudado por Bertran, se dió una friccion con un ungüento blanco espiritnoso que puso en el momento la pierna amoratada, principiando á producir una hinchazon que no dejaba duda podria engañar hasta á un facultativo. Concluida la operacion, se despidieron hasta el dia acordado. El soldado volvió camino de San Sebastian, y nuestros caballeros tomaron el del castillo, conferenciando acerca de la escena con Bertran, y de la política que ellos debian seguir con Luna.

CAPÍTULO III.

Huid, si no quereis que llegue un dia
En que enredado en retorcidos lazos
El corazon, con bárbara porfia
Lucheis por arrancároslo á pedazos:
En que al cielo en histérica agonía
Frenéticos alceis entrambos brazos,
Para en vuestra impotencia maldecirle,
Y escupiros, tal vez, al escupirle.

(Espronceda, el *Diablo Mundo.*)

Era el castillo de don Fernando un edificio cuadrado, situado en una pequeña eminencia, á una legua poco mas de San Sebastian de los Reyes y cuatro de Madrid; su arquitectura particular no puede definirse, pues no pertenecia á ninguno de los órdenes conocidos: era una mezcla de todos. Tenia dos torres, una á poniente y otra á levante,

circuido de su foso bastante profundo y su correspondiente estacada: presentaba por algunos puntos una mediana defensa, particularmente por el norte, donde tenia su entrada principal, cuya cortina superior, rebajada del techo general del edificio, habia sido en parte convertida en almenas, única razon por qué le habian dado el mal aplicado nombre de castillo; pero era, sin embargo, bastante fuerte, y podia resistir una acometida, aunque le invadiesen cuadruplicadas fuerzas.

En una sala cuadrilonga del piso principal, amueblada al gusto de la época, pero sin aquel apelmazamiento de muebles inútiles, que mas servia de confusion que de adorno, se hallaban á la sazon cinco personas, dos ancianos y un gallardo jóven de pie apoyados á la barandilla de un balcon que daba al gran patio del castillo, y dos damas algo mas apartadas bordando á la luz de una lámpara suspendida del techo; aunque con la cabeza baja se veian las nobles y hermosas facciones de la que segun su traje indicaba ser la hija del dueño de la casa. Su negra y fina cabellera contrastaba singularmente con la blancura resplandeciente de su tez, y cuando para mirar á los del balcon alzaba el rostro lleno de sencillez y candor, dejaba ver unos rasgados y hermosos ojos negros, capaces de cautivar con una mirada el mas frio y estólico corazon: no habria cumplido los cuatro lustros, pero su presencia á la par que dulce y encantadora, era magestuosa é imponente. Por el contrario, la de su compañera que, aunque de algunos mas años, era agraciada, festiva y alegre, morenita con ojos pardos, vivos y retozones, era una de aquellas mugeres sin mérito real, pero que siempre encuentran amantes, aunque no pue-

dan inspirar por lo regular una pasion profunda y sentimental.

El silencio que observaban á la sazon, dejaba oir perfectamente la conversacion de los tres al balcon.

—Es preciso, hijo mio, decia uno de los ancianos al jóven, que pienses ya en partir y dedicarte al servicio de un rey que guarde fé y que no premie con la prision y la muerte á sus fieles y leales vasallos.

—Padre mio, si eso hizo con nuestro pariente D. Alvaro el rey Juan, su hijo hasta ahora ningun daño nos ha hecho.

—Ningun daño nos ha hecho!... Y eso dice un noble castellano?.... Con que tú no miras como tuyas las ofensas de tus compatriotas?.... Ves arder la patria en sacrílegas guerras y discordias; ves dislocado, desquiciado el estado; ves perdida la fé y el honor en los caballeros, unos porque quieren, pareciéndose á su imbécil y degradado rey, manifestarse en vicios y atropellos tan grandes como él, y otros porque queriendo aun ser mas, pretenden arrancarle la corona y ponerla en la cabeza de un niño para mandar en su nombre. Y quién tiene la culpa de todo?.... Ese rey, indigno de serlo, que en lugar de dedicarse á regir su estado religiosa y santamente como Dios ordena; en lugar de cortar los vicios, castigándolos con mano fuerte, y dando el egemplo de virtudes y honradez, es el primero que se complace y hace alarde de ellos. Y estas no son ofensas?.... Mañana dirá el mundo: la Castilla bajo el reinado de Enrique IV fue el centro de todos los vicios y horrores, y quedarán deshonrados los castellanos de aquella época. Y estas no son ofensas, Alfonso?.... Y quieres patrocinarlas tú tambien sirviendo á ese rey?....

Lord high constable

—Yo solo deseo permanecer en Castilla, y no servir á D. Enrique, que detesto. Por el contrario....

—Por el contrario, nada tampoco: es nuestro legítimo rey por mas malo que sea. Dios le dió el trono, y solo Dios se le debe quitar.

—Ojala sea pronto, añadió el otro anciano, pues si tarda, temo que los Lunas y sus servidores nos veremos pronto esclavos de sus fovoritos.

—Eso no, vive Dios! contestó D. Fernando que era el primero que habló; aunque viejo aun puedo manejar una espada, y partir el corazon á un traidor. Cederé á mi rey, pero no á otro alguno.

—Y si él lo manda instigado por otro?

—No lo hará.

—Y por qué?

—Porque sabe que los Lunas no ceden sino muertos.

—Pues vivo y muy vivo, aunque cercano tal vez á morir, ha cedido y ha sido conducido á una prision vuestro pariente D. Juan de Luna, gobernador de Soria.

—Nuño! qué dices? esclamaron padre é hijo.

—La verdad: lo supe en Madrid el domingo cuando fui á ver á mi hijo: nada he querido decir por no afligiros, y ahora se me ha escapado involuntariamente.

—Y cuál ha sido el motivo de su desgracia?

—La ambicion de Pacheco, de ese insaciable marques de Villena. D. Juan tenia, como sabeis, en su compañia ásu sobrina, nieta del desgraciado condestable; Pacheco la quiere para su hijo por lograr con ella el condado de Santisteban, de que es heredera: mientras estuviera en compañia de D. Juan, sabia el marques que nada podia

lograr, y temia la casasen con otro; procuró por lo tanto quitar la facultad á su tio de disponer de ella, y no contento con eso el honor, pues le han prendido por traidor (1).

Un toque de corneta que sonó en el campo hácia la puerta principal del castillo, suspendió su conversacion, y dejó paralizados á los interlocutores; las damas tambien abandonaron sus bordados, y se acercaron á los del balcon: se miraban unos á otros como preguntándose quién podia ser el que llamase á tales horas. Y ya se disponia Nuño á ir á verlo, cuando entró en la sala un paje diciendo que dos caballeros solos pedian hospitalidad por aquella noche, á causa de no poder llegar á Madrid por venir uno enfermo.

—Abre al instante, Nuño; y si son efectivamente dos caballeros, venme á avisar para salirles á recibir como es debido.

Nuestros lectores ya habrán conocido quiénes eran los caballeros que deseaban entrar: esperaban delante de la puerta la contestacion del castellano con cierta impaciencia propia del que va á burlar al hombre honrado en su misma casa.

—Perded cuidado, señor, decia Iñigo al rubio, que nada dejaré de hacer de lo convenido, si como creo logro quedarme en el castillo. Vos no os detengais ni una hora salido el sol mañana, pues sois muy conocido, y pudiera haber entre los sirvientes de D. Fernando quien supiera quién sois. Hablad mal de la corte con Luna, y si necesario fuese de vos mismo.

---

(1) Histórico.

Bajaron en esto el puente levadizo, y Nuño les salió á recibir.

—Pueden vueseñorías, caballeros, pasar, les dijo, y descansar en el castillo, cuyo dueño encuentra el mayor placer en dar hospitalidad siempre que la ocasion se presenta.

—Y nosotros, le contestó el rubio, le viviremos eternamente agradecido, pues nunca como ahora pudiéramos necesitarla mas. Espero, buen amigo, mandeis que ayuden á bajar del caballo á mi compañero, y le proporcioneis una cama y un facultativo, si le hubiera, para que reconociese su mal.

—Sereis servido en el momento, caballero.

Casi en brazos bajaron del caballo á Iñigo, que fingia prodigiosamente una completa paralizacion en el juego de la pierna, y entre cuatro le subieron al cuarto que Nuño designó.

Este, precedido de dos pajes con luces, acompañó al caballero sano por una galeria baja á una escalera que conducia á la sala en que dejamos á los Lunas; estaba á la puerta D. Fernando, que al ver á su huesped le dijo:

—Disimulad que no os haya salido á recibir, de cuya falta tiene la culpa el que os acompaña por no haberme avisado.

—El que ha de pedir mil perdones soy yo por haber venido á hora tan intempestiva á molestaros.

—Ni á esta ni á ninguna molesta en mi castillo el que pide hospitalidad. El socorrer á mis semejantes y ayudarles en sus cuitas, es uno de los placeres que mas alegran mi corazon: entrad, caballero, y disponed como si estuviérais en vuestra propia casa.

—Para mí solo necesito un lecho en que descansar esta noche; pero á mi compañero le hacen falta otros socorros, que os ruego le proporcioneis cuanto antes, pues mañana debemos estar en Madrid.

—Se hará cuanto de nos dependa. Marcha, Nuño, y cuida de que no falte nada á ese caballero de cuanto pueda necesitar.

Salió Nuño á ejecutar las órdenes de su señor, y presentó este á sus hijos al recien venido. Despues de los cumplimientos de costumbre, recayó la conversacion en el viaje, y dijo el rubio que venian de Guadalajara á visitar al nuevo maestre de Calatrava, D. Gomez de Solís, que reemplazaba á D. Gutierrez de Sotomayor, y á ventilar ciertos asuntos interesantes de familia; que pensaban haber llegado aquella noche á la corte, pero que su compañero se habia sentido tan malo despues de salir de Alcalá, que habian tenido que acortar el paso, y buscar una casa donde con alguna comodidad pudiese pasar la noche.

Servida la cena, á la que le acompañaron los de Luna, se retiró al cuarto que le estaba destinado, próximo al del enfermo Iñigo. Antes de recojerse pasó á verle, y encontró en su compañia á D. Fernando, que le habia ido á visitar é informarse de su estado. Tambien se hallaba Nuño, que sentado á la cabecera de la cama del caballero, repartia sus atenciones y cuidados con el médico. Este despues de reconocer la parte doliente y haber abrumado á preguntas al enfermo, se quedó como sucede á muchos de nuestra época, sin saber lo que tenia, ni de qué podia provenir la dolencia; le recetó sin embargo unas horchatas calmantes y unas cataplasmas emolientes que él mismo hizo y aplicó á la

pierna, pero manifestando que aquel caballero no podria ponerse en camino de modo ninguno al siguiente dia.

Esta noticia, que supo entonces el rubio, le alegró sobremanera, pues evitaba con su voto el sabio facultativo tener que pedir licencia para quedarse. Demostró á Luna, sin embargo, que le era del mayor disgusto y sentimiento, tanto por la molestia que originaba en el castillo, cuanto porque él no podia absolutamente quedarse á acompañar y cuidar á su amigo, viéndose en la dura precision de tener que dejarle abandonado en tan triste y lamentable situacion.

—Vuestro compañero, dijo D. Fernando, no queda aqui abandonado, pues en cada uno de nosotros hallará un amigo tan servicial como vos pudierais ser.

—No espero menos de vuestra cortesanía, y dispensadme la espresion de abandonado, que imprudentemente me hizo proferir el sentimiento. Se acercó en seguida á la cama del enfermo, del que se despidió con bien fingida pena, ofreciéndole en alta voz que si al tercer dia no estaba en Madrid, concluidos sus mas precisos y perentorios asuntos, vendria á acompañarlo. Al salir suplicó á Nuño mandase le tuvieran el caballo dispuesto al ser de dia, y llamando aparte al médico, pero en presencia de Luna, le dijo:

—Os ruego encarecidamente me digais qué pensais del mal de mi compañero: decídmelo con franqueza é ingenuidad, para si es cosa de peligro avisar á su familia.

—No creo que le haya por ahora, contestó el médico, y casi me atreveria á asegurar que á beneficio de los reme-

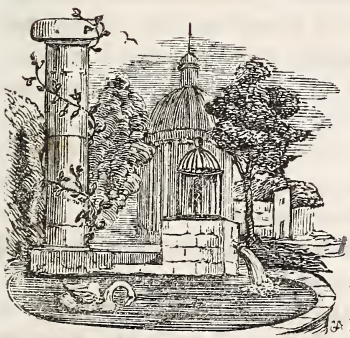
dios que le dispondré, y con algun descanso se hallará tal vez dentro de dos ó tres dias en disposicion de ponerse en camino.

—Quiera el cielo que acerteis. Y con los cumplidos y ofertas recíprocas que se prodigan en semejantes casos, se retiró á su cuarto para descansar el resto de la noche, que estaba bastante avanzada.

CAPÍTULO IV.

.....Allí te espera
Cuanto cariño en corazones cabe.
Vé, graciosa Melisa, vé ligera
Si el mismo que de dichas has colmado
No quieres ya que de inquietudes muera.
.....
Ni te sorprenderán, aunque empleares
En coloquio feliz tan largos plazos
Como la diosa que nació en los mares.
.....

(Arriaza, Aglauro y Melisa.)



Las once de la siguiente mañana serian cuando nuestro fingido doliente dijo sentirse mejor, y pidió permiso á su facultativo para vestirse. Antes de concederle este, le reconoció prolija y cuidadosamente la pierna, que como no habia vuelto á recibir la impresion del ungüento del judio Samuel, estaba casi del todo deshinchada. El médico se llenó de orgullo

y satisfaccion al ver á su enfermo sano y salvo por su ciencia, y despues de haber hecho un elogio de las virtudes de las cataplasmas emolientes, y haber referido mil casos, que como en el presente, habian surtido grandes efectos, le acordó la licencia de vestirse y andar un poco.

Haciendo en el momento uso de ella, y apoyado en el brazo del sábio Hipócrates, que él mismo le dió y exigió tomára, pasaron por una larga galería á la sala que ya conocen nuestros lectores. Se hallaban en ella y asomadas á un balcon las dos damas que la noche antes se ocupaban en bordar: hablaban tan bajo, que era imposible oir nada; y tan embebidas estaban en la conversacion, que no advirtieron la entrada de Iñigo y su cuidadoso médico hasta que estuvieron á cuatro pasos de ellas.

—Disimulad, señoras, dijo el último, que me haya tomado la libertad de molestaros por presentar á este caballero, que es el que enfermo llegó anoche al castillo.

—Ya sabeis, D. Fadrique, dijo la de los hermosos ojos negros, que sois dueño de hacer cuanto os plazca, pues jamás nos podeis incomodar, y mucho menos en esta ocasion que nos proporcionais el honor de ver á este caballero.

—El honor, señora, es todo mio en este instante, y doy gracias al destino que me proporciona la dicha de gozar de vuestra amable compañía.

—Tomad asiento, caballero, y no encarezcais tanto esa dicha que llamais y que no lo merece.

—No lo merece!.... Ah! cuántos darian la mitad de su existencia por gozarla. Dijo este á media voz, mientras olícito el médico por su enfermo fue á traerle un asiento

para que no se le cargase la pierna. Las damas, aunque no contestaron, manifestaron entender la indirecta de Iñigo, particularmente doña Blanca, á quien ya habrán conocido nuestros lectores, cuyo rostro se cubrió de un hermoso carmin.

—Puesto que os dejo con tan buena compañia, dijo D. Fadrique, voy á ver á otro enfermo que tengo en el castillo; es un pobre ballestero que cayó hace dias en el foso, y se fracturó un brazo. Despues vendré á buscaros para acompañaros á vuestro cuarto.

—No os molesteis, ni dejeis vuestras obligaciones por mí: me siento bastante bien, y puedo volverme solo.

—No señor, de ninguna manera, os lo prohibo: permaneced sentado hasta que yo vuelva; un enfermo no tiene voluntad propia, debe sujetarse en un todo á su facultativo; con que asi tened paciencia. Y saludando á las señoras salió erguido y orgulloso.

Quedando solo con estas el intrépido Iñigo, no quiso desperdiciar una ocasion que no contaba conseguir tan pronto, y marchando directo á su fin, se dirigió á doña Blanca.

—Creí, señora, que no habriais olvidado tan pronto que nos habiamos visto antes de ahora.

—Muy lejos de olvidarlo, tengo muy presente aquel dia terrible en que paseando por fuera del castillo nos alejamos insensiblemente, y acometidas por unos soldados, hubiéramos perdido el honor y la vida si vuestros compañeros y vos no nos hubierais favorecido tan generosa y noblemente. Anoche conocí á vuestro amigo; pe-

ro como por no asustar á mi padre, y evitar una justa reprension por nuestra imprudencia, nada le habiamos dicho de aquel desgraciado lance, y como por otra parte vuestro amigo nada indicó tampoco, disimulé nuestro

1 occurrence 2 skill 3 suffer, perish
4 tranquillity

conocimiento anterior, pero no por falta de agradecimiento.

—Nada teneis que agradecernos, pues no hicimos otra cosa que cumplir con el deber de todo buen caballero; mas, como acabais de decir, el lance fue desgraciado efectivamente y muy desgraciado!.... para el otro compañero.

—Cómo!

—Herido desde entonces yace en una completa agonía dia y noche.

—Cielos! qué decís? Aquel que me sostuvo al caer desmayada y en cuyos brazos permanecí no sé qué tiempo? Dijo esto con una emocion tal de ternura y de dolor, que Iñigo no dudó ya de los sentimientos de doña Blanca, y creyó que podria aventurarse decididamente, aunque con tino y precaucion.

—El mismo, señora, cuya herida, aunque no vierte sangre, le conducirá indudablemente al sepulcro, si no le da el remedio la persona que la hizo.

Conoció entonces doña Blanca su equivocacion en cuanto á la verdadera dolencia del caballero ausente, y lo imprudente que habia sido en manifestar tan grande interes; pero este conocimiento, en lugar de servir para remediar el daño hecho, produjo un efecto contrario. Turbada completamente, bajó los ojos sin proferir una palabra. Iñigo, que conoció lo que pasaba en el interior de doña Blanca y que no era hombre de perder las ocasiones, continuó:

—Los momentos son preciosos, y debo aprovecharlos. Sí, doña Blanca, mi amigo perece. Desde el momento en que os vió, loco de amor por vuestras gracias, no encuentra sosiego ni descanso en ninguna parte; inútil-

1 to feel pain, to be sorry, to feel for the sufferings of others. 2 to enrapture 3 skill, cleverness

mente ha recorrido estas inmediaciones esperando hallaros alguna vez por el sitio en que os conoció; yermos, tristes y solos estos campos, lejos de darle consuelo, han aumentado en tal disposicion su melancolía y padecer, que casi no puede levantarse del lecho debilitadas sus fuerzas físicas con sus sufrimientos morales. Compadecido de su situacion, he venido, señora, á este castillo á pediros un amigo, á pediros la vida del hombre que no dudó un instante en aventurar la suya por salvaros: en vuestra mano está su existencia.... le dejareis perecer sin doleros de su agonía?.... Ah! no, no lo creo!.... dadle, os lo suplico, alguna esperanza, concededle una entrevista.

—Si sus intenciones son hacerme su esposa, padre tengo á quien puede pedir mi mano; y si á este le parece bien, yo nada tengo que oponer.

—Ah señora! cuántas gracias os daria si la alegria que me enagena me lo permitiera! Este asentimiento de vuestra parte es el precursor de la completa dicha de un amigo que me volveis, de un tierno amante, noble, honrado y poderoso, cuyo anhelo será hacer vuestra felicidad; pero antes de dirigirse á vuestro padre, necesita veros y hablaros, pues os tiene que confiar un secreto que debeis saber vos antes que aquel su amor.

—Y qué secreto puede tener que deba yo saber y no mi padre?

—Nada puedo deciros acerca de eso; pero sí quisiera recordaros, sin que esto sea ofender al caballero Luna, que tiene, no se puede negar, muy injustas prevenciones contra ciertas familias de Castilla, porque el abuelo ó el padre pensó de tal ó cual modo, y para reconciliarle con los hijos, mas que razones se debe emplear la maña. 3

—Entiendo lo que quereis decir, y conozco que desgraciadamente teneis razon; pero aunque yo consintiese en ver á vuestro amigo, era imposible el realizarlo. Casi nunca salimos del castillo, y desde la ocurrencia que sabeis nos hemos hecho acompañar, y ahora seria sospechoso y espuesto á que nos observasen si saliamos solas.

—Eso es lo de menos si vos le concedeis la gracia de hablarle, y si acudís la noche que yo os avise al jardin del castillo; que estando dentro, nadie aunque os viese podria maliciar lo mas mínimo.

—Por lo mismo que está dentro es imposible esa cita.

—Eso corre de mi cuenta; yo ofrezco introducirle con todo sigilo y seguridad.

—Y si nos sorprendieran?

—Todas las medidas necesarias se tomarán dentro y fuera, perded cuidado. Yo os avisaré por....

—No he tardado mucho en mi visita, hé? dijo entrando el médico. Mi ballestero está muchísimo mejor: el plan cataplasmario obra prodigios: unas cuarenta y tantas emolientes le llevo aplicadas, y ya principia á mover el brazo, aunque los dolores no han cedido. Y vos cómo os hallais de la pierna?

—Perfectamente: montaria ahora mismo á caballo, y marcharia á....

—Estar esta noche peor y pasar luego quince dias en cama: locuras! Hoy debeis permanecer tranquilo y á dieta, y renovar de tiempo en tiempo las cataplasmas; vamos á vuestro cuarto, donde ya he dejado de paso unas preparadas.

Aunque de mala gana, por no hacerse sospechoso, tuvo que condescender Iñigo con la aplicacion que queria hacerle D. Fadrique. Se despidió de las damas, y mar-

chó á su cuarto apoyado como al venir en el brazo del médico, que le puso en llegando sus correspondientes emplastos, y le mandó se quedase descansando hasta la tarde, que volveria á buscarle para dar un paseo algo mas largo.

Esto era lo que deseaba el falso paciente, y lo que pensaba hacer con licencia ó sin ella, pues solo le faltaba dar el recado á Farfan, habiendo hablado ya á doña Blanca, que era lo principal; y aunque no le habia ofrecido terminantemente acudir á la cita, no dudaba que acudiria, pues la muger que da oidos á una proposicion de esta especie, es porque está dispuesta á acceder á la súplica.

A poco de hallarse en su cuarto llegaron á saber de su salud los Lunas, padre é hijo, que se detuvieron con él un gran rato en franca y agradable conversacion, y aunque recayó varias veces en las cosas de la corte, como Iñigo conocia el carácter de Luna y sus preocupaciones justas ó injustas, seguia su parecer en todo, y aun se le adelantaba á opinar en varios asuntos, halagando sus opiniones.

—Siento, dijo D. Fernando levantándose, que vuestra dolencia nos prive del gusto de teneros hoy á nuestra mesa; pero viéndoos tan aliviado, confio que mañana D. Fadrique os levantará la dieta, y tendré el honor de que comamos juntos.

—Espero, si vos no me mandais otra cosa, marchar á Madrid mañana muy temprano, contestó Iñigo.

—Cómo! tan mal trato habeis recibido que pensais en dejarnos en el momento que os sintais mejor?

—Creí haberos dicho antes cuán interesante me es llegar pronto.

—Sois dueño de hacer lo que gusteis; pero os aconsejo que si no os hallais completamente bueno, no marcheis; mas vale por interesante que sea perder un negocio, que una pierna. Y se retiró con su hijo.

Calculando quedó Iñigo de qué medio se valdria para dar el recado á Farfan cuanto antes, pues estaba determinado á salir á la mañana siguiente del castillo. Como habian dado, tanto el rubio como él, nombres supuestos, temia que cualquiera de los habitantes le conociera, y llegando á saberlo los de Luna, tener un lance desagradable y malograr lo adelantado de su intriga, si doña Blanca llegaba á malfiarse de él. Revolviendo estas ideas en su cabeza, se levantó y se puso á la ventana que daba á un pequeño patio donde tenian las cuadras los soldados de Luna. Se ocupaban á la sazon algunos de ellos en limpiar sus armas, y observó que tambien estaba Farfan; pero cómo decirle nada?.... llamarle era fijar la atencion de los demas, y no era prudente; bajar y hablarle tenia la misma esposicion: no habia, pues, mas remedio que esperar á ver si quedaba solo ó miraba casualmente para hacerle una seña, lo que no era espuesto por estar él solo de frente á la ventana. Con esta esperanza permaneció en ella espiando todos los movimientos del soldado para aprovechar el primero: perdia ya la paciencia y esperanza de por este medio conseguir lo que deseaba, cuando Farfan dando un gran esperezo y estirando el cuerpo levantó la cabeza y la vista que fijó en donde está Iñigo, el que aprovechando el momento y poniéndose el índice de la mano izquierda sobre los labios en señal de silencio, le indicó con la derecha que subiese. El soldado, con un movimiento leve de cabeza, demostró haberle comprendido: dió una rápida y pers-

picaz mirada á sus compañeros y á las demas ventanas que daban al patio; y seguro de que nadie mas que él habia podido ver la seña, se puso con la mayor indiferencia á cantar y recoger las piezas de la coraza que acababa de limpiar, y se entró por la puerta de la cuadra.

Esperando estaba Iñigo que saliera, cuando oyó un leve golpe á su puerta, que habia cerrado para estar con mas libertad: dudaba en abrir, pues temia fuese el médico importuno y le quitase la buena ocasion de hablar al soldado; pero otros dos golpes algo mas fuertes le hicieron decidirse, y abrió por si era Luna el que llamaba y no darle lugar á sospecha alguna; pero se quedó sorprendido agradablemente al ver á Farfan que aun creia en la cuadra, y que no tenia tiempo para subir por la escalera que él conocia.

—Me necesitais, caballero? fue lo único que dijo despues de haber dado una rápida é indagadora ojeada á la habitacion.

—Eso te lo dirá tu antiguo camarada Bertran que te espera en la balsa, camino de San Sebastian de los Reyes, y de la que no se separará hasta haberte hablado.

—Haré lo posible porque espere poco, y sin decir mas se fue tan ligero como habia venido, y volvió á entrar en el patio cantando la misma tonada. Se sentó con sus compañeros, y permaneció con ellos como una media hora: se entró despues por la misma puerta de la cuadra, y no volvió á aparecer.

Contento Iñigo de la feliz marcha que llevaba el asunto hasta entonces, se echó en la cama á ver si podia durmiendo adormecer tambien el apetito que ya le principiaba á aquejar demasiado.

Durmió efectivamente un rato; pero se despertó con una necesidad real y verdadera de comer. A poco llegó D. Fadrique, á quien dijo el estado de su estómago; pero como este habia comido bien, y no es lo mismo recetar dieta que guardarla, le contestó que aun habia algun tanto de irritacion, y no podia permitirle tomar nada; pero que siguiendo asi, á la noche le mandaria dar una sopita clara.

Aquella tarde la emplearon en pasear el pequeño jardin y algunas habitaciones del castillo. Estuvo toda ella acompañado Iñigo de los Lunas, y D. Fadrique vió á doña Blanca; pero nada de particular la pudo decir. A la noche le permitió el médico tomar las sopitas acompañando á los Lunas en la mesa. La conversacion fue variada pero indiferente: el huesped, sin embargo, se sirvió en ella siempre que pudo de palabras de doble sentido, con las que daba á entender á doña Blanca que contaba con su amabilidad y condescendencia en acudir á la cita: callaba la dama, y en nada demostraba comprender las indirectas y enigmas; pero Iñigo sabia muy bien que esta es la principal ciencia de las mugeres, y que poseen todas por inocentes que sean.

Concluida la cena, nuestro Iñigo dió á los Lunas las mas espresivas gracias por sus buenos oficios para con él, y dijo estaba determinado á marchar al siguiente dia.

D. Fernando le manifestó que él lo juzgaba imprudente, no estando aun, segun decia el médico, completamente bueno; pero que puesto que sus asuntos eran tan urgentes, no pretendia detenerle, pero que no permitiria fuese solo; que le habian de acompañar el médico y un criado.

Esta oferta caballerosa desagradó á Iñigo, pues el médico particularmente le incomodaria mucho, porque no podia despedirle sin llevarle á descansar á su alojamiento, y obsequiarle como era debido, por lo que contestó:

—Os doy mil y mil gracias por vuestros amistosos cuidados; pero no puedo yo tampoco permitir que D. Fadrique en su edad tome una molestia tan poco necesaria: no la consentiré de ningun modo, pero sí os admito el criado, puesto que tan completamente me quereis dejar servido y obligado.

Quedaron convenidos en esto, y despues de repetir las gracias y ofertas, se retiró á su cuarto con D. Fadrique, que aunque un poco disgustado, porque el caballero habia reparado en su edad que él procuraba olvidar, agradecido, sin embargo, por el viaje que le habia evitado, le dió un plan verbal para preservarse de una recaida, y una nota de los simples que entran en las cataplasmas.

Luego que quedó solo en su cuarto el audaz é intrépido Iñigo, le pareció conveniente observar con prolijo cuidado las precauciones que tomaban en el castillo durante la noche; á este fin, y cuando conoció que los moradores de la fortaleza reposaban en los brazos de Morfeo, con el mayor silencio y precaucion salió de su aposento, y se subió á la galeria superior, desde cuyas ventanas se veia la mayor parte del interior del castillo. Observó los puestos en que colocaban centinelas y vigías, qué número de ellos ponian, y qué puntos dejaban descuidados y accesibles. Luego que detenidamente se enteró de cuanto puede interesar al que trata de introducirse furtivamente en una casa bien guardada, se

retiró á descansar las pocas horas que quedaban de noche.

A la mañana siguiente contento y alegre, aunque muerto de hambre, salió Iñigo acompañado de un criado, y sin descansar llegó á Madrid: á la entrada le despidió despues de haberle gratificado generosamente, y siguió solo por las incómodas y sucias calles de la villa.

CAPÍTULO V.

Juan.....
.....
Entregada á mi cuidado
La puerta de tierra tengo.
Mañana cuando la noche
Estienda su oscuro velo
Con sigilo la abriré:
Vosotros estad dispuestos.
.....
.....
Said. A mañana. Alá te guarde.
Juan. Adios.. Prudencia y secreto.

(GIL Y ZÁRATE, *Guzman el Bueno.*)

L toque de oraciones daban las campanas de las iglesias y conventos de Madrid, cuando llegó al bodegon de Ursula, en el arrabal de Segovia, un fornido militar de largos, poblados y retorcidos bigotes, sombrero de anchas alas caido sobre la oreja derecha, y apoyada la mano izquierda en la empuñadura de una desmesurada espada: tomó asiento en una de las mesas

que estaban cerca de la puerta, y pidió de beber. Le sirvieron un jarro de buen tamaño y un vaso, y comenzó á trasladar el líquido del jarro al vaso y del vaso al estómago; pero sin perder de vista la puerta, y sin dejar de reconocer á cuantos entraban, que eran bastantes, pues en aquella época en que aun no habia cafés para reunion de holgazanes, murmuradores y tambien conspiradores, segun algunos, tenian que servir aquellas clases de casas para lo que estas nos sirven en el dia.

Rato hacia ya que nuestro hombre esperaba, y que continuaba el compasado juego del jarro y el vaso, cuando se presentó en la puerta uno con sombrero tambien de anchas alas, calado hasta las cejas y embozado en una capa larga, no por el frio que hiciera, pues estaban á fines de abril, sino que por sus miras particulares no queria le viesen el rostro, que casi completamente cubierto llevaba con el embozo. Sin embargo, el del jarro le reconoció por el que esperaba, pues tosió de aquella manera espresiva y significante que dice aqui estoy. Se encontraron sus miradas, y el embozado volvió á salir á la calle: el del jarro pagó, y salió tambien.

—Me alegro de verte tan puntual, Bertran, dijo el embozado.

—Ya os dije junto á la balsa antes de anoche que siempre lo era.

—Y qué hay?

—Todo está arreglado.

—Bien, sígueme, y hablaremos con libertad: y echó á andar por calles y callejuelas, por las que era preciso ir con los cinco sentidos para no dislocarse un pie ó romperse la cabeza; pues como no habia entonces regidores encargados del empedrado, ni celadores de policía urba-

na que multasen á los vecinos por colgar un pañuelo mojado en el balcon, estaban las calles llenas de hoyos, charcos y basuras, donde se escurria y caia cualquiera con la mayor facilidad.

Despues de haber andado varias, llegaron á una bastante estrecha y con solo seis ú ocho puertas: abrió una Iñigo, á quien ya habrán conocido nuestros lectores en el embozado, y entró seguido por Bertran en un largo y oscuro pasillo: volvió á abrir otra puerta, y subieron una estrecha é incómoda escalera: concluida, llamó á una tercera puerta con un ligero golpe, y dió una palmada: les abrió pasado un corto espacio un caballero, que tambien conocemos desde la posada de San Sebastian.

—Hola! dijo al de la capa, traes ya á ese perillan?

—Sí señor, estaba esperando.

—Y qué has hecho Bertran? dijo el rubio.

—He arreglado, señor, con mi amigo el modo de entrar en el castillo, y solo espero que vueseñorías me digan cuándo ha de ser.

—Mañana á la noche si es posible; cuanto antes mejor: pero dinos qué habeis acordado, y de qué manera debemos entrar.

—Con el recado que dió á mi amigo este caballero, pidió licencia á Nuño, y vino á encontrarme al punto señalado; pero yo le habia tenido que dejar porque Ferrús, el sobrino del posadero de San Sebastian, y otros pastores les habia dado la gana de llevar por alli su ganado, y no creí conveniente nos viesen hablar. Estuvo esperando el pobre muchacho un gran rato, y yo viendo que los pastores no se alejaban, no tuve mas remedio que salir de una zanja en que estaba escondido y dirigirme á él, que me viesen ó no. Le manifesté en pocas palabras lo

que se queria, y me contestó que se dispusiese de él en alma y vida. Le pregunté entonces por una cierta puerta que servia para sacar y encerrar las cabras, y me dijo que la habian inutilizado para salir y entrar y asegurado por dentro con dos barras de hierro: que todas las noches colocan un centinela en una pequeña esplanada que hay encima; pero que él se encargaba desde que volviera de falsear las barras, y que ademas para cuando se hubiese de entrar, él procuraria estar de centinela en aquel punto, cambiando con cualquiera compañero bajo pretesto de requerir de amores á una del castillo, cuya ventana da cerca de aquel punto; mas como han quitado el puente que servia de paso por encima del foso, es preciso llevar tablones bien largos que no podrá colocar un hombre solo, sin los que no es posible ganar la puerta.

—Bien, lo principal está vencido; los tablones tú te encargarás de llevarlos y dejarlos escondidos por alli cerca, y para colocarlos todos ayudaremos.

—Y hácia qué parte cae esa puerta? preguntó Iñigo.

—Al mediodia del castillo.

—Y para ir al jardin....

—Hay que atravesar indispensablemente todo el castillo cruzando por el patio grande.

—Y no hay otro camino?

—Desde alli no señor, pues aunque hay varios pasos y escaleras secretas en algunas habitaciones, para cruzar de la puerta aquella al jardin no hay ninguno.

—Algo espuesto es á que nos vean, dijo el rubio.

—Por cualquier parte del castillo ya dije á vueseñorías que seria espuesto pasar tres, y mas por el patio grande adonde caen las habitaciones de D. Fernando y de Nuño;

pero no hay absolutamente otro paraje por donde entrar: mas si vueseñorías quisieran llevar un traje parecido ó igual al de los soldados de Luna, seria menos sospechoso aunque los viesen, y tal vez nada ocurriria.

—Feliz idea que adopto desde luego! Ademas que he pensado tienes razon, y procuraré conseguir seamos solos dos los que crucemos el jardin. Y cuándo has de ver á tu amigo?

—Mañana al salir el sol he quedado en llevarle la razon de cuándo hemos de ir.

—Puedes decir que mañana mismo entre once y doce de la noche. Iñigo, pon eso mismo en un papel, y tú se le darás á tu amigo para que le entregue á doña Blanca ó á Ines su camarera y confidenta. Ahora toma este bolsillo para tí y este para tu amigo, sin perjuicio de los que seguirán si siguen tus buenos servicios. Mañana á las once de la noche estarás al lado de la balsa donde fue nuestra primera entrevista. Adios, ya puedes retirarte.

Iñigo le abrió la puerta y le condujo por donde habian entrado hasta dejarle en la calle.

—Cuidado! hasta mañana á las once de la noche, dijo al soldado!

—No faltaré.

—Asi lo creo. Adios.

Quedó en la calle nuestro Bertran contento con tan buena paga y diciendo para sí: esto ya está claro: no quieren ni robar el castillo, ni atentar contra la vida de nadie, son amores con doña Blanca: á estos me gusta servir, pues no carga uno su conciencia. Curioso de saber quiénes eran los que tan generosamente disponian del oro, y como nada por otra parte le habian prohibido, tomó la vuelta á la manzana para encontrar la casa por su parte principal. Vió efectivamente una de romana arquitectura, cuyo portal grande y espacioso ocupaban á la sazon algunos pajes y hombres de armas. Como nada tenia que hacer, determinó pasearse por enfrente, y aguardar que pasase alguno para preguntar quién vivia alli, pues no se determinaba á llegarse á la puerta no le viesen casualmente los caballeros, si efectivamente vivian en aquella casa. En uno de sus paseos, al dar frente á la puerta, vió bajar vestidos con toda la elegancia de aquella época á sus dos compañeros de posada, que

salieron precedidos por cuatro pajes y escoltados por otros tantos hombres de armas. Luego que se alejaron, comenzaron tambien á salir y marchar en distintas direcciones los pajes y soldados que habia en el portal, pues como sucede hoy dia á casi todos los dependientes de casas grandes, se hallaban solo asistentes á las horas que sabian podian estar sus señores.

Luego que quedó el portal casi solo, se llegó Bertran, y preguntó al portero:

—Tendreis la bondad, buen amigo, de decirme si se hospeda en esta casa D. Diego Nuñez Salido, que hace pocos dias llegó de Salamanca.

—Esto no es posada, y por consiguiente no se hospeda aqui ese Salido, contestó el portero con la necia importancia de todos los de su clase.

—No ha venido á posada, sino á casa de un conde, su pariente, que creia vivia aqui.

—El que vive aqui, dijo mas templado el portero, no es conde, pero lo será muy pronto.

—Tendrá entonces mucho favor?

—Ya se ve que sí, y estraño no le conozcais si vivis en Madrid. Es D. Francisco Escobedo, favorito del rey.

—Será tal vez un caballero apuesto y galan, con rubias melenas que he encontrado ahora poco, y que acompañado de pajes y hombres de armas iba camino del alcázar?

—El mismo.

Tambien le acompañaba con gran familiaridad otro mas bajo, moreno.

—Es su secretario íntimo y confidente, es el que dirige todos sus asuntos públicos y privados: D. Iñigo Saavedra, descendiente de una casa muy noble, pero de cortos medios.

Como Bertran ya sabia lo que deseaba, acortó la conversacion con el portero, y se despidió de él, que ya metido en materia le hubiera dado cuantas noticias quisiese; pero al soldado nada le importaba en qué se ocupaban los caballeros.

Salió y se dirigió á su posada de San Sebastian para estar al romper el dia á las inmediaciones del castillo de Luna, y acordar con su compañero Farfan lo necesario para entr ar á la noche.

Despues que le vió á la mañana siguiente y le entregó el papel para doña Blanca, se ocupó en comprar á un aldeano los tablones, y hacérselos conducir á una zanja que no lejos del castillo habia; mas cuando ya se dirigian á esta encontraron á Ferrús y su cuñado que conducian sus cabras por aquel punto, por lo que despues de dar un gran rodeo, tuvo que dejarlas en otro parage.

—Este maldito Ferrús, decia para sí, se ha empeñado en incomodarme: nunca se aparta del castillo, y no tendré mas remedio que arrancarle los ojos para que no me vea; es un bruto, pero taimado y malicioso, y no me gusta encontrarle tan á menudo.

A la caida de la tarde volvieron á verse Bertran y Farfan, que podia salir con mas frecuencia por tener licencia de Nuño para ir á una aldea próxima á visitar á un pariente que él dijo estaba muriendo; notició á Bertran que la puerta ya estaba corriente, falseadas las barras y los pestillos, y que con un pequeño empuje con una palanquita se abriria en el instante; que habia entregado la carta á doña Blanca, y que él estaria de centinela en la esplanada.

Arregladas asi las cosas, solo pensó ya el soldado en

aguardar la hora de la cita, bebiendo un rato en la posada adonde se volvió, encontrando al posadero Ferrús y cuñado de este, sentados al hogar aunque sin lumbre, que hablaban entre sí, y que callaron en cuanto entró Bertran.

—Compadre Mateo, sacadme un poco de vino que tengo la garganta seca; pero no tan poco que no podamos beber todos en dulce paz y conversacion.

—Ya sabes que yo no bebo, dijo Ferrús con aspereza.

—Pero sí tu cuñado y tu tio.

Sacó el posadero un gran jarro que principiaron á desocupar, menos Ferrús que estaba pensativo y callado.

—Muy silencioso estás, le dijo el soldado. Te hallas malo, Ferrús?

—No, gracias á Dios.

—Entonces estarás cansado: como llevas á pacer las cabras tan lejos, no es estraño.

—Mas lejos las he llevado otras veces y jamás me he cansado. Tú sí debes estarlo, pues has corrido hoy bien. Dijo esto con una risita que no podia definirse.

—Sí: he tenido que ir á Talamanca á comprar unas maderas para un conocido que trata de hacer una cabaña para encerrar el ganado.

Se miraron los dos cuñados y el posadero, y nada contestó Ferrús. Aunque Bertran trató varias veces de entablar la conversacion, solo le contestaban sí ó no.

—Vaya, vaya, dijo por último, esta noche parece que os han dado cañazo; ni aun el compadre Mateo está de humor. Me marcho á divertirme un rato por ahí. Hasta despues.

—Hasta despues?.... dijo con intencion Ferrús.

—Pues no. Maldito seas, dijo saliendo Bertran, mastin de ganado! En cuanto te coja á mi gusto, te aseguro que no te han de valer banquillos ni estacas. Y echó á andar despacio y cantando á media voz por el opuesto camino de Pesadilla.

El posadero salió á la puerta, y vista la calma y direccion del soldado, entró y dijo á su sobrino.

—Por esta vez me parece que te has equivocado.

—Pues yo creo que no. Vd. no conoce á ese tunante como yo que he vivido muchos meses con él: cuando mas indiferente parece, entonces la quiere pegar.

—Pero hombre!.... porque hablase con el otro soldado y le vieras luego con uno que conducia maderas, ya va á asaltar el castillo? pues qué asi se entra en un fuerte?

—Lo que piensa hacer no lo sé; pero sí que no puede ser cosa buena.

—Y á tí, aunque eso sea, qué te importa?

—Cómo!.... si tratan de ofender á mis señores, y yo lo sé, me he de estar con los brazos cruzados?

—Tus señores!.... que te echaron de su casa.

—No importa; tambien me dieron con que vivir, y me han mantenido doce años.

—Y qué vas á hacer?

—No lo sé, pero haré lo que pueda en su favor, y aunque sea morir por ellos: con que buenas noches, tio.

—Y adónde vas ahora, loco?

—A observar si se acerca alguien al castillo.

—No irás solo, le dijo su cuñado; yo te he de acompañar para defenderte si llega el caso, pues creo como tú que ese soldado trata de hacer alguna mala accion.

—Con mucho gusto admito tu compañia: ya sabia yo cuando te dí á mi hermana que eras un honrado y bravo castellano.

Tomaron cada uno un gran cuchillo de monte, que á manera de bayoneta podia armarse en un palo, y una fuerte y larga estaca, y se dirigieron hácia el castillo.

CAPÍTULO VI.

Asustáronse las damas,
Y hubo voces diferentes
De alarma—*fuego*! *á la vega*!
Fuera! *matadle*! *cogedle*!
Y el alboroto redobla,
Y en la confusion que crece
Unos á huir se preparan,
Otros á la bulla vuelven.

(ZORRILLA. *La Princesa Doña Luz.*)

EL mismo punto, aunque por distinto camino, marchaban cuatro á caballo envueltos en grandes capas y con sombreros de anchas alas caidos hasta las cejas. Iba uno delante á guisa de esplorador, dos á veinte pasos detrás, y el otro á la distancia regular de un lacayo.

—Aquello que blanquea á la derecha, dijo uno de los dos que iban juntos, es la balsa donde nos espera el soldado.

—Entonces, contestó el otro, aquel punto oscuro que se divisa enfrente es ya el castillo?

—El mismo, señor.

—Con cuánta impaciencia estoy por llegar!

—Crees tú que doña Blanca me ame y acuda á la cita?

—Ya dije á vuestra....

—Déjate, repito, de tratamientos que nos pueden descubrir.

—Ya os dije que yo no pude hablarla por no haber permanecido mas que una noche en el castillo; pero Iñigo, que es gran conocedor de las mugeres, me ha asegurado ambas cosas.

—Qué feliz seria! Creo que esa muger haria mi dicha y me consolaria de los disgustos que me cercan. La mitad de mi poder daria porque fuese mia; pero no como lo son esas que solo aman la posicion del hombre, no al hombre: porque fuese mia de corazon, que me amase por mí solo, sin conocerme, sin saber quién soy.

—Pues eso es precisamente lo que teneis conseguido, ese amor desinteresado que buscais; y segun lo que sé de ella, tambien me atrevo á asegurar que si no la hubierais rendido antes por las armas de vuestra gentileza, no la habiais de vencer con vuestro poder.

—Galan y lisonjero estás conmigo, Escobedo.

—No digo mas que la verdad, señor, que esperimentareis muy pronto, pues ya llegamos á la balsa.

Asi era efectivamente, y ya estaba parado Iñigo, que era el que delante iba hablando con Bertran, cuando se incorporaron los dos caballeros.

—Estamos corrientes? dijo Escobedo, pues ya conocemos por su nombre al de las rubias melenas.

—Sí señor, contestó el soldado; pero falta traer los tablones en los caballos.

—Bien, dirige adonde esten.

Bajaron una cuesta, y Bertran separó la tierra y ramas con que los tenia ocultos, y ayudado por Iñigo y el criado, los sacó y colocó atravesados en los caballos de estos, permaneciendo en los suyos Escobedo y su compañero.

Llevaban del diestro Iñigo y el criado cada uno el suyo para que marchasen iguales, y Bertran sostenia los tablones, cuando al subir la cuesta les pareció ver dos bultos; pero desaparecieron tan de repente, que lo creyeron una ilusion. Tomaron exactamente el frente de la puerta por la que debian entrar para no ser vistos mas que de Farfan, y llegaron en un profundo silencio. Se adelantó Bertran, y dió una palmada, á cuya seña contestó el centinela con otra. Colocaron entonces los tablones, apoyándolos en un pequeño escalon que tenia la puerta, y pasó por ellos Bertran solo, tanto para asegurarse de si estaban bien puestos como para abrir la puerta por ser mas inteligente en estas maniobras. Introdujo una pequeña barra, de que se habia provisto, en la juntura de la puerta, que con un pequeño crujido cedió abriéndose de par en par.

—Cuando vueseñorías gusten, dijo el soldado.

Dieron las capas y caballos al criado, y le mandaron que les esperase á la caida de un altito que próximo estaba, y que no se separase de alli de modo alguno.

Pasaron los tablones, y acordaron que el soldado quedase guardando la puerta, é Iñigo á la entrada del patio grande, estableciendo de este modo una línea de comunicaciones para un caso de sorpresa, y que solo cru-

zarian al jardin Escobedo y su compañero. Asi lo hicieron arrimados á la pared de las habitaciones de Luna y Nuño, y entraron sin impedimento en el jardin, que estaba solo aun.

Doña Blanca, conociendo á juicio sereno lo imprudente que habia andado en dar oidos y esperanzas de amor á un desconocido que abogaba por otro, que tambien lo era, repugnaba en su interior bajar á una cita, que aunque no habia dado ni concedido, no habia rehusado y negado en aquellos términos positivos que debia, fascinada en aquel momento por las palabras de Iñigo. Conocia que su conducta inconsiderada la habia puesto en el caso de tener forzosamente que dar una solucion á aquel lance, pues segun manifestaba el papel que revolvia entre sus manos, dentro de poco tiempo estaria en el jardin el hombre que la amaba, espuesto á que le descubrieran y á las consecuencias que esto podia tener con otro del carácter de su padre. Por otra parte las tiernas miradas y solícitas atenciones del desconocido en el dia que la salvó tal vez el honor ó la vida, habian hecho impresion en su corazon; impresion que se fue aumentando con los paseos que dieron él y sus compañeros por muchos dias á las inmediaciones del castillo, y que ella observó bien desde sus ventanas, pues á una muger ninguna de estas cosas se la escapa; é impresion por fin que acreció prodigiosamente la esplícita declaracion de Iñigo.

Fluctuando estaba entre el deber y el amor cuando Ines, su camarera y confidenta, que de acecho estaba en una ventana que daba al jardin, la dijo:—Señora, ya han llegado.

La emocion terrible que sintió doña Blanca á esta noticia, la impidió por de pronto contestar. Se que-

dó mirando un gran rato á Ines, y esclamó por último:

—Imposible! no me puedo determinar á bajar.

—Qué decís?

—Ves, Ines, y dale cualquier escusa; dile lo que quieras, que estoy mala, que estoy encerrada, y que no puedo hablarle.

—Pero señora, qué decís?....

—Marcha, marcha pronto, no los vean, que se vayan al instante.

—Ved, señora, que eso no puede ser ya. Esta tarde podiais haberlo determinado y darles la contestacion por ese soldado que os entregó la carta; pero ahora ya dentro creerian que solo habiais tratado de burlaros.

—Ah no! eso no!... tú no sabes cuánto padezco en este instante; pero mi honor no me permite acudir á esa cita. Ves, ves, Ines, y dile lo que te he dicho ya, lo que quieras, cualquier cosa.

—Ellos tienen amigos en el castillo, y sabrán que es falso, y si les descubrieran al salir por esperar demasiado, si les sucediera algo, entonces creerian tal vez que...

—Calla, Ines, calla, tú me precipitas! Bien, le hablaré desde esa ventana.

—Observad que está muy alta, y os oirian los centinelas indudablemente. Lo único que podeis ya hacer es bajar y deteneros muy poco.

—Con que no hay remedio!.... dijo despues de un rato de silencio. Bajaré. Yo me he creado por mi imprudencia esta posicion, y á nadie tengo que echar la culpa. Vamos, sígueme.

De esta manera muchas mugeres dan imprudentemente un paso en vago, al que se sigue una cadena de deslices que suele concluir en su eterna perdicion.

Impacientes por demas estaban en el jardin Escobedo y su compañero, dudando ya de los informes de Iñigo ó de la puntualidad del soldado en dar la carta, cuando divisaron en la oscuridad dos bultos de muger, que con paso leve se acercaban. Escobedo fue á situarse á la puerta, y el otro salió á recibirla.

—Sois vos, doña Blanca? Apenas puedo creer tanta dicha! Mil años de angustias y tormentos no serian bastante mérito para gozarla.

—Caballero, sé que debo desmerecer para vos despues de un paso semejante; pero un momento de imprudencia....

—Imprudencia!.... no concluyais por favor. Quereis emplear este precioso tiempo en disculpar un paso que el amor aprueba siempre? No, doña Blanca, no robeis asi los instantes preciosos dedicados á la pasion mas dulce y tierna. Vos desmerecer á mis ojos? Vos que sois el modelo de hermosura y de virtudes? Vos, el bello ideal realizado que forma la mente del hombre que ansía hallar la suprema dicha en la tierra? Hablad, sí, doña Blanca, pero sea solo de amor; completad mi dicha diciendo que me amais.

—Caballero....

—Una palabra, Blanca hermosa; rendido á vuestros pies os lo suplico, sacadme de incertidumbres, y que esa preciosa boca pronuncie mi sentencia, sentencia de vida ó muerte.

—Qué haceis? Alzad.

—No: asi he de permanecer hasta oir la palabra que ha de fijar mi suerte venidera, que me ha de hacer feliz ó desgraciado para toda una eternidad.

—No sé quién sois.

—Os juro por la fé de caballero que no hay linaje en España que gane al mio en nobleza.

—Entonces....

—Acabad!

—Os amaré, y le alargó la mano para levantarle.

Ebrio el caballero de alegria y de placer colmó de besos aquella hermosa mano que conservó estrechada entre las suyas. Mil juramentos de amor y de fidelidad se prodigaron los dos amantes, y aunque la cita fue solicitada para revelar un secreto, este secreto procuró hacerle olvidar el caballero con halagos, caricias y promesas, y no se reveló.

Mientras los amantes estasiados en las dichas que les prometia un porvenir lisonjero olvidaban en el jardin al mundo entero, Bertran, impaciente, guardaba la puerta deseando que salieran cuanto antes, pues los dos bultos que habia visto al subir la cuesta, y que no podia asegurarse á sí mismo fuesen ilusion, le tenian con algo de cuidado, que se aumentó con un ruido que oyó en el ángulo inmediato del castillo por la parte del campo. Salió á la puerta; pero como la noche estaba oscura, aunque miró con cuidado, nada pudo distinguir. Volvióse á entrar, y á poco rato oyó caer los tablones al foso, y las voces de alarma que desde él daban Ferrús y su cuñado, y que pusieron en conmocion á los centinelas y demas habitantes del castillo. Ciego de cólera tira de la espada, é intenta bajar al foso y concluir con los voceadores; pero cuando se iba á descolgar, le hieren en una pierna con los cuchillos que tenian armados en las estacas.

Viendo que nada podia hacer por contener las voces, y no siendo la herida bastante á impedirle andar, marcha á buscar á Iñigo, y defender á todo trance á los ca-

balleros, se reune á él, y entran en el patio grande.

—*Farfan, aqui!* grita el soldado furioso, y principia á repartir mandobles y cuchilladas á los del castillo, que confusos y soñolientos se iban reuniendo en el patio, y que huian espantados de tan brusco y repentino acontecimiento. Reunido ya Farfan á Iñigo y Bertran, ganan la puerta del jardin de donde ya salian sorprendidos por las voces y el ruido los dos caballeros.

—Espada en mano, y conmigo! dice Bertran.

—Protejamos á las damas, dice el compañero de Escobedo.

—Las damas estan en su casa, y nada tienen que temer, contesta el soldado; huyamos nosotros, que aun puede ser tiempo. Y como en los momentos críticos del peligro el que mas serenidad tiene para mandar es el verdadero gefe, todos le siguen sin decir una palabra. Toma un banco bastante largo que habia al paso y con el que se podia cruzar el foso, y se dirige á la puerta; mas los Lunas y Nuño, aunque á medio vestir, estaban ya en el patio grande, y habian reunido los soldados: nada se podia esperar ya mas que una muerte cierta; pero Bertran preferia encontrarla peleando, que colgado por el fiero Nuño en un balcon: decidido ya avanzaba hácia este mismo Nuño, cuando el compañero de Escobedo se adelantó, y con imperio y magestad le dijo:

—Alto! nadie se mueva! Tengo que hablar dos palabras en particular con el dueño del castillo.

—A los sentenciados á muerte, contestó Luna aproximándose á él, se les concede cuanto piden menos la vida: en esta inteligencia hablad y pedid lo que gusteis.

—Aunque las luces no estan muy cerca y el traje no me es peculiar, no te acuerdas, buen Luna, de haberme visto otras veces?

ANSELMO

—Cielos! sois?....

—El Rey .

—Dios mio!!!

—No te aflijas, pues ningun daño te he hecho. Si el amor me ha traido á tu morada, este amor en nada te perjudica ni puede disgustar, pues tu hija es inocente, y no sabe....

—Estoy seguro de ello: conozco su cándido corazon para creer ningun desliz de su parte. Cuán agena estará de lo que intentábais!....

—Vaya, y estoy sentenciado á muerte?

—En casa de D. Fernando de Luna estais tan seguro como en vuestro alcázar de Madrid, pues aunque ofendido respeta á su rey; pero tened presente para el porvenir que pudierais caer en manos algun dia, que ejecutasen esa condena por satisfacer su ofensa.

—Tienes razon, buen Luna; he hecho una mala accion que compromete mi decoro y mi persona, y quiero premiar tu fidelidad. Pide lo que quieras y desees.

—Gracias, señor: tengo lo suficiente para vivir honradamente, y nada mas necesito. Desear sí deseo que os acordeis ya que sois rey para hacer la felicidad de vuestros vasallos, no sus desgracias.

—Tendré presente tu consejo, dijo mortificado el rey: adios, dispon que nos abran para salir.

Asi lo hizo acompañando al rey hasta la puerta, con el que salieron los que con él habian venido, y ademas Farfan que sabia cómo lo habia de pasar si quedaba en el castillo.

Como los dos soldados estaban juntos y de los primeros, oyeron la conversacion del rey y Luna. Y conociendo ya á quién habian servido, determinaron es-

cabullirse en cuanto salieron, y buscar otros amos, pues sabian bien que aunque inocentes de la catástrofe, pagarian por de pronto el mal rato que habia llevado el rey y sus confidentes, personages á quienes es espuesto acercarse mucho en ciertas ocasiones.

Trémulo de cólera quedó D. Fernando por no haberle permitido su respeto vengar el ultraje recibido. Creia que el rey habia intentado robar á viva fuerza á su hija, y para tranquilizarla del susto que habria tenido con el alboroto, y saber si aquel habia llegado hasta su cuarto, sube á él presuroso; pero queda como herido de un rayo al encontrarle abierto y desierto. Registra todos los rincones por si estaba escondida; pero nada, en ninguna parte la encuentra. Ve un papel sobre un sitial, y se precipita á él, le abre y lee...

«Esta noche de once á doce en el jardin.»

—Dios mio, solo esto me faltaba!.... Estaban de acuerdo!.... Mi hija manceba del rey!.... Con que es mentira que estaba inocente como me ha dicho ese villano?... Y no me confunde Dios y me mata la vergüenza en este instante!!! Todo se lo hubiera perdonado; pero pervertir á mi hija, robarme su virtud y su honor, no, jamás! Y le he dejado salir con vida!... Maldiga Dios mi respeto y cobardia! Pero tiempo queda aun para vengarme. Sí, me vengaré, lo juro: he de verter su sangre, he de beber de ella y lavar con ella mi deshonor. Y el pobre anciano se mesaba el rostro y arrancaba sus cabellos.

Oye pasos en la galeria y sale á ver quién se acerca. Era doña Blanca á quien acometió un fuerte accidente al oir el alboroto del castillo. Ines sola no podia conducirla á su cuarto; pero viendo que el accidente duraba dema-

siado y temiendo por la vida de su señora, lejos toda otra consideracion principió á pedir auxilio á grandes voces, á las que acudió Nuño en el momento que ya volvia en sí, y ayudó á Ines á conducirla á su cuarto, pues apenas se podia tener en pie.

—Padre mio, perdon! dijo en cuanto le vió.

—Muger prostituida é indigna del nombre que llevas, silencio!.... Yo no soy ya vuestro padre: soy solo un Luna que va á labar con vuestra sangre el borron de su familia.

—Prudencia señor, dijo Nuño, nadie en el castillo sabe la verdad de lo que ha pasado, ni nadie nos ha visto subir por la escalera que hemos venido. El cómplice que tenian y que los facilitó la entrada marchó con ellos.

—Y es Nuño el que me habla? el honrado y pundonoroso Nuño?... No: no puede ser ó ha llegado hasta él el contagio de deshonor que infesta mi desgraciada patria. Crees imbécil que la deshonra está solo en la publicidad? Crees que un crimen no mancha la frente del que le comete aunque sea en la soledad de un desierto? Marcha de aquí: quítate de mi presencia si no quieres que sacie en tí parte del furor que me devora.

Marchó Nuño y cerró don Fernando el cuarto de su hija, quedándose dentro con ella é Ines.

Un eco sordo de mal articuladas palabras, sollozos y gemidos se oyó solo por un corto espacio, despues el zumbido que hace una espada al desenvainarse con precipitacion y el choque de la punta de la hoja en la boquilla de la vaina: siguió un grito agudo y penetrante y el golpe de un cuerpo que cae en el suelo y todo quedó en silencio. Poco despues se oyó abrir y cerrar una

puerta mas lejana á lo que siguió una calma sepulcral.

A la mañana siguiente el castillo de Luna cerrado y abandonado no contaba un solo habitante: en el centro del patio grande se consumia ya una gran hoguera.

CAPÍTULO VII.

Silvio. Gozar quisiera descansada vida;
Mas cual le place á mi contraria estrella
Cada vez me será mas desabrida.

.....

Delio. Ay Silvio! cuánto vives engañado!
Y cuán cierto es aquel proverbio viejo
Que nadie está contento con su estado.

(IGLESIAS, *Egloga en alabanza de la vida del campo.*)

Las diez de la noche serian cuando Iñigo se hallaba solo en el gabinete de Escobedo sentado á una mesa y al frente multitud de papeles: tenia la pluma en la mano derecha y la frente apoyada en la izquierda en actitud de hombre embebido en una profunda meditacion. Reinaba en toda la casa un silencio que chocaba y estaba en total contraste con el bullicio y animacion que se observaba en ella, cuando Bertran fue introducido por este mismo Iñi-

go á la presencia de Escobedo; pero nadie lo estrañará cuando sepa que este habia tenido que ir despidiendo la mayor parte de la servidumbre, porque su desmedida profusion y los escesivos gastos que habia hecho para competir en lujo y opulencia con los principales señores de la córte, le tenian casi arruinado y completamente desacreditado con todos los judios, á quienes debia enormes sumas que aun no habia satisfecho, pues contaba para pagar con las dádivas del rey y con lo que le quedaba de lo que percibia de este para satisfacer sus caprichos; pero en los once meses que iban trascurridos desde el fatal lance del castillo de Luna á la fecha en que continuamos nuestra verdadera relacion, no se habia valido de Escobedo para intrigas de ninguna especie, disgustado con él, por el mal resultado de aquella, ni le habia hecho regalo alguno. Iñigo, íntimamente unido á Escobedo por sus miras particulares y por las esperanzas que aun tenia de que volviese al favor del rey y con él á la opulencia, de la que se pensaba aprovechar de otro modo mas prudente que hasta entonces, sostenia la casa con sus amaños, contemporizando con los acreedores, dándoles grandes esperanzas y algunas sumas á cuenta, que se procuraba con el sistema del tramposo de abrir diez agujeros y tapar uno.

Tal vez al presente formaba algun plan de esta clase, pues los muchos números que emborronaban el papel que tenia precisamente delante no dejaban dudar que su profundo enagenamiento emanaba de cálculos financieros. De cuando en cuando formaba algunas cuentas, pero el resultado no debia serle satisfactorio, pues sus movimientos de disgusto y la contraccion de sus negras y pobladas cejas lo manifestaban muy claramente.

Rato hacia que estaba en esta disposicion, cuando sin ser precedido por nadie entró Escobedo en el gabinete, frenético y furioso, atropellando y tirando cuanto encontraba al paso. Iñigo sobresaltado se levanta, tira de una espada y va á situarse en la puerta, pues la manera precipitada con que aquel entró le hizo figurarse que huia de alguno que le queria dañar; mas no viendo á nadie, ni sintiendo el mas pequeño ruido por fuera, se decidió á preguntarle.

—Os han acometido, señor?

—Sí, todas las furias infernales me han acometido y se han apoderado de mí. No puedo mas, quiero marchar esta noche misma, ahora mismo de esta corte infame, no quiero volver á ella ni á Castilla: no quiero ver á ese rey necio, antojadizo é inconsecuente, á ese ente vil y degradado que premia su mismo deshonor, á ese arzobispo de Toledo cien veces amigo y otras tantas enemigo. No quiero ver á nadie, ni que asi se gocen en mi caida, no quiero ver esa risa insultante y sardónica con la que me dicen estás perdido!....

—Sosegaos, señor, vos exagerais los males y los veis mayores que son.

—Tú tambien quieres gozarte en mi padecer? Seis meses hace que concluidos los fondos vivo de trampas, que no puedo aumentar ya porque nadie quiere prestarnos, y seis meses que me estás diciendo, todo se arreglará, volvereis al poder, no tengo duda, vereis al rey espléndido y cariñoso con vos cual nunca y sereis el mimado de la corte. Y cada dia veo desaparecer mas ese poder, cada dia que pasa me lleva una esperanza, una ilusion, y con tantos dias se han ido tantas que apenas me queda ninguna! Qué quieres, pues? Deseas verme hecho el escar-

nio y la burla de todos? He despedido mis criados y solo me quedan los puramente precisos: he reducido al estremo los gastos: soy el mas miserable que asiste á la corte, y no creas que esto lo atribuyen á virtud, no: bien conocen todos que es falta de medios, miseria!.. El rey me recibe ya de mala cara, y evita mi conversacion. Soy el hombre mas desgraciado de la tierra! Rodeado de privaciones, veo medrar y alcanzar riquezas y honores á otros que valen menos que yo, que eran polvo inmundo ayer y hoy se ven adulados, mimados y en la cumbre del poder.

—Y de la que caerán tal vez muy pronto.

—Lo mismo dices siempre, y cada dia suben mas.

—Mas?

—Sí, mas. Ayer me decias: «El favor que goza don Beltran de la Cueva es ficticio y vale bien poco: el rey se convencerá de que la intimidad que tiene con la reina Juana y que murmura toda Castilla es criminal; abrirá los ojos y Beltran pagará con su cabeza el favor de un momento.» Pues bien, sábete, certero vaticinador, que ya tienes hecho á ese Beltran conde de Ledesma.

—Conde de Ledesma!...

—Si señor; y á su amigo Andres de Cabrera, mayordomo de palacio. ¿Y qué dices ahora?

—Que puesto que el rey premia agravios, debemos pensar en hacerle uno para ser condes.

—Iñigo! eso es demasiado; tu indiferencia por mi desgracia es uno de mis mayores tormentos. Estoy desesperado y me vienes con burlas!... No pienso ya en gracias ni en favores, solo quiero salir de la córte en donde no puedo aguantar una posicion semejante. Si quieres seguirme disponte al momento, y si tú tambien me abandonas, ve con Dios.

—Señor, creo que no podeis alegar razon alguna para desconfiar de mi cariño y fidelidad: jamás os he servido con mas interés y apego que despues de vuestra desgracia. Os seguiré adonde querais, hasta el fin del mundo; pero adónde pensais ir? qué pretendeis hacer?

—Medrar ó morir! Unirme á los descontentos y derribar á esos favoritos levantando sobre sus tumbas el palacio de mi gloria.

—Ah señor! qué mal calculais en esta ocasion!... Quereis como el hijo del conde de Trastamara, D. Luis Osorio, batir y derribar á un mal arzobispo (1) para coger las buenas rentas del arzobispado y elegiros vos mismo coadjutor y administrador de él? Qué parciales teneis que os ayuden? Vuestro corazon y vuestra lanza. Y con esto pensais hacer suerte en el momento? Ah señor! en las revueltas suelen ser mas las pérdidas que las ganancias, aunque se venza. Solo ganan los principales caudillos: los que se unen á ellos, los que les ayudan á ejecutar sus planes, los que les levantan al poder quedan despues olvidados y burlados en sus esperanzas de general ó particular provecho; ganan solo el ódio de los vencidos, tal cual cuchillada si se descuidan alguna noche, y la perdicion y tal vez la muerte á la primera reaccion. Mal oficio, señor, para el que no tiene poder para ser gefe, y vos no lo teneis en el dia. Creedme, quedaos en en la córte todavia algun tiempo, que estoy convencido que aun habeis de ganar el favor del rey, que es para lo que trabajo.

—Tu?...

---

(1) D. Rodrigo de Luna, arzobispo de Santiago.

—Sí señor. Creeis que paso el tiempo esperando solo casualidades de la suerte y lamentándome de ellas sin procurar atraerla propicia? No señor, jamás alimento una esperanza sin tener fundamento para creerla realizable, y sin unir á este fundamento todos los esfuerzos que esten en mí.

—Pero hombre, siempre me estás diciendo lo mismo, siempre enigmático y jamás has querido decirme en qué fundas esas lisongeras esperanzas. Si son como tú dices realizables, debias habérmelo dicho ya.

—No lo he hecho porque no tenia tantas seguridades; pero sí lo haré ahora.

—Esplícate.

—Vos me habeis dicho repetidas veces que el rey se lamentaba siempre que os hablaba á solas de la pérdida de doña Blanca de Luna; yo sin tratarle como vos le conozco mejor: aunque él cree amarla es una equivocacion: el rey no ama ni ha amado á ninguna muger: irritadas sus pasiones con la oposicion ó imposibilidad, hace mil sacrificios por conseguir á una, que lograda desprecia y abandona; pero esta misma inconstancia es la que ha hecho la suerte de muchas y muchos, y nosotros debemos buscar este camino y ser poderosos por doña Blanca.

—Vamos, tú estas loco: de qué nos sirve doña Blanca despues de muerta?

—Es que no habia muerto hace poco tiempo.

—Cómo! qué dices?

—Oidme, señor, y os informaré de lo que he trabajado y adelantado. Cuando el castillo de Luna quedó abandonado, ya sabeis las indagaciones que hicimos para saber el paradero de los dueños y el ningun resultado que dieron. Traté de buscar, busqué y pregunté á casi todos los

dependientes de Luna; pero nada en claro saqué mas que las vagas noticias de que habian oido aquel alarido en el cuarto de doña Blanca, que su padre se presentó despues cárdeno, desencajado y con algunas manchas de sangre en el vestido, por lo que presumian habia dado muerte á alguno, y nosotros creimos desde luego que la muerta era doña Blanca. Calculé despues á mis solas la inseguridad de esta creencia, lo uno porque un padre rara vez mata á un hijo por malo que sea, y lo otro porque un hombre furioso aunque acometa, no siempre acierta el golpe y concluye con su enemigo. Creí, pues, que el médico podria darme algunas noticias y traté de buscarle; pero nadie me dió razon de él: me acordé de Ferrús, que habia servido antes en la casa y debia conocer á los parientes de D. Fadrique, que sabrian su paradero. Marché inmediatamente á verle y le encontré en casa de su tio el posadero, pero nada conseguí: no los conocia ni sabia de él ni de sus amos. Me contó que él habia sido quien habia descubierto los planes del soldado que con otros enemigos de Luna iban á asesinar á todos, si él no hubiera principiado á dar voces y.....

—Y no le mataste allí mismo?

—Y para qué? Hubiera remediado algo? Pasé, pues, algunos dias calculando de qué medios me valdria para saber lo que deseaba, y no encontré otro mas seguro que encargarle á Samuel procurara indagarlo, pues como los judios infestan el mundo entero y tienen relaciones en todas partes, le era mas facil que á ningun otro. Conseguí efectivamente saber que Luna, su hijo, Nuño y dos mas llegaron á la corte de Aragon por aquella época; pero que ninguna muger les acompañaba. Esto me desagradó y desanimó: desesperaba de conseguir nada, cuando pa-

sando por casa de Fonseca el arzobispo ví entre sus hombres de armas á Farfan, el de la cara cortada, al amigo de Bertran.

—Malditos los dos sean! esclamó Escobedo, y particularmente el último á quien daria cien estocadas si llegase á ver.

—Pues yo le ví y le dí cien ducados.

—Iñigo!..

—Oid, señor, hasta el fin, y no os impacienteis. Bertran no tuvo la culpa de la desgracia ocurrida, y ya visteis que no fue el que menos cuchilladas repartió aquella noche.

—Eso es cierto; pero su descuido nos ha perdido.

—Cualquiera hubiera sido sorprendido de la manera que él lo fue; pero sea del modo que quiera, él es el único que hoy nos puede salvar y creo que lo haga.

—Y cómo?

—Os decia que encontré á su amigo, que me conoció, y á quien fui yo mismo á hablar amistosamente; le pregunté por su compañero, y me dijo que estaba escondido por haber matado á Ferrús hacia pocos dias, y que hasta que se olvidase un poco su hecho no saldria. Le dije que me era indispensable el verle y que podia decirme con toda franqueza dónde se ocultaba para irle á encontrar; pero no quiso revelármelo: solo logré me ofreciese terminantemente decírselo y darle la contestacion á la siguiente noche en el bodegon de Ursula. Fui y ya estaba alli Bertran bien disfrazado, Farfan y otros dos que sin duda llevaba á prevencion por lo que pudiera ocurrir. Hablé aparte con él, que quiso principiar por referirme cómo le habian sorprendido; pero le dije que ya sabia todo lo ocurrido y que él no habia tenido la menor culpa: me

repitió lo que me habia dicho su amigo de estar escondido por haber muerto á Ferrús y herido á su cuñado. Le pregunté qué sabia de los Lunas, y me contestó que nada, pues no se habia vuelto á ocupar de ellos desde aquella noche, que estuvo espuesto despues á caer en sus manos cuando dejaban su castillo: le pregunté de qué manera, y me contó que habiendo oido la conversacion de Luna, no pudo dudar que era el rey á quien habia servido, y conociendo estaria muy incomodado por el resultado de la empresa, juzgó prudente alejarse con su compañero en cuanto se vieron fuera.

—Y vive Dios que hicieron bien, pues sino aquella noche hubiera sido el fin de su vida.

—Qué sabemos, señor, lo que hubiera sucedido? Son hombres los dos que no se dejan matar con tanta facilidad ni por el rey ni por nadie; pero de todos modos, como habeis dicho, hicieron bien. Como estaba herido en una pierna no podia andar muy deprisa ni irse á curar á la posada por no encontrar á Ferrús.

Cuatro horas haria que procuraban los dos compañeros alejarse, cuando oyeron el galope de algunos caballos que por momentos se les acercaban, y temiendo no les persiguieran se escondieron entre unos matorrarales, desde donde vieron pasar á poco á los Lunas, padre é hijo, llevando este último una muger delante, y seguidos de otros dos que no conocieron por no fijar la atencion reparando en los primeros.

—Y qué camino llevaban, le continué preguntando?

—Podian seguir varios despues; pero su direccion entonces era hácia Avila, me contestó.

—Bertran, le dije, tú eres el único hombre completamente á propósito para estas empresas, pues tienes saga-

cidad, actividad y valor; es, pues, preciso te encargues de saber quién era aquella muger y qué han hecho de ella: si fuese doña Blanca y averiguases su paradero, te juro que por ambicioso que seas te he de satisfacer. Toma esos cien ducados, y puesto que á nadie sirves y en Madrid has de estar escondido, bien puedes marchar y tratar de seguir los pasos que entonces dieron los Lunas antes de entrar en Aragon, adonde no llevaron muger ninguna.

Me prometió hacerlo como se lo dije y me aseguró que pasadas dos semanas me traeria las noticias que hubiera podido adquirir.

—Y las trajo?

—Si señor, á los diez dias me mandó recado con su amigo que pasase al bodegon en aquella noche, y me dijo que doña Blanca habia estado hasta hacia dos meses en un convento de Avila; pero que la habian sacado de allí y nada mas habia podido saber.

—Y por qué no me lo has dicho hasta ahora? El rey lo sabria y yo tendria su favor.

—Vos solo podiais decirle que doña Blanca vivia y el punto en donde habia estado: entonces el rey podia haber encargado á varios buscarla, y si alguno hubiera tenido la suerte de conseguirlo antes que nosotros, que no hubiera sido difícil si se valia del arzobispo, aquel se hubiera llevado la gloria y la recompensa.

—Pero á mí al menos debiste decírmelo para mi contento.

—Vos, señor, sois algo precipitado, aborreceis á don Beltran y al arzobispo de Toledo que tienen hoy todo el favor del rey, y porque un solo dia os hubiese atendido mas que á ellos, le hubierais dado la noticia. Ni aun

ahora os lo hubiera dicho á no haberos visto tan desesperado.

—Pero esa es una ingratitud, una falta de confianza y franqueza que no esperé jamás de tí.

—Decid lo que querais, señor; pero repasad vuestra memoria, acordaos de mis hechos todos y decidme si habeis tenido jamás mas fiel servidor.

—No, Iñigo, no, perdona mi ligereza: tú no eres mi mejor sirviente, sino mi mejor amigo. Con qué puedo yo pagarte lo que haces por mi?

—Con seguir mis consejos y ser prudente. El dia que consiga ver mis planes realizados, que no concluyen sino que principian despues de habida doña Blanca, será el mas feliz de mi vida y el que me pagará mis trabajos y cuidados con usura.

—Bien, dispon y has cuanto quieras; pero dime si has tenido despues noticia alguna.

—Nada he vuelto á saber: Bertran marchó hace unos doce dias con otra suma igual que le dí y me ha prometido descubrir el paradero de doña Blanca aunque se halle en las entrañas de la tierra: no sé cuándo volverá; pero me dice el corazon que ha de ser pronto y con buenas nuevas.

—Ojalá sea como dices, y nada escasees para premiarle y tenerle contento. Ah! Iñigo, qué bálsamo consolador derramaste sobre mi corazon! Sí, ahora ya tengo esperanzas, ilusiones de un bello porvenir. Con qué placer avasallaré á esos grandes que hoy se mofan de mí! Cómo los he de ajar y despreciar públicamente!

—Eso queda para despues. Minarles los cimientos secretamente, y obsequiarlos y halagarlos en público es la marcha que debe seguir el que quiera derribar á los po-

derosos; lo demas pudiera ser perderse á sí mismo. Ya es tarde, dijo, mirando al reloj de arena que tenia sobre la mesa, y debemos recogernos; pero antes quisiera que vieseis estas cuentas que manifiestan el estado actual de vuestros intereses.

—Nada quiero ver ni saber: has cuanto quieras y te dé gana. Obra como dueño, pues desde hoy para siempre enteramente quiero que lo seas de mi casa.

—Pero señor.....

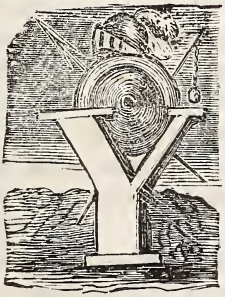
Buenas noches, dijo, alargándole la mano que le apretó amistosa y cordialmente, y se retiró.

—Qué lastima que no haya mas seso en esa cabeza! dijo Iñigo marchando tambien por otro lado.

CAPÍTULO VIII.

.....Gonzalo,
no desperdicies el tiempo.
Gazul está en el alcázar
y Zaida te espera luego.
Dile que venga, responde,
dile que venga, y marchemos.

(SELVA. *El conde Fernan-Gonzalez.*)



Ya el sol habia andado la mitad de su carrera, segun los partidarios de Tolomeo, ó ya la tierra habia hecho la mitad de su movimiento diurno, segun los de Copérnico, cuando volvieron á reunirse en el mismo gabinete Escobedo é Iñigo.

—Qué hay de nuevo, dijo el primero?

—Nada mas, contestó el segundo, sino que acaba de salir el judio Samuel, á quien á fuerza de promesas y

embustes he podido sacar dos mil ducados; pero con un interés exorbitante.

—Perros infames, á quienes deseo ver arder juntos en una hoguera!

—Ojalá fuera ahora mismo! pero no todos. Seria muy conveniente que nos quemasen á Samuel, Isaac é Ismael, pues de este modo ahorrábamos liquidaciones; pero que nos dejaran otros que nos dieran mas dinero.

—Y luego quemarlos, verdad? dijo Escobedo riendo. Sabes que seria magnífico y un plan de recursos digno del sabio D. Juan el de Villena.

—Cierto que sí.

—Pero á lo principal. Sabes algo de Bertran?

—Nada hasta el presente; voy ahora á ver si encuentro á su compañero y le diré que en cuanto sepa que aquel ha venido, se pase aqui para hablar con mas libertad, si vos no os oponeis á ello.

—Muy lejos de oponerme, he pensado que tienes razon y que ese hombre nos puede ser utilísimo, tanto que quisiera le decidieses á quedarse en casa y á nuestro servicio.

—No sé si le convendrá; pero se lo propondré.

Se separaron en seguida y cada uno fue á pasar el dia donde mejor le pareció.

Al oscurecer vino Iñigo y preguntó al portero si habia vuelto Escobedo, y le contestó que estaba arriba en su cuarto: sube á él y le encuentra vistiéndose para la noche.

—Antes de media hora, señor, le dijo Iñigo, en cuanto sea enteramente de noche, debe llegar Bertran: esperaos si no teneis gran prisa y tal vez podais llevar al rey algunas nuevas agradables.

—Pues cuándo ha venido y de qué sabes que llegará aqui tan pronto? Le has visto ya?

—No señor, lo sé por su amigo con el que le he mandado á decir si queria venir aqui, y me ha contestado que en cuanto sea de noche estará.

—Pues ya casi lo es.

—Voy á prevenir al portero que no le detenga y que le conduzca aqui en cuanto llegue.

Pero no fue necesario dar la órden, pues cuando iba á hacerlo entró el soldado, á quien condujo al gabinete de Escobedo.

—Aqui está ya nuestro hombre.

—Y bien, le dijo Escobedo, qué has hecho? la has hallado? Di pronto, despacha, que me muero de impaciencia.

—Si señor, la he hallado, la he visto y la he hablado.

—Y en dónde?

—En el monasterio de monjas de san Pedro de las Dueñas en Toledo.

—Es religiosa?

—Aun no; pero lo será pronto, pues debe profesar dentro de pocos dias.

—Diablo! pues es preciso andar listos.

—Y cómo la has podido hablar? preguntó Iñigo: cuéntanoslo todo, pues pudiera convenir saber algo mas para dar exacta cuenta al rey

—Si, y sé lo mas breve que puedas, pues estoy ardiendo en deseos de darle la noticia.

—Larguísimo por demas, dijo el soldado, seria contar todo lo que me ha sucedido, y los ardides y mañas de que me he valido para descubrir la ruta que siguieron los de Luna. En unas partes me presentaba como un su

fiel servidor que tenia que darles noticias interesantes: en otras por el contrario me decia comisionado para prenderlos, segun la gente con que habia de tratar, y otras mil ficciones que me fueron ganando noticias; pero cuando llegué al convento de Avila se estrellaron todas en una indigesta portera, de la que solo conseguí saber que ya no estaba alli doña Blanca. Hasta aqui mi primer viage.

En el segundo salí decidido á intentarlo todo por servir á vueseñorías. Con esta determinacion volví al convento á ver si hallaba mas propicia á la portera; y para facilitar el camino me provei de golosinas que la regalé antes de preguntarla cosa alguna; pero cuando lo hice, aunque mas dulcificada, nada la pude sacar del punto á que habia sido trasladada doña Blanca: salí dado al diablo y determiné echar el resto, para lo cual marché en seguida á mi alojamiento, me desfiguré el rostro lo mejor que pude para no ser conocido de la portera, me puse un saco de peregrino con su correspondiente esclavina de conchas y demas requisitos, y volví directamente al convento á la caida de la tarde: dije que tenia que hablar á la abadesa, y como el trage me favorcia, la ví aparecer al instante en el locutorio.

La conté que venia de Roma de confesar mis grandes pecados al mismo sumo pontífice Pio II, y que me habia dado la absolucion de ellos; pero con la espresa condicion de pedir perdon uno por uno á los de Luna de una grande ofensa que les habia hecho.

—Demonio qué imaginacion! dijo Escobedo. Pero hombre, y asi te atreviste á jugar con la religion?

—Y os pesa, señor?

Una sonrisa fue la única contestacion, y Bertran continuó:

—La abadesa quedó suspensa un rato sin contestarme, y mirándome de hito en hito.

Habeis servido á los de Luna? me dijo al fin.

Si señora: he sido por algun tiempo uno de sus hombres de armas, hasta que con los demas fui despedido cuando abandonaron el castillo y dejaron aqui á doña Blanca.

Volvió á quedar silenciosa por otro rato y me dijo: el caso es que ya no está aqui, podeis dirigiros á la córte de Aragon donde hallareis á D. Fernando, que os dirá el paradero de su hija.

Eso tengo que hacer, la contesté; pero siento mis fuerzas desfallecer y no sé si podré resistir el camino andando como por penitencia me está impuesto, y si llegara mi última hora sin haber hecho lo posible por hallar á alguno de la familia, mi alma padeceria por no haber cumplido con buscarlos con prontitud é interés. Os ruego, pues, en nombre de la religion y caridad cristiana, me digais dónde hallaré á doña Blanca, si, como creo, lo sabeis y está mas cerca que su familia, si no quereis cargar con la responsabilidad ante Dios de haber dejado sumir en las penas eternas á un pecador que os implora por su salvacion.

Este corto discurso pareció conmoverla, y me dijo: tengo órdenes terminantes de Luna para no decir á nadie el retiro de su hija; pero este es un compromiso de conciencia que no habia podido prever y un caso de escepcion en que me creo autorizada para comunicaros donde se halla: pero bajo juramento de que no lo habeis de revelar á nadie.

Haré cuantos gusteis, pues concluida mi penitencia solo pienso dedicarme á Dios en un convento por el resto

de mis dias y no comunicarme mas con este mundo, en el que he estado muy cerca de perder mi alma y mi cuerpo.

Entonces me dijo donde se hallaba doña Blanca y que me presentase á la abadesa de su parte, y que me la dejaria ver.

La regalé un rosario y algunas reliquias de las que me habia provisto á fuer de buen peregrino, y me despedí loco de contento del buen resultado de mi estratagema. Animado, pues, emprendí el camino de Toledo para cerciorarme de si efectivamente estaba en el convento que habia dicho, porque asi como del de Avila, podian haberla pasado de aquel á otro. Llegué y me pareció que debia seguir con el disfraz que tanto me habia favorecido, y valido de la recomendacion de la abadesa hablar á doña Blanca, en lo que puede que haya traspasado las órdenes de D. Iñigo; pero juzgué entonces conveniente hacerlo, y si he faltado suplico á vueseñorías me perdonen en compensacion de mi buen deseo.

—Pero la has dicho algo que nos pueda comprometer con el rey?

—Nada absolutamente, ni doña Blanca sabe que fuese el rey el amante que la habló en el jardin, por lo que yo he comprendido de su conversacion.

—Cómo?.. esplícate pronto y dí qué has hecho.

—La abadesa del convento de Toledo, en vista del recado de la del de Avila, me permitió ver á doña Blanca, y tratando de seguir mi ficcion con esta tambien, la dije lo mismo que á la abadesa habia dicho y que venia á pedirla perdon. No me conoció al pronto, y me dijo:

No sé, buen peregrino, en qué me hayais ofendido.

Señora, yo soy Bertran, uno de los soldados que es-

tuvieron en otro tiempo á las órdenes de vuestro padre; sabia la cita que teniais en el jardin y os vendí la noche que.....

Dios te perdone los males que me has causado! dijo toda conmovida.

Bien los ha llorado mi corazon, y no solo los vuestros.....

Sí, los de mi padre y mi hermano y la infeliz Ines, que ví, atravesado el pecho de una estocada, muerta á mis pies.

Tambien he llorado por otra persona que no ha padecido menos que vos.

Y dónde está? vive? qué se ha hecho? no le ofendió mi padre? pudo escapar salvo del castillo? me preguntó azorada y con la mas viva emocion.

Esto me dejó comprender que no sabia á quién habia hablado y que ignoraba enteramente lo que aquella noche pasó, que su padre la habria ocultado por sus miras particulares.

Vive, si señora, la contesté, si puede llamarse vida un continuo padecer; nada ha sufrido en el cuerpo; pero el alma la tiene tan herida, que creo que la separacion de esta y aquel no esté muy distante.

Le has visto hace mucho?

Despues de venir de Roma le fui á pedir perdon; pero no me le ha querido conceder á pesar de habérsele implorado de rodillas; sus padecimientos dice que me perdonaria, pero no los vuestros.

Infeliz!!!

No sabeis cuánto lo es, y mas porque no ha podido averiguar adonde os habian conducido.

Y tú cómo lo has sabido?

Por la abadesa del convento de Avila, en donde estuvisteis, que me lo ha dicho porque tenia que, pidiéndoos perdon, cumplir con la penitencia que me fue impuesta, pero con juramento de no decir á nadie vuestro retiro; mas si para su consuelo y alivio me dais algun escrito se lo llevaré, pues esto no me impide el juramento. Asi, señora, tal vez me concederá el perdon.

Ah! eso no puede ser, yo no debo pensar ya en él, me está prohibido, antes de un mes debo tomar el hábito y estas puertas se me cerrarán para siempre. No, no lo haré. Tú eres el ángel malo que me viene á tentar: marcha, te perdono.

Yo, doña Blanca, solo os pedia un consuelo para el desgraciado que se olvida de sus males para llorar los vuestros; yo no os pedia otra cosa para calmar su padecer sino que le dijerais que viviais y estabais contenta con vuestra suerte.

Contenta!.... cuando veo desaparecer para siempre las ilusiones de dicha que abrigaba mi pecho!... No, eso seria engañarle.

Pues bien, señora, decidle aquello que querais; pero os ruego encarecidamente que le deis alguna noticia de vuestra persona y descargueis mi conciencia del peso que la oprime hasta que me conceda el perdon.

En este momento vinieron á buscar á una monja que bajó tambien al locutorio, y tuvimos que interrumpir la conversacion.

Señora, la dije, yo no puedo continuar mas tiempo aqui y esta será la última vez que nos veamos: determinaos, por Dios, á consolar al desgraciado.

Se levantó y marchó sin decirme una palabra. Yo quedé indeciso de lo que debia hacer, si marchar ó es-

perar, y me determiné por lo último. Al poco tiempo volvió y me dijo: toma esto para que puedas continuar tu peregrinacion. Adios, él te acompañe y proteja: y se retiró antes de que yo pudiese contestar.

Luego que me ví fuera del convento, mi primer cuidado fue ver lo que contenia el bolsillo que me habia entregado, en el que estan bordadas las armas de los Lunas, y encontré lo que aun tiene dentro y vueseñorías pueden ver, y entregó el bolsillo á Escobedo. Le tomó este y vió contenia algunas monedas y un papel, en el que decia: «Estoy en el monasterio de las Dueñas de Toledo, en el que por espresa órden de mi padre deberé profesar antes de un mes. Procurad consolaos como lo hace—*Blanca.*

—Vive Dios, esclamó Iñigo, que has hecho mas de lo que esperé. Eres el hombre de mas talento para intrigas que hay en España toda, y merecias que te aclamasen y reconociesen como tal. Pide lo que quieras, que en cuanto nosotros podamos no escasearemos nada para pagar tus servicios; y si quieres quedar al de la casa, puedes elegir la clase que mejor te parezca.

—Con mucho gusto me quedaria; pero habia de ser con la condicion de no estar sujeto como los demas sirvientes, solo en el caso de que necesitarais mis servicios, pues entonces como ahora á ninguna otra cosa atenderia.

—Tú serás el gefe de todos los dependientes que haya.

—Tampoco, señor; pues para cuidar de que ellos cumplan con su deber, tendré que estar sujeto.

—Pues quédate y sea del modo que quieras. Toma ese bolsillo para beber con tus amigos, y cuando te se acabe avisa.

—Debo noticiar á vueseñorías tambien que al salir del convento ví á Nuño, y temiendo que viniesen á llevarse

á doña Blanca, permanecí algunos dias sin perder de vista las inmediaciones de él; pero nada observé que asegurase mi sospecha, por lo que determiné no estar mas tiempo sin avisaros mi descubrimiento.

—Y qué habrá ido á hacer Nuño en Toledo?

—Sospecho que no estaba solo, y que fraguan con Villena alguna conjuracion.

—Se lo diré tambien al rey, y si no trata de ir pronto marcharás tú para observar y seguir sus pasos. Adios, puedes pasear libremente las calles de Madrid, pues esta noche tendrás el indulto por la muerte de Ferrús.

Se marchó Bertran contentísimo, y no lo quedaron menos Escobedo é Iñigo. Se concluyó de vestir aquel con lo mejor que tenia y se fue en seguida al alcázar.

Encontró al rey en su cámara rodeado de sus favoritos y primeras dignidades de Castilla. Estaban D. Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo; D. Alfonso Fonseca, arzobispo de Sevilla; D. Beltran de la Cueva, conde de Ledesma; D. Miguel Lucas de Iranzu, señor de la villa de Agreda y de los castillos de Veranton y Bozmediano, que acababa de ser nombrado condestable de Castilla; D. Gomez de Solis, maestre de Alcántara; D. Juan de Valenzuela, prior de San Juan; D. Diego de Arias, tesorero mayor y otros de menor cuantía.

Ocupados estaban en este momento en discutir qué medidas se debian tomar para cortar una conspiracion que fraguaban algunos grandes del reino, segun manifestaba un parte que acababa de recibir D. Enrique. Varios eran los pareceres de los consejeros, y varias tambien las razones que cada uno alegaba para hacer prevalecer el suyo sobre el de los demas. Unos querian que diese el rey órden inmediatamente para prender á

cuantos se conociesen como traidores, y que fuesen sobre la marcha juzgados y sentenciados con el mayor rigor. Otros por el contrario pretendian que el rey no debia cuidarse de una cosa de tan poca trascendencia, y que solo debia reputar como actos de poco juicio ó desesperacion tal vez, y por lo tanto despreciable. El poco carácter y resolucion de D. Enrique, unido á las razones que para deber menospreciar la conspiracion alegaba D. Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo, encargado en aquella época de los asuntos del Estado, y que ejercia una grande influencia en el ánimo del rey, hacia prevalecer el voto de paz y tolerancia cuando Escobedo se acercó á saludar á D. Enrique.

ANSELMO M.

—Hola Escobedo! le dijo este sonriéndose. Segun lo apuesto y galan que vienes, parece mas bien que te vas á presentar á las damas de la córte que no á los caballeros. A tiempo llegas para dar tu prudente consejo, continuó con tono burlon, en el asunto que nos ocupa.

—Señor, mi edad no es aun aquella en que se buscan los consejeros; pero si V. A. se digna decirme sobre qué se trata, daré mi pobre parecer.

—Siendo pobre, dijo recargando la espresion el de Ledesma, de poco puede servir.

Toda la sangre se subió á la cabeza de Escobedo, que conoció la significacion que daba á la palabra el de Ledesma, y encarándose á él con ademan resuelto, le contestó:

—He llamado pobre á mi parecer, comparado con el del rey, nuestro comun amo y señor; pero comparado con el de otro cualquiera, es mas rico y de mas valor en la córte y en el campo.

—Dejémonos de valores, dijo el rey cortando la conversacion, cuyo giro le desagradaba, y veamos tu parecer.

—Acaban de traerme un mensage de Pedro Lopez de Ayala, alcaide de Toledo, con la noticia de que se forma una conspiracion para quitarme el reino, y dársele al infante D. Alfonso; que los principales gefes estan en Toledo, en donde tienen sus reuniones, y que siendo personas de poder y emisarios algunos de D. Juan de Aragon, que protege tácitamente, segun cree, á los conspiradores, no se atreve sin mi consentimiento á emprender nada contra ellos, aunque tiene fuerzas suficientes, y que espera le dé sin perder tiempo mis órdenes. Cuáles son las que debo darle segun tu parecer?

—Ninguna desde aqui: puesto que tiene fuerzas y no se necesita gastar tiempo en recogerlas ni avisarles con movimiento alguno, debeis presentaros cuando menos lo esperen, coger á los conspiradores, y poderosos ó no, colgarlos en la plaza pública.

—Tremendo estás, Escobedo.

—Si no castigais, señor, esos delitos, demasiado frecuentes por desgracia, no conseguireis nada mas que ahogarlos por el momento y hacerlos mas peligrosos con el tiempo.

—De muy distinto modo ha opinado otro que me ha dicho debo despreciarlo y aun reprender ágriamente á Ayala por poner asi en conmocion mi ánimo cuando él mismo sea tal vez el que medite la traicion.

—Eso es falso, señor, y el que os lo ha dicho deberá estar resentido con el alcaide porque no le serviria como él deseó en alguna ocasion. Dijo esto Escobedo mirando al arzobispo de Toledo que se mordia los labios de ira, y continuó. Conozco muy bien la lealtad de Pedro Lopez de Ayala, y á pie ó á caballo sostendré que es falsa semejante acusacion.

—Y yo tambien, dijo Iranzu el condestable. El alcaide de Toledo es fiel á su rey como el primero, y su mismo aviso lo manifiesta: para entregar la ciudad no se necesitaban órdenes. Soy de vuestro parecer, Escobedo; se debe castigar ejemplarmente á esos revoltosos que aniquilan y devastan su patria; pero no me parece necesario que vaya el rey.

—Pues yo aconsejo á S. A. que lo haga: su presencia intimidará mas que los castigos, pues verá Castilla que su rey se halla en donde amenaza el peligro.

—Y qué decis vos, D. Alfonso, preguntó el rey al arzo-

bispo de Toledo? Qué os parecen los consejos de Iranzu y Escobedo?

—Aunque sean nacidos de un buen deseo, señor, me parecen bastante imprudentes, pues la sangre vertida con esa profusion mas irrita los ánimos que los calma. Ademas que, aunque Ayala os haya dado el aviso de buena fe, pudiera estar engañado por alguno que quisiera vengar agravios particulares y haber delatado á inocentes como culpables.

—Por eso mismo debe ir el rey, dijo Escobedo, para que no engañen á Ayala como vos temeis.....

—Bien, yo pesaré vuestras razones y procuraré conciliar la justicia con la clemencia, para lo que mandaré al alcaide las órdenes convenientes.

Dirigió entonces el arzobispo una mirada de satisfaccion y de triunfo á Escobedo que le irritó sobremanera, y como tenia la íntima conviccion de que el rey iria á Toledo, no por la conspiracion sino por ver á doña Blanca, quiso desquitarse de los desaires que habia sufrido, humillando esta vez á los consejeros que se oponian á la marcha del rey, y le dijo:

—Segun ha indicado V. A. no piensa ir á Toledo?

—No, pues no lo juzgo necesario por ahora, y asi lo creen tambien todos menos tú.

—Es que yo tengo razones muy poderosas para creerlo preciso, que no tendrán estos señores, y que daria á V. A. si gustase oirme aparte.

—Dilas públicamente, pues todos los que me rodean merecen mi confianza.

—Son de una especie que no debo dar ni daré sino á V. A. solo. Despues si vos me dais permiso las repetiré en público.

—Vaya que tienes rarezas, Escobedo! Reriraos, dijo sonriendo á los cortesanos, veremos qué razones son esas.

Refirió entonces Escobedo al rey como, á fuerza de trabajo y prolijas averiguaciones, habia conseguido saber que doña Blanca no habia sido muerta por su padre, como hasta entonces habian creido; que la encerró, sí, en un convento para forzarla á ser religiosa, dando las órdenes mas terminantes á la superiora para que ocultase de todo el mundo el nombre y clase de la novicia que residia bajo su autoridad; pero que merced á los ardides de que se habia valido el soldado mismo que les facilitó la entrada en el castillo de Luna, habia triunfado de las prevenciones de este y descubierto el punto en que ocultaba á su hija; y que en prueba de ello le entregaba una carta escrita por esta á su amante en el monasterio de San Pedro de las Dueñas de Toledo, y á mas un bolsillo con sus armas que regaló al soldado. Ved ahora, señor, continuó Escobedo, si es urjente que marcheis á Toledo, sino precisamente por ahogar la conspiracion, por evitar que os priven de una muger que os ama con delirio; pues segun dijo al soldado, debe profesar muy pronto.

—Sí, sí, dijo en alta voz el rey, tienes razon, mañana mismo marcharemos.

—Mañana! repitieron los cortesanos á una voz.

—Señor! habeis dicho que mañana marchais á Toledo? dijo adelantándose el arzobispo y en tono casi de reconvencion.

—Sí, mañana, y temprano. Las razones de Escobedo me han convencido.

—Y qué razones puede haber?....

—Quereis, señor, que se las dé?

—No, Escobedo, basta que las sepamos nosotros. Bue-

nas noches, señores. Ven Escobedo conmigo, que tenemos que hablar, y se fue apoyado en su brazo.

Quedaron los grandes mirándose unos á otros sin saber lo que les pasaba y sin decir palabra. El primero que rompió el silencio fue el arzobispo Carrillo, en cuyo rostro estaba pintado el mas ciego furor, pero solo dijo: Buenas noches, señores!.... y se marchó, cuyo ejemplo siguieron los demas. Al bajar llamó á uno de sus pajes. Corre, le dijo, á ensillar el mejor caballo de mis cuadras, disponte á partir al instante y sube á mi cuarto en cuanto estés corriente, y silencio!

CAPÍTULO IX.

Si el dolor de la muerte es tan crecido,
Que pueda compararse al que yo siento,
Duélase el que nació de ser nacido.
Mas nunca pudo muerte al mas contento
Parecerle jamás tan dura y fiera,
Que iguale á mi dolor su sentimiento.

(Acuña. *Elegía á una partida.*)

INMEDIATAMENTE que Luna quedó solo con su hija é Ines la noche fatal de la cita del jardin, comenzó á reprender á esta última su vergonzosa complicidad con el rey en los términos mas ofensivos y humillantes; y tanto se escedió, impulsado de la cólera que le cegaba, que exasperada Ines le contestó con dignidad y

un tanto de altanería que acabó de enfurecerle en términos, que sacó la espada y la atravesó el pecho dejándola muerta á sus pies. Tomó en brazos á su hija que cayó desmayada á tan triste espectáculo, y la llevó á su cuarto; la dejó sola y aun privada de conocimiento en su misma cama, cerró la puerta y bajó al patio al encuentro de su hijo y Nuño, que inmóviles como estátuas estaban uno enfrente de otro.

—No sabeis quién era?....

—Solo conozco un hombre á quien hubierais dejado salir asi, dijo Nuño.

—Pues yo no conozco ninguno, añadió D. Alfonso, echando fuego por los ojos; y pese á mi alma si no hubiera querido que mi padre se hubiera hallado ausente en esta ocasion: yo hubiera hecho lo que debia.

—Ah! Yo no sabia la verdad, le contestó D. Fernando: yo creí que solo se habia intentado un robo y que mi hija estaba inocente; pero estaban acordes, le ama!.... la ha seducido!.. Esto no tiene perdon y juro vengarme de tal agravio, mas con una venganza terrible, afrentosa como su crimen; cual nunca la haya habido, y despues de su humillacion y castigo, la muerte.

—Sí, padre, sí, venganza terrible; el cielo ha oido mis súplicas y os abre por fin los ojos. Ahora conocereis la razon que me asistia cuando contestaba á vuestras reflexiones diciendo, que si los castellanos estábamos deshonrados teniamos la culpa, pues lo sufriamos. Cuando os decia que yo no debia marchar á Aragon porque ningun daño ni perjuicio esperimentábamos aun, era por no alejarme, por no abandonaros entre las garras del tigre; porque queria estar en Castilla para ayudar á la ruina de ese rey infame y villano, descendiente al fin de

un bastardo (1). Y no está lejos la hora de su castigo! El descontento cunde con las ofensas, y dentro de poco el trono de Castilla tendrá un nuevo rey.

—Todo se lo hubiera perdonado y jamás le hubiera faltado al vasallage; pero hoy que me ha robado la virtud de mi hija, hoy que ha seducido su inesperto corazon, me creo relevado de servirle y obedecerle: aun mas, me creo autorizado á unirme á sus enemigos, á trabajar en su ruina y á quitar el cetro de su mano impura; á todo, sí, y á vengarme, en fin, lavando mi ofensa con su sangre.

—Mas para conseguirlo, dijo Nuño, es preciso tener prudencia y no quedarnos espuestos á las asechanzas que nos pueden tender para imposibilitarnos de hacer daño y lograr sus deseos.

—Tienes razon, Nuño, y antes del dia debemos desaparecer.

Entonces dispusieron marchar inmediatamente padre é hijo llevándose á doña Blanca, á quien dejarian en Avila en un convento, cuya superiora era parienta de su madre; que les acompañarian D. Fadrique, el médico y Rodrigo, page de D. Alonso, que eran independientes, y en los que tenian una entera confianza; que Nuño se quedaria unas horas mas para despedir los criados, tomar el dinero y las alhajas y cerrar el castillo, marchando en seguida á encontrarlos en Avila y dirigirse juntos á

---

(1) Descendia D. Enrique por línea recta del conde de Trastamara, hijo bastardo de D. Alonso el onceno y doña Leonor de Guzman, que fue alzado rey de Castilla con el nombre de Enrique II por muerte que él mismo dió á su hermano Pedro I,

la córte de Aragon, en la que tenian amigos y pensaban ser bien recibidos.

Asi lo hicieron: y ya en salvo, su primer cuidado fue ponerse de acuerdo con los descontentos de Castilla. Tenian ya fraguada una horrorosa conspiracion, y con la que esperaban conseguir su venganza, cuando reconciliado de repente con el rey el arzobispo de Toledo, que era el principal cabeza y director de la intriga, todo se deshizo. Les manifestó este sin embargo que no desistia de su empeño de destronar á D. Enrique; pero que le guardaba para mejor ocasion, pues noticioso don Alfonso Fonseca de lo que se tramaba contra el rey por uno de sus espias, se lo habia noticiado á este y se habian tomado las medidas necesarias para inutilizar el golpe.

Descontentos quedaron los Lunas, pues su rencor era tal, que no veian la hora de vengarse.

Por este tiempo murió la abadesa del convento en que quedó daña Blanca; y siendo la que entró á reemplazarla muy afecta al rey, determinó D. Fernando llevar á su hija á otro de mas confianza para él. Fue con Nuño á Avila y la sacó con la mayor política, sin herir en lo mas mínimo la delicadeza de la nueva superiora para que no le vendiese revelando la existencia de su hija, y la condujo y dejó él mismo en el que ya sabemos de San Pedro de las Dueñas en Toledo, que estaba situado en donde despues se edificó el hospital de Santa Cruz.

Irritado sobremanera aun Luna con su hija, no la dirigió ni una sola vez la palabra en todo el tiempo que marcharon y estuvieron juntos. Ella intentó varias veces hablarle; pero en cuanto principiaba se anublaba enteramente el rostro de aquel, se inflamaban sus ojos, y

doña Blanca perdia el valor para continuar y volvia á sumirse en el mas profundo silencio.

Llegaron por fin á Toledo, empleando en el camino mucho mas tiempo del necesario por las precauciones con que caminaba Luna para no caer en manos de los destacamentos del rey que cruzaban en todas direcciones para conservar la tranquilidad.

—Quedais en este monasterio, dijo á su hija al entrar, para no salir de él jamás. Al cumplirse el año tomareis indispensablemente el velo de religiosa; no al año de la entrada en este, sino del que acabais de salir, pues se os contará aqui aquel tiempo.

—Padre, perdon! piedad!..

—Silencio! la dijo con voz terrible Luna, y despues de haber hablado aparte con la abadesa, salió sin mirarla siquiera.

Triste, abatida quedó doña Blanca y sumida en el mas acerbo dolor: dolor que como todos aquellos que despedazan interiormente el corazon, no tienen ni el alivio de las lágrimas. Mudo, reconcentrado en sí mismo, consume la vida debilitando por momentos las fuerzas físicas y morales. Ambas se resentian ya en doña Blanca: su cuerpo padecia de continuos ataques, de los que no se aliviaba sino para caer en otros mentales, que si bien no se creen tan peligrosos, no por eso debilitan menos la existencia.

La noche del jardin estaba tan fija y presente en su imaginacion, que no la podia olvidar solo un instante. El no saber qué se habia hecho su amante era uno de sus mayores tormentos: creia unas veces que su padre le habia muerto; otras que habria podido escapar y que por ello la castigaba con tanto rigor, por no haber saciado su

cólera mas que en la infeliz é inocente Ines. Como nada la habia dicho aquel, y la superiora que hasta entonces habia tenido guardaba con ella una seriedad y silencio constante, que probablemente le habia sido encargado por D. Fernando, nada absolutamente sabia de lo ocurrido aquella noche en el patio del castillo, ni que su familia hubiese abandonado la Castilla. Estasiados en el jardin los dos amantes en protestas y juramentos de amor y de constancia, tampoco la habia aun dicho el caballero quién fuese; pero recordaba que estando á sus pies la juró que no habia linage en España que escediese al suyo en nobleza. La total ignorancia, pues, en que se hallaba, el rigor de su padre, que era tanto mas cuanto que estaba creido que su hija amaba al rey sabiendo quién era, y las pocas consideraciones que en el convento habian guardado con ella, todo el menosprecio, en fin, que se habia hecho de su persona por cuantos la habian rodeado en aquel tiempo, muy lejos de debilitar un amor que ella creia lícito y virtuoso, le aumentaba estraordinariamente echando en su corazon unas raices que era ya muy dificil arrancar.

Tenia momentos de esperanzas halagüeñas; creia que su amante, siempre fiel y apasionado, no perdonaria medio para aliviar su desgracia que él debia saber; que hablaria y suplicaria á su padre, y que mitigando este el rigor desmedido con que la trataba, consentiria en una union á la que nada tendria justamente que oponer, siendo tan noble como él la habia dicho. Pero pasaban los dias y los meses, y con ellos sus esperanzas perdian aquella ilusion de realidad. No podia figurarse desleal á su amante y que la abandonase cruelmente á sus penas; le creia entonces muerto y su corazon se despedazaba de

dolor; desaparecian totalmente las ilusiones de ventura y felicidad, y ya no deseaba sino concluir cuanto antes una vida tan infeliz consagrándose á Dios el resto de sus dias. Prevalecia esta determinacion de hora en hora, pues cada una que pasaba la convencia mas de que su amante era muerto. Arrodillada á los pies de los altares imploraba fervientemente por el descanso de su alma, y porque el Señor, condolido de sus tormentos, cortase el hilo de su existencia miserable y la llevase á las moradas celestiales á unirla con aquel de quien no pudo ser en la tierra. Pasaba orando la mayor parte del dia, pues la oracion mitigaba sus penas: su dolor, de un carácter menos irritable, se habia hecho mas sentimental y religioso; podia verter copiosas lágrimas, con las que sentia algun consuelo y honraba la memoria de su amante y de la malograda Ines, que tenia un lugar predilecto de cariño en su corazon.

Este era el estado moral de doña Blanca cuando se presentó en el monasterio el falso peregrino Bertran. La conversacion que tuvieron y su resultado ya los sabemos, y sus consecuencias para doña Blanca las podemos adivinar.

Todo aquel amor y delirio que antes tuvo, todas aquellas esperanzas é ilusiones de dichas terrestres que creia estinguidas para siempre y completamente relevadas por un sentimiento religioso y un deseo de gloria celestial, volvieron de nuevo y con mayor fuerza á invadir su corazon. Ya no encontraba alivio á sus penas en la oracion, y cuando se dirigia á los altares á implorar la gracia del Eterno, su boca no encontraba ya palabras de ternura y amor religioso: amor y ternura, sí, respiraba su pecho; pero amor y ternura mundana, amor á un hombre, no á la divinidad.

Impaciente y desasosegada, cualquier ruido la ponia en conmocion: creia que sabiendo ya su amante el lugar que la ocultaba y no dudando de su determinacion para emprenderlo todo, cuando entró en el bien guardado castillo de su padre, no dejaria de intentar verla con algun ardid ó de escribirla al menos. Deseaba y temia llegase este caso: paseando por la huerta miraba todos los lugares mas ocultos, iba siempre cerca de las tapias por si hallaba alguna señal ó papel: si el hortelano estaba en ella por casualidad creia ver en sus miradas ó acciones una seña de inteligencia, marchaba á lo mas retirado y escondido y esperaba á que viniese á darla algun billete; pero esperaba en vano: el hortelano ó se habia retirado ó seguia en su trabajo sin cuidarse ni reparar en ella.

El dia prefijado por su padre para la profesion se acercaba: solo faltaban quince; pero como nada la decia la abadesa ni habia vuelto á ver á aquel, creia que desistiendo de su propósito la tenia alli en clase de reclusa, pero no para ser religiosa. Tambien sospechaba si su amante le habria hablado y templado su furor.

Embebida en estos pensamientos se hallaba cuando la pasaron recado que bajase al locutorio: se levantó precipitada; pero la misma impresion fuerte y terrible que recibió apenas la permitia sostener en pie.

Quién me busca? preguntó con voz balbuciente.

Vuestro padre.

Un rayo que hubiera caido á sus pies no la hubiera dejado mas anonadada; tuvo que volverse á sentar para recobrar un poco las fuerzas y calmar su agitacion; procuraba persuadirse que vendria tal vez á realizar sus esperanzas; pero la horrorosa angustia que padecia su

corazon la hacia presentir lo contrario. Sacando, pues, fuerza de debilidad se levantó y bajó: halló á su padre que conversaba muy bajo con la abadesa, la que se retiró llegada ella. Permaneció de pie delante de su padre sin atreverse á dirigirle primero la palabra, y lívida como la misma muerte.

—Sentaos, doña Blanca, la dijo su padre, que tenemos que hablar.

—Padre mio! .....

—Escuchadme, que he venido á hablaros antes de oiros. No necesito recordaros la noche fatal en que perdí una hija que era la delicia de mi corazon, y con ella el honor siempre bien sostenido de mi casa, pues como en la mia debe estar demasiado presente en vuestra imaginacion; pero sí debo recordaros la felicidad que antes disfrutaba, pues aunque vivia algo disgustado por los males de mi patria, los olvidaba contemplando á vos y á mi noble y valiente Alfonso, en quienes cifraba toda mi ventura; pero esta desapareció por vos para siempre y por eso os lo recuerdo para que no me acuseis de injusto y tirano. Una idea solo ha sustituido aquella felicidad. La venganza!.. pero aunque no desistiré de ella, conozco que no me volverá la calma y tranquilidad que gozaba aunque la consiga; templará solo, sí, este ardor, este fuego infernal que me ahoga y consume.

Abandonado el castillo de nuestros mayores, abandonada la patria, buscamos desde aquel dia un abrigo en Aragon contra el hombre infame que no respeta honor, vidas ni haciendas. Dos veces he creido conseguido mi deseo, y dos veces he visto burladas mis esperanzas. Siento mis fuerzas desfallecer por el peso de los años y los disgustos, y desconfio ya de ver caer del trono á ese

rey vil y corrompido. Si lo hubiera logrado, si su sangre hubiera lavado ya las ofensas de los nobles castellanos, aunque hubierais permanecido en el convento no os hubiera forzado á profesar; pero necesitais hacerlo: os es preciso este escudo para defenderos de las pérfidas asechanzas; os creo arrepentida de vuestra falta por lo que me ha dicho de vuestro fervor religioso la superiosa; pero os arrancarian del claustro no siendo profesa, y sino por voluntad, abusarian de vos por la fuerza, ú os vencerian con artes y amaños: de un modo ú otro sucumbiriais.

—Pero padre, quién se habia de atrever á violentar la virtud de una muger en la casa de Dios, aunque no fuese religiosa?

—Quién? el mismo que abusando de vuestra inesperiencia os sedujo el corazon; el mismo que me robó lo que mas amaba, el que escaló mi castillo para.....

—Padre mio! Padre mio! templaos: no os arrebateis de un ciego furor: oid á vuestra hija una vez sola. Soy inocente, padre, os lo juro; pues yo no creia un crimen como vos decis tan grande amar á un noble igual á nosotros, porque lo es, padre mio; me lo ha jurado, y no me puede engañar. Ah! si le vierais, si le hablarais, vos os convenceriais de que no es capaz ni de imaginar eso que decis; que me ama de corazon y honradamente.

—Honradamente!....

—Sí, padre mio, para unirse á mí en lícito y santo matrimonio.

—Matrimonio! Qué decis, Blanca!....

—La verdad: y si aquella noche, que fue la primera que entró, no se hubiera descubierto tan pronto su es-

tancia, hubiéramos acordado cuándo habia de presentarse á vos.

—A mí! Estais en vuestro juicio, dijo levantándose furioso, ó pretendeis burlaros?....

—Burlarme? padre, y por qué? Siendo noble no podia pretender mi mano y pedírosla?

Quedó Luna mirando á su hija con una espresion indagadora, y al cabo de un rato la preguntó, sin dejarla de mirar con la mayor atencion.

—Y cómo se llama ese caballero?

—No lo sé; me lo iba á decir cuando se alboroló el castillo.

—No lo sabeis! Pues dónde le conocisteis y cómo os citó?

Le contó entonces doña Blanca á su padre todo lo que ya sabe el lector con una ingenuidad y franqueza tal, que no pudo dudar de la verdad D. Fernando, y arrebatado de cólera y furor, esclamó:

—Infame! y asi ha sido capaz de abusar de una inocente?.. Sabeis, doña Blanca, que os han engañado vil y traidoramente? Sabeis que os ha robado el corazon un tigre para despedazarle y gozarse en vuestro dolor?.... Sabeis que ese hombre que alabais y defendeis es el mayor criminal que abriga la Castilla, y que solo por un engaño dejé salir vivo del castillo? Sabeis que no os podeis defender de él sino tomando el hábito de religiosa?

—Pues quién es?.. preguntó doña Blanca, en cuyo rostro se veia marcada la agonia y la muerte.

—Enrique IV, rey de Castilla.

—Cielos, piedad! esclamó doña Blanca cayendo en el suelo privada enteramente de sentido.

D. Fernando tocó la campana del locutorio y acudió

la portera que principió á pedir socorro. Llegaron la abadesa y algunas monjas que rociaron con agua el rostro de doña Blanca, haciéndola aspirar algunos espíritus; pero viendo que no volvia, la llevaron á su cuarto para aplicarla otros remedios mas ejecutivos. D. Fernando se marchó despues de haber encargado á la abadesa cuidasen á su hija, de quien ya se dolia por considerarla mas imprudente que culpable.

CAPÍTULO X.

Desconócese el rey, cuando examina
la diferencia que en el alma siente:
con gustoso tormento se imagina,
ó en pena, que le aflige dulcemente;
y el alivio engañoso, que destina,
por lisonja del ánimo doliente,
hace que del veneno se renueve
la sed ardiente, que la vista bebe.

(Ulloa y Pereira. *La Raquel.*)

CUANDO el rey despidiéndose de los cortesanos se apoyó en el brazo de Escobedo, le llevó á su aposento y le hizo referir una por una las circunstancias del hallazgo de doña Blanca. Cuando llegó á la escena del locutorio y le repitió las preguntas de amor é interés que hizo al falso peregrino, la exaltacion del rey subió de

grado y prodigó los nombres mas cariñosos á Escobedo.

—Ah! qué mal he pagado tu cariño, le dijo por último: mientras tú no pensabas mas que en proporcionarme la dicha que mas he ansiado, yo apenas hacia alto en tí; pero aun es tiempo de agradecer tus servicios. Sin perjuicio de premiarte mas ámpliamente, te regalo por de pronto el castillo de Luna con todas sus dependencias que me pertenecen hoy por espatriacion y traicion de sus últimos poseedores; pues son de los que mas trabajan para llevar á cabo la conjuracion que me reveló Fonseca: ademas, ves de mi parte á Diego Arias, mi tesorero, y que te dé diez mil escudos para que premies á tu buen secretario y al soldado, y para lo que pueda hacerte falta para marchar como corresponde á Toledo; y si no tuvieras bastante, que te dé quince ó veinte mil, pues bien lo mereces, y vente mañana temprano para determinar á qué hora hemos de salir.

Se retiró Escobedo y no creemos necesario decir que no se descuidó en ver á Arias. No hemos podido averiguar qué cantidad le pidió; pero nos inclinamos á creer que si no fue la última, tampoco la primera que le dijo el rey.

Quedó este loco de contento con la noticia de que doña Blanca vivia y le amaba con aquel amor tierno, sencillo y virtuoso de una doncella bien educada que ignoraba quién él era: le amaba por su persona, que era lo que él habia deseado conseguir y que habia logrado tan cumplidamente. No queria parar la consideracion en que la jóven era virtuosa y que él no la podia ofrecer sino un amor criminal; consideraba solo que habia vencido su corazon y confiaba vencer asimismo su virtud.

Qué muger resiste, decia, á un rey apasinado, tier-

no y con poder para hacerla envidiada del mundo todo, y mas cuando esta muger está enamorada? Ninguna, ninguna: Blanca será mia y yo el mas feliz de los hombres.

Embebido en estas ilusiones estaba cuando entra un ugier á decirle que el arzobispo de Toledo pedia licencia para hablarle.

—Pues no ha hablado bastante esta noche? dijo al tiempo que sin aguardar el permiso entraba ya el arzobispo.

—Sí señor, he hablado bastante y aun demas en el asunto que nos ocupó; pero no habiamos tocado el mas interesante que tenemos pendiente, para librar á Castilla de una guerra con la Francia, y tal vez tambien con el Aragon, en la que no podriamos conseguir ninguna ventaja, y sí muchas pérdidas, desunidos como estan los castellanos en partidos, de los que alguno apoyaria las pretensiones de la Francia.

—Y otro las de Aragon, no es verdad D. Alfonso?

—No conozco en el dia ninguno que simpatice con la córte de D. Juan, contestó algo cortado el arzobispo.

—Pues yo no dudo que le hay, y creia que vos lo sabiais y aun conociais algunos de sus parciales, pues estando al frente de los negocios públicos no debeis omitir diligencia alguna para conocer las miras é intenciones de esos grandes ingratos y desatentadizos.

—Tengo tomadas mis medidas para descubrir sus intrigas: nada sé aun de positivo; pero en sabiéndolo, señor, les castigaré.....

—Eso me toca á mí, y os juro que lo haré. Ya os mandaré desde Toledo noticias de los que coja y mande cortar la cabeza.

—Pero pensais ir tan pronto, señor?

—Mañana por la mañana, ya os lo dije.

—Y ha de quedar asi el conde de Armeñaque, embajador de Francia, esperando tanto tiempo vuestra resolucion?

—Ya estan puestas las condiciones del tratado de paz y confederacion, y por consiguiente concluida su embajada, y nada tengo que resolver; puede marchar cuando guste.

—Y si alguna de ellas no le conviniese?

—Puede marchar tambien, ó esperar mi vuelta para arreglarnos.

—Yo sin embargo creo que esté conforme; pero falta vuestra autorizacion y que le despidais como á su rey que representa.

—Bien, puedes decirle que los asuntos de mi estado me llaman á Toledo, para donde saldré mañana; que si está conforme con las condiciones del tratado puede venirme á ver y que le esperaré hasta el medio dia para dejarle concluido y despedirle, como es debido al embajador de un rey amigo y aliado; y que si no está á esa hora tendrá que esperar á mi vuelta.

—Y los embajadores de Aragon?

—Esos, decididamente que esperen.

—Pero señor.....

—Tengo gana de descansar, D. Alfonso: mañana, puesto que dilato mi viaje algunas horas, podremos arreglar lo que debeis hacer en mi ausencia.

Viendo que nada mas podria lograr, se retiró el arzobispo ciego de cólera.

No puedo detenerme ni dos dias! iba diciendo para sí: qué le habrá revelado ese miserable de Escobedo para hacerle tomar una determinacion tan pronta y decidida? Pero si mi page no se descuida, aun les queda tiempo

para salvarse y hacer sospechoso para el mismo Ayala su aviso. Si nos habrá vendido alguno? Hay tan poca fe en los hombres, que no lo estrañaria, pues ya otra vez ha sucedido. Pero infeliz de él si llego á saber quién es!

A la mañana siguiente fue Escobedo á palacio á tomar órdenes del rey para el viaje, que queria emprender al momento; pero le dijo D. Enrique:

—Tengo que detenerme algunas horas, Escobedo.

—Pues cómo, señor?

—Anoche despues de irte tú vino el arzobispo de Toledo á decirme que no podia yo marchar porque tenia que despedir al embajador de Francia y á los de Aragon; pero se llevó chasco, estuve firme y solo le he concedido de plazo hasta el medio dia.

—Temo, señor, que haya sido demasiado. Me parece que el arzobispo sabe la conspiracion, y aun que la proteje.

—Hombre, qué dices?

—Me equivocaré tal vez, señor; pero yo no me fio del que ya fue traidor: y ese empeño de que no vayais, algo significa.

—Creo que tienes razon, y que lo que convendria seria marchar al instante; pero verdaderamente yo debo estar bien con la Francia y no puedo hacer un desaire á su representante marchando ahora, despues de haberle avisado que no saldré hasta el medio dia.

—El arzobispo, señor, segun mi parecer, solo ha tratado de ganar tiempo para tomar sus medidas ó dar sus avisos: mucho hubiera convenido haberle ocultado vuestra marcha hasta el momento mismo de emprenderla; pero sin embargo, si quisierais seguir mi consejo, esta

vez, quizá se podrian burlar sus esperanzas y cálculos.

—Y de qué modo? Dí.

—Mandando inmediatamente órden á Ayala para que prenda sobre la marcha á todos los conjurados que conozca y presuma que lo son, sin permitir ademas salir de la ciudad á nadie hasta que vos vayais.

—Pero hombre, van á padecer muchos quizá inocentes.

—Ninguno, señor, mas que la pequeña incomodidad de estar presos unas cuantas horas. Cuando vos llegueis podeis dar la libertad á los inocentes, si alguno hubiese, y castigar á los culpables, que creo serán todos los que haya presos, pues Ayala es hombre entendido y prudente.

—Tienes razon, sí; y de esta manera sabremos si me vende el arzobispo. Voy yo mismo á estender la órden y tú te encargarás de hacerla llegar.

—Quereis, señor, que la lleve yo mismo? preguntó este.

—No: tú debes quedarte para acompañarme: que la lleve tu secretario que es de confianza. Ve, y dásela.

—Al momento, señor.

Cuando salia Escobedo entraba el arzobispo Carrillo; se saludaron con política y ceremonia, acompañada de aquella risita propia y esclusiva de cortesanos favorecidos que se temen, pero que se dicen tácitamente: yo te derrivaré en cuanto pueda.

Pasó D. Alfonso á ver al rey, que le recibió con frialdad, pero con la consideracion que le tenia siempre, tanto porque su carácter voluble no le permitia tener firmeza, cuanto porque temia su poder.

Hablaron largamente de los asuntos del reino, que arreglaba por entonces á su gusto el arzobispo, el que dijo finalmente al rey.

—El conde de Armañaque, señor, no vendrá probablemente hasta la tarde, pues quiere repasar cuidadosamente el tratado para dejarle corriente hoy mismo.

—Ya os dije, D. Alfonso, que marcharé al medio dia.

—No me pareció, señor, decoroso darle un plazo tan corto, y le he dicho que tenia todo el dia para determinar, sin perjuicio de que os alegrariais y deseabais estuviese corriente al medio dia.

—Veo, D. Alfonso, le dijo el rey con seriedad, que tendré que valerme de otro para dar ciertas órdenes; pues por terminantes que os las comunique las repetis como mejor os parece.

—Señor.....

—Basta. Esperaré todo el dia al de Francia puesto que asi os place; pero tened entendido, D. Alfonso, para que lo comuniqueis á los que me tachan de desapercibido, que Ayala tiene ya mis órdenes para entenderse con los conspiradores de Toledo. Y sin esperar contestacion le volvió la espalda y se retiró.

Anonadado y confuso quedó D. Alfonso por largo rato; pero rehaciendo su espíritu de pronto, esclamó saliendo de la cámara: y yo me abato por eso?.... Me sobran aun recursos para humillarte, rey inconsecuente y estúpido: has tirado el guante?.. Bien!.. D. Alfonso Carrillo le recoge. Sabrá bajar tu orgullo, minar tu trono y poder, y atar despues á la cola de su caballo la cabeza de ese necio favorito que quiere competir conmigo. Miserable!!!

Volvió á la tarde acompañando al conde de Armañaque, que venia á despedirse del rey y dejar concluido el tratado de paz y confederacion entre Castilla y Francia. Regaló espléndidamente al embajador, y el arzobispo se mostró asimismo cortés y generoso con el estrangero, lo

que le agradeció D. Enrique mostrándose muy complacido de ello.

Arreglados los asuntos que detuvieron al rey, se puso al siguiente dia en camino acompañado de Escobedo y una buena escolta, y llegaron con la mayor brevedad á Toledo. Pedro Lopez de Ayala salió á recibirle y festejarle lo mejor que pudo, pues nada tenia dispuesto para obsequirle por ignorar cuándo vendria, lo que no se figuró sucediese tan pronto.

Luego que entre vivas y aclamaciones del pueblo, que por lo regular no significan otra cosa mas sino que los voceadores tienen en el bolsillo algo mas dinero que el dia anterior, llegó el rey al alcazar, solo ya con Escobedo y Ayala, preguntó á este último:

—Y bien, qué has hecho?

—Cumplir con vuestra órden, señor; pero llegó algo tarde, pues los principales conspiradores, avisados tal vez de vuestra venida, habian huido ya.

—Luego no has prendido á ninguno?

—Si señor, he podido coger unos cuantos que ó mas determinados ó menos noticiosos permanecian aqui, y entre ellos hay algunos de cuyas intenciones no se puede dudar con solo leer sus nombres, que hallará V. A. en esta lista.

Principió á leer el rey, y de pronto esclamó leyendo con alegría.

D. Fernando de Luna!.. D. Alfonso de Luna!.. Nuño!..

—Sabes, Ayala, que me has hecho el mas grande servicio que podia esperar, y que te le he de premiar mas de lo que tú nunca hubieras creido?

—Estoy, señor, suficientemente premiado con veros tan complacido.

—Por de pronto, y sin perjuicio de otra cosa, te hago

alcaide perpetuo de Toledo para tí y para tus hijos.

—Señor.....

—Anda y dispon lo necesario para que mañana sean juzgados á mi presencia.

—Y qué te parece, Escobedo, le dijo el rey luego que se quedaron solos, de tener en mi poder á los de Luna, y por conspiradores contra mi trono?

—Que la suerte, señor, quiere premiar las dichas que proporcionais á vuestros súbditos, poniendo en vuestras manos los recursos para asegurar vuestro placer y felicidad, aunque no eran absolutamente necesarios.

—Razon tienes, Escobedo. Ya no es posible ocultar por mas tiempo á doña Blanca quién soy, pues quiero que se venga conmigo á la córte para mi encanto y alegria. Tengo vencido su corazon, mas espero alguna oposicion de parte de su virtud; pero ahora, en cuanto sepa que su padre y hermano estan en mi poder, no titubeará en entregarse en mis brazos por salvarlos, y casi se alegrará de esta circunstancia que la hará aparecer aun á ella misma menos culpable.

—Discurrís con talento y precision, señor; aunque creo no necesitábais mas que volverla á ver y hablarla para vencerla completamente. Cuánto poder no tiene un rey, y amado, sobre una muger que quieren sacrificar para toda la vida!

—Con todo, yo me alegro mucho de tener en mi poder á los Lunas; pues aunque no necesitase esta circunstancia para conseguir á doña Blanca, me dará para con ella el título mas de salvador de su padre y hermano. Vamos, Escobedo, no perdamos tiempo, que deseo con ánsia verla. Y tomaron juntos el camino del monasterio de monjas de San Pedro de las Dueñas.

CAPÍTULO XI.

Cayó Argentina en sus brazos,
Dobló en su pecho la frente
Y un beso, aunque puro, ardiente
En ella el conde posó;
Y la niña no ofendida,
Mas cautelosa apartándose,
De su buen padre, ausentándose
El dulce nombre invocó.

(ZORRILLA. *Un español y dos francesas.*)

NUNCA humano corazon probó una mas terrible y congojosa duda que la que acometió al pecho de doña Blanca cuando volvió en sí, merced á los solícitos y cuidadosos desvelos de las religiosas. Sus miradas delirantes buscaban con avidez por todas partes á su padre; mas al verse en su lecho y rodeada de las monjas, cre-

yó que un sueño, que un delirio de su exaltada mente habia fingido en su imaginacion el fatal secreto revelado por su padre. Para cerciorarse, pues, y salir de la tormentosa y cruel incertidumbre que la oprimia el corazon, con voz balbuciente se dirigió á la abadesa preguntándola:

—Y mi padre? no vino á verme? no me ha hablado? no estaba conmigo en el locutorio?

—Sí, hija mia, la contestó la superiora; pero se ha marchado ya, encargándonos os cuidásemos con esmero.

—Con que es verdad!.. esclamó, y la acometió otro accidente mas fuerte que el primero, y que hizo temer por su vida largo tiempo. Volvió de él por fin á fuerza de los recursos del arte; pero con una calentura y delirio tal, que en nada disminuyó el temor que por su vida se tenia. Su robustez y juventud triunfaron sin embargo del mal, y al tercer dia la encontró el facultativo mucho mejor y completamente fuera de peligro.

Entonces fue cuando principió á repasar en su mente la conversacion que con su padre tuvo. Con que he sido engañada, decia, vil y traidoramente? Y por quién?.... Por un hombre que juzgaba el mejor de su especie!.... Le he entregado mi corazon, le he amado con todo el delirio de la primera pasion; y para qué? Para ser burlada y escarnecida; para sumirme en un eterno padecer, sin mas esperanza de alivio que el sepulcro!.. Dios mio!.. en qué os habia ofendido esta infeliz muger para castigarla tan horrorosamente?....

Y quedaba padeciendo el mas agudo dolor, tanto mas acerbo y doloroso, cuanto menos esperanzas tenia de remedio.

Al cuarto dia la mandó el médico vestir y bajar un

poco á la huerta á distraerse: se hallaba al siguiente paseando en ella y embebida en sus tristes y melancólicos pensamientos, cuando un repique general de campanas la sacó de su enagenamiento: pregunta la causa de aquel desusado toque, y la dicen que es para manifestar la alegria de los toledanos por la llegada del rey.

El trastorno é impresion general que sufrió á esta noticia es de los que pueden esperimentarse, pero no describirse esactamente. Puestas en juego en aquel momento todas las pasiones mas violentas de su pecho, el amor, el resentimiento, la alegria, el horror, se hallaba en un estado de irritacion tal, que creia tener un volcan dentro de su cabeza: podian distinguirse claramente los violentos sacudimientos de las arterias de sus sienes. Casi completamente trastornada y sin saber lo que se hacia sube á su cuarto y se tiende en el lecho, en el que permaneció largo rato revolviendo mil ideas en su trastornada mente sin ilacion alguna. El amor que á su pesar subyugaba su corazon, la hacia desear ver al hombre que se habia hecho dueño de él para siempre; el honor reprobaba estos deseos y se los presentaba como crímenes. Halagaba empero su amor la creencia en que estaba de que su carta habia traido al rey, se estasiaba creyéndose amada de veras; pero se horrorizaba al poco rato de su alegria y complacencia criminal. Escuchaba con la mayor atencion cualquier ruido que sonaba en el claustro; temblaba al sentir pisadas creyendo que la venian á buscar de órden de D. Enrique; temia tener que obedecer á quien la podia mandar y obligar á presentarse á él; las pisadas pasaban de su puerta; queria alegrarse: gracias os doy, Dios mio, decia, porque habeis hecho que me olvide y conmigo su ilícito amor... pero las

lágrimas asomaban á sus ojos y quedaba mas triste y abatida.

Sonó por fin con agudo tono la campana de la portería: un frio glacial que penetró hasta las médulas de los huesos la hizo presentir qué mano habia originado aquel sonido: su corazon parecia querer salirse del pecho segun las violentas palpitaciones. Se levanta presurosa y cierra la puerta, quedándose detrás para escuchar si venia alguien. No tardó mucho en oir los pasos de una persona, que esta vez se detuvo y levantó el picaporte de su puerta. Era la abadesa.

—Hija mia, la dijo, bajad al locutorio que el rey quiere hablaros.

—Me es imposible, señora; ya sabeis en el estado que me hallo, y ahora me siento mucho peor: os suplico me disculpeis con S. A.

—Ni eso puede ser, ni debeis intentarlo siquiera: presumo que tiene que hablaros de cosas muy interesantes.

—Muy interesantes?..

—Sí, hija mia, no os hemos querido decir nada de lo que ha ocurrido por el estado en que os hallabais; pero ya que lo vais á saber, pues no dudo que el rey vendrá á veros por ello, debeis estar prevenida. Sabed, pues, que aqui, en Toledo, se formaba una conspiracion para destronar á D. Enrique, y que han prendido á muchos de los conspiradores, y entre ellos á vuestro padre y hermano.

—Dios mio, aun mas penas y desgracias!....

—Calmaos, hija mia: el rey tiene sus faltas como pecador, pero muy buen corazon, y creo que le podreis ablandar y salvar de la muerte á vuestro padre y á vues-

tro hermano. Confianza en Dios, y bajad al instante, pues no es regular que espere.

—Sí, voy, es preciso; debo interceder por mi padre y pedir su vida de rodillas. Fortalecida con esta resolucion bajó al locutorio, en donde encontró al rey y á Escobedo; este se retiró en cuanto llegó doña Blanca, y el rey, con el acento mas tierno y apasionado, la dijo:

—Por fin mis ojos tienen la dicha de veros, Blanca hermosa. Cuánto he padecido en este tiempo lejos de vos, é ignorando el sitio á que os habia conducido un padre tirano y cruel! Y vos tambien debeis haber sufrido, amor mio; pues aunque bella y encantadora como siempre, vuestro rostro indica padecimientos..... mucho he sufrido, mi bien; pero mas me dolia vuestra suerte que no la creia feliz, que las angustias y penas de mi pecho por tan bárbara separacion. Y has pensado en mí, Blanca amada? Has recordado alguna vez los juramentos que me hicistes en el jardin? Sí, dime que sí, que me has amado y que me amas aun.

ANSELMO M.

—Yo crei, señor, que V. A. venia á hablarme de mi padre y de mi hermano.

—Y qué me importan á mí tu padre ni tu hermano, estando á tu lado donde olvido el mundo entero?

—Pero estan presos y tal vez su vida....

—Me conoces ya, sabes quién soy y temes por su vida? Qué negaré yo á la señora de mi corazon, á la que puede llenar mi existencia de dichas y de encantos? Olvidemos cuanto existe y hablemos solo de amor.

—Pero señor, estan en una prision y vos lo....

—Saldrán de ella cuando tú quieras, y marcharán libres adonde les parezca. Dejémoslos, en fin, y consuela mi pena; dime que me amas, que no me has olvidado...

—Yo no puedo amaros.

—Cómo!.... qué dices, Blanca?

—Debo profesar dentro de muy pocos dias; creí que V. A. lo sabia.

—Yo sabia que te querian obligar; pero no creia, ni creo que tú consientas.

—Me es forzoso.

—Y por qué?

—Mi padre me lo ordena.

—Y le obedecerás?

—Es mi deber.

—Y el mio mandar que esta noche le corten la cabeza.

—Señor, piedad!

—Y la tienes tú de mí? No te he dicho, no sabes que tú eres mi existencia toda, que me eres mas necesaria para vivir que el aire que respiro? Sin tí, ni cetro ni corona quiero; me abruma mi poder y mi grandeza; le aborrezco si no me ha de servir para partirle contigo: trocaria mi suerte por la de un simple y libre caballero

que pudiera enlazarse á tí en lícito matrimonio; pero es imposible: aunque eres la reina de mi corazon no puedo darte ni ofrecerte mi mano, solo sí mi corazon entero con un amor sin fin, inestinguible.

—Pero criminal, y que no puede admitir la que nació honrada. Si fuerais un caballero libre como acabais de decir, mi corazon seria todo vuestro; pero mi honor no me permite amaros; seria la afrenta de los Lunas, que me despreciarian y escupirian al rostro.

—Y á mí tambien, vive Dios, si no castigara á los traidores que se atreven contra mí, deshonrando su cuna y su patria.

—Señor, no habeis dicho que saldrian libres cuando yo quisiera?

—Sí: y los llenaria de honores y dignidades; pero amándome tú.

—Y creeis que mi padre preferiria vivir á verme vuestra dama?

—Tu padre es rencoroso y tenaz, y moriria tambien porque no fueses reina de Castilla unida á mí. Pero qué importa eso? Tú quieres salvarle? Tú quieres que viva? Pues bien, ámame; vente á la córte conmigo, en donde serás respetada y envidiada de todos; saldrá libre de la prision antes de saber nada, y cuando no tenga remedio se conformará: ademas no es él solo, es tu hermano, Nuño, D. Fadrique, Rodrigo.....

—Ah, señor, compasion! sed generoso, dadme sus vidas sin condicion alguna. Vedme á vuestros pies implorando vuestra clemencia; bastante me habeis hecho padecer en cerca de un año pasado en la agonia y el dolor, sin mas perspectiva que un porvenir igual. Vos me habeis privado del amor de mi familia y de sus inocentes

y cariñosos afectos; vos me habeis robado la paz y la tranquilidad; vos, en fin, mi corazon; pues todo él ha sido vuestro, amándoos con un delirio sin igual, creyendo lícita y virtuosa mi pasion, y esperando que algun dia la santificase la iglesia. No son estos méritos bastantes para complacer á una pobre muger desgraciada solo por vos, y que hoy os pide una gracia en compensacion de sus males? Sereis tan cruel que se la negareis todavia?.. No, no lo creo: si tal hicierais, no era posible que vuestras palabras hubieran sido verdaderas, que me hubierais amado nunca.

—Alzad, Blanca, que no debeis permanecer asi delante de un hombre que, aunque rey y poderoso, os hablaria él siempre de ese modo. Cuando os conocí, vuestra hermosura me inflamó, me arrebató el corazon y quedasteis desde entonces dueña de él para siempre: solo ansiaba inspiraros una pasion como la mia, profunda, irresistible, volcánica; pero generosa en vos sin conocerme. Las mugeres que he tratado hasta el dia ninguna me ha amado, solo han amado mi posicion en el mundo: rodeado por otra parte de aduladores falsos y venales, no puedo contar con un amigo verdadero; el que no me vende hoy me venderá mañana: privado de amor y de amistad, mi corazon siente un vacio que vos sola podeis llenar; con vos mi suerte seria feliz, y mi vida duradera: sin vos, Blanca idolatrada, ninguna de las dos cosas podré conseguir; pero si las he de lograr por violencia, si os he de ver á mi lado llorar y gemir y saber que me concedisteis vuestro amor como las demas por interés, aunque el vuestro fuese tan noble y generoso como el salvar la vida á vuestro padre, tampoco le quiero. Debian morir los conspiradores; pero desde ahora os empeño mi

real palabra de que todos saldrán libres mañana: todos, sí; que se unan, que se fortifiquen, que me derriben del trono, que me priven como quieren hasta de la vida: qué me importa esta ni el trono, si no puedo lograr vuestro amor, si no puedo ser feliz, si no hay nada que llene en el mundo este vacio de mi corazon?.. Quereis mas, doña Blanca? exigis alguna otra cosa?.. Pedid, que os juro por quien soy que os lo he de conceder.

—D. Enrique!

—Estais contenta?.. dijo tristemente el rey.

—Ah, señor, si pudierais ver mi corazon en este instante!!!

—Veria mucho agradecimiento! no lo dudo; pero nada de amor, nada de ternura.

—D. Enrique! dijo cariñosamente alargándole la mano.

—Cielos! esta demostracion..... será verdad? me amais?

—Con todo mi corazon.

—Repítelo. Repítelo, idolo de mi alma; repítelo, pues apenas puedo creer ventura tan grande. Me amabas, Blanca, y no me lo decias? Y me has hecho padecer horrorosamente y yo he atormentado tu pobre corazon, Blanca mia! Perdóname, cielo mio, mi delicia; acerca tu rostro encantador que le vea yo lleno de amor y de ternura... mas... acércate mas y que por entre estos fatales yerros imprima en tus labios el ósculo de amor que garantice nuestra eterna union.....

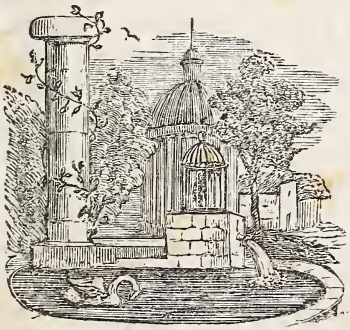
.....

—A la mañana siguiente una magnífica carroza cubierta y escoltada por cien brillantes ginetes á las órdenes de Escobedo, conducia al rey de Castilla y á doña Blanca de Luna por el camino de Madrid.

CAPÍTULO XII.

Mejor será, señor, que nos burlemos
De ver las pretensiones
Que encierran los humanos corazones,
Siguiendo sus mortíferos estremos;
Y en amistad constante
Enlazados pasar de aqui adelante.

(Agustin de Tejada.)



A Castilla ardia en continuas guerras y discordias; las conjuraciones se sucedian unas á otras mas exigentes cada dia, pues la impunidad con que atentaban los grandes contra el rey, les hacia animarse confiando lograr su objeto. Entregado D. Enrique esclusivamente á

os amores de doña Blanca de Luna, á nada atendia perteneciente á su reino, que era gobernado por manos inespertas y ambiciosas, que solo se ocupaban en amontonar tesoros para sí y los suyos; miraba ya de mal talante al arzobispo de Toledo y al marques de Villena, porque sus favoritos, y particularmente Beltran de la Cueva y Escobedo, unidos á la sazon, le convencieron de que aquellos le servian con falsedad, esperando una ocasion propicia para destronarle; y aunque no se atrevió á dañarlos, les hizo mil desaires en público y en privado, que no pudieron por fin aguantar: se quitaron, pues, la máscara que les cubria y se declararon abiertamente enemigos del rey. Marcharon á Alcalá de Henares, pueblo que pertenecia al arzobispo, y en el que acababa de fundar y edificar el monasterio de Franciscos llamado hoy de San Diego, por haber vivido y muerto en él este santo. Se unieron á ellos el almirante de Castilla, el maestre de Calatrava, los Lunas, libres ya de la prision, los Manriques, los condes de Alva y de Plasencia, y el rey de Aragon que les ofreció auxilios de hombres y dinero. Solo faltaba para acabar de robustecer su partido atraer á D. Alonso de Fonseca, arzobispo de Sevilla. Esto era dificil por ser el mas fiel y desinteresado servidor que tenia entonces el rey; y aunque estaba disgustado por verse pospuesto á hombres bajos y oscuros que levantaba aquel á los primeros puestos para oponerlos á los grandes, con todo, su disgusto no era tal que le hiciese decidir á unirse á los sublevados. Mas Villena, hombre artero y mañoso, no desconfiaba de ganarle con algun ardid; y para tratar de conseguirlo hizo que hablase al rey un su oculto servidor que tenia entrada en la córte y en la real cámara, y le inclinase á tener con

él una conferencia para arreglar los asuntos. El rey consintió desde luego, y con rehenes que le dieron vino Villena á la córte. Lo primero que hizo fue persuadir á don Enrique á que prendiese al arzobispo de Sevilla, el que, segun le habian manifestado, atentaba contra su vida por temor de que arregladas las cosas no tendria luego el poder que al presente; y que si queria que entrasen en tratos para el bien de Castilla, era preciso que inmediatamente estendiese la órden de prision y le tuviera detenido al menos el tiempo que él permaneciera en la corte. Engañado el rey accedió y se la dió á él mismo. Avisó entonces al arzobispo del peligro que corria y que le supo exagerar, mandándole la misma órden, con lo que medroso y resentido, huyó inmediamente y se incorporó al partido de Villena.

Soberbio y altanero este con el resultado de su intriga, nada acordó con el rey; se hizo aun mas parciales y marchó directamente á apoderarse del infante don Alonso que estaba en Maqueda para alzarle por rey de Castilla, no dudando que si conseguia sentarle en el trono, él seria el verdadero rey. Le ayudaba para conseguirlo el descontento general; murmuraba la gente toda de la escandalosa conducta de la reina con don Beltran de la Cueva, diciendo públicamente que la princesa doña Juana era habida en adulterio, apellidándola generalmente la Beltraneja.

La tempestad que amenazaba al reino era horrorosa; pero el rey nada hacia por alejarla, antes por el contrario la escitaba con sus locuras y devaneos.

Escobedo y Beltran de la Cueva, como dijimos, estaban unidos á la razon, pero con miras muy diferentes; el primero de buena fé y sin otro cálculo mas que estar

allegado á los poderosos; pero la Cueva por disimular su rencór y envidia y sondear el corazon de Escobedo buscándole el lado flaco para perderle á él y á su amiga doña Blanca, cuya poderosa influencia con el rey principiaba á mirar con temor. Para lograr, pues, sus deseos introdujo mañosamente en la servidumbre de ambos personas diestras y de su confianza que observasen las acciones de los dos; pero hasta el presente nada habian visto capaz de comprometer á ninguno.

Con motivo del calor se trasladó el rey á Segovia, que se hizo el centro de todos los placeres y diversiones. Las músicas, los bailes, los saraos, se sucedian sin interrupcion, en los que siempre hacia el principal papel doña Blanca, que olvidada al parecer de su honor y linage, solo pensaba en lucir y figurar, orgullosa de ver continuamente á sus pies al rey de Castilla, que hasta entonces, y con admiracion de los que conocian su natural inconstancia, seguia subyugado enteramente á sus gracias.

Admitia con la mayor familiaridad á su trato particular á Escobedo y á Iñigo, que como los instrumentos de la dicha que gozaba, tenian con ella una ilimitada confianza, de la que se valian para aumentar su fortuna, que con las frecuentes dádivas del rey acrecian prodigiosamente.

Calculando estaban los dos en su gabinete el modo de conseguir nuevas riquezas, y formando planes para lograrlo cuanto antes, cuando les anunciaron que don Lope Barrientos, obispo de Cuenca, esperaba licencia para entrar.

—Que pase, dijo Escobedo saliendo á recibirlo.—Bien venido, señor don Lope; tomad asiento y decidme á qué

feliz casualidad debo la dicha y el honor de vuestra visita.

—Siendo la dicha mia, contestó don Lope, no debeis vos encarecerla; en cuanto á la feliz casualidad no estoy conforme, pues el asunto que me trae á hablaros tiene mas de desgracias que de felicidades, aunque pudiera cambiar de aspecto si vos quisierais.

—Decid, don Lope, y estad seguro que cuanto dependa de mí os serviré completamente.

—Quedaos, dijo el obispo á Iñigo que se levantaba para retirarse; podeis mucho tambien en esta ocasion y quisiera interpusieseis vuestra mediacion igualmente. El servicio que vengo á pediros no es para mí solo, pues ya nada ambiciono sino paz y tranquilidad; es para toda Castilla, para esta infeliz patria, digna de mejor suerte.

—Esplicaos, don Lope.

—Voy á hacerlo. Ya sabeis, y por eso juzgo inútil el decirlo, el estado lamentable de los asuntos, la desmedida ambicion de esos grandes, que solo lo son en traiciones, de esos ministros del Señor, que olvidándose de su mision de paz y concordia, son los primeros á desunir los ánimos, á derramar la sangre inocente y á multiplicar los males. Ya sabeis tambien que teniendo en su poder al infante don Alonso le quieren dar el trono de Castilla. Las desdichas, los horrores que esto va á causar son infinitos como conocereis. Esto es lo que quiero evitar y á lo que os suplico me ayudeis.

—Y de qué manera? dijo Escobedo. El rey se hace sordo á los consejos de todos, y yo no soy de los que mas le hablan de política, ni el que mas influencia tiene en estas cosas con él. Al de Villena tampoco me puedo

dirigir, pues sabeis que somos enemigos irreconciliables: temo por lo tanto, noble don Lope, no poderos servir como quisiera, y como deseo; pues tanto como á vos me duelen los males que amenazan á Castilla.

—Y á nosotros mismos directamente y con riesgo muy inmediato. Los parciales de Villena son muchos y poderosos, y temo que den cima á su empresa por colosal que sea.

—D. Lope!

—Espliquémosnos claramente, señores, y como conviene entre nosotros. Vos no os ocupais mas que de saraos y diversiones como jóvenes que sois; yo de otros gustos diferentes: me ocupo de estar al corriente de los sucesos, no solo de Castilla, sino de toda España, sin olvidar tampoco á nuestra aliada la Francia, por la influencia que puede tener en nuestras cosas: procuro particularmente seguir de cerca los pasos de los conjurados, calcular á juicio sereno y con toda imparcialidad su poder actual y sus recursos para lo sucesivo. Vos sacais con vuestras ocupaciones el conocimiento del grado de resistencia de las damas de la córte, y yo el grado de poder de cada partido; y desgraciadamente el del rey es el que menos tiene hoy.

—Qué decis, don Lope?

—La verdad, Escobedo; una verdad bien triste y que nos puede ser fatal: nosotros tenemos por enemigos á todos los sublevados, y entre ellos unos enemigos tales, que si vencieran, antes de quitarnos la vida estarian pensando de qué manera lo habian de hacer que nos fuese mas cruel y tormentosa. Qué podeis esperar vos del de Villena y los de Luna, y yo de Carrillo y de Fonseca?..

—Pero ese caso no puede llegar: el rey tiene aun

poder, aliados y amigos fieles que sabrán defenderle y hacerle respetar, conservando la corona sobre sus sienes.

—Eso es cierto; pero tambien que cada semana, que cada dia que pasa en el abandono y la apatia, nos lleva al partido contrario cien de esas buenas lanzas que debian servirnos para sostener la corona que decis.

—Y creeis, don Lope, que los demas reyes aliados de Castilla no tomarian la defensa de don Enrique, y consentirian fuese asi destronado?....

—Los demas reyes, aliados ó no, si les convenia abandonarian á don Enrique á su suerte, buena ó mala. Seria por ventura el primer rey destronado y abandonado? Ademas, aunque ese caso no llegará, no puede suceder que acosado y en derrota don Enrique, tenga que entregarse en manos de los conjurados por salvar la corona; que acceda á sus exigencias particulares; que quite la herencia á su hija, que es lo que se pretende tambien, aun por algunos de los que se dicen fieles al rey; que se separe y aun venda por su conveniencia propia á sus favoritos y leales servidores, cuyas cabezas tardarian poco en caer separadas del cuerpo?.... La frivolidad é inconsecuencia de don Enrique nos es demasiado conocida para dudar de ella. Recordad sino el auto de prision que le sacó Villena contra el arzobispo de Sevilla, de cuyos buenos servicios para el estado nadie podia dudar entonces. Y creeis que con nosotros tendria mas consideraciones tal vez mañana mismo?.. Es preciso, pues, hacerle ver el peligro para separarle; que muestre su poder para que ni la Castilla ni nosotros peligremos. Si con mano fuerte castiga á los sublevados, si pone en juego resortes seguros que yo le indicaré,

aun puede presentarse poderoso y temible; pero si sigue abandonándose, si deja escapar las fuerzas que aun tiene y que robustezcan al contrario, es indudable su perdicion; y los que aun le pueden hacer respetar rey, no le podrian dar despues el reino. No es lo mismo, señores, apuntalar una casa que levantarla.

—Lamentable, triste y sumamente apurada pintais nuestra situacion.

—Tal como real y verdaderamente es, y como no solo yo la veo, sino hasta el mismo conde de Ledesma.

—La Cueva!.. pues entonces por qué no habla al rey? Nadie como él puede hacerlo; es el que mas favor tiene con él, y el que le puede decir lo que hay con mas libertad.

—Lo haria, segun me ha dicho muy gustoso; pero teme no adelantar nada aunque pudiera convencerle, pues podia derribar su obra otra persona.

—Y quién?

—Doña Blanca.

—Doña Blanca, decis?

—Sí.

—Pues no sabe el conde que doña Blanca no se mezcla en nada que pertenezca á negocios serios?

—Lo sabe; pero calcula tambien que para obrar el rey como es debido, debe ponerse inmediatamente al frente del ejército y marchar contra Villena, para lo cual tiene qne separarse de doña Blanca; y esta, ó por amor, ó por celos ó por otro cálculo cualquiera, puede oponerse á esta separacion, impedir con sus ruegos que el rey marche, y deshacer todo lo que él tuviese adelantado. Para que ponga, pues, en juego su poder, quiere asegurarse primero del modo de pensar de doña Blanca; y

como vos sois los que teneis directamente con ella la influencia, podeis no solo saber y decirme si se opondrá, sino inclinarla tambien á que, secundando nuestros conatos, hable al rey en favor de sus propios intereses y los del Estado, que es la tranquilidad y sosten del trono.

—Lo haré, os lo aseguro; y no omitiré medio alguno para conseguirlo cuanto antes. Hoy mismo la hablaremos uno de los dos, y en el baile de esta noche os diré su contestacion.

—Ya sabeis que yo no asisto á esas diversiones.

—Cierto, lo habia olvidado; entonces.....

—Podeis decírselo al conde, á quien avisaré ahora mismo de vuestros buenos deseos y oficios, que el mismo rey os agradecerá y premiará algun dia.

Se retiró en seguida D. Lope y quedaron solos Escobedo y su secretario.

—Y bien, Iñigo, qué te parece de todo esto?

—Que D. Lope tiene razon y que debemos ayudarle para sostener al rey y sostenernos nosotros mismos; que Barrientos es muy buen patriota; que desea la felicidad de Castilla, y particularmente hacer la dicha de las ovejas descarriadas de Toledo.

—Hombre, qué ovejas?

—No habeis comprendido, señor, que tiene tambien sus miras, asi... hácia el arzobispo de Toledo?..

—Y hace bien.

—No diré yo lo contrario. Ojalá supierais tambien manejaros para conseguir.....

—Otras ovejas descarriadas, he?.. Las de Sevilla?.... Mira, no seria mal bocado!.. Estaria yo bien de arzobispo?.. Lo pretenderé, y si lo consigo te ofrezco encomendar á tus cuidados parte del rebaño.....

—Siempre chancero y alegre!

—Y qué quieres que haga? Gozar de mi posicion; tengo oro y favor para lucir y ser respetado y temido de todos. No has visto á D. Lope qué cariñoso y cortés nos ha hablado? No ves á Beltran de la Cueva con menos poder que nosotros?

—Menos poder que nosotros?..

—Sí; pues nosotros tenemos el favor de una persona que puede mas que él.

—Y si cayera esa persona?

—Bah! quién piensa en eso?

—Tampoco pensabais en otra ocasion tener que despedir á vuestros criados y pedir para mantenernos al judio Samuel?

—Cuidado que te recreas en atormentarme y recordar desgracias!

—Para que eviteis las que puedan sobrevenir, viviendo prevenido y asegurándoos la fortuna para siempre.

—Y piensas que lo descuido? Ya te decia cuando llegó D. Lope que habia regalado á doña Blanca el castillo de su padre que me dió el rey, y que la habia indicado deseaba uno de los pueblos que han quitado al arzobispo Carrillo; y me faltó añadirle que me habia dicho que se le iba á pedir al rey para regalármele.

—Mas valiera que os regalara otra cosa.

—Otra cosa! El qué?

—Su mano, que podriais conservar, y con ella las inmensas riquezas que tiene; riquezas de las que á mí me gustan, transportables: oro, brillantes asombrosos, y no pueblos que mañana os quitarán tal vez.

—Pero hombre, estás loco? Y crees tú que el rey lo consentiria, aunque ella me llegase á querer, que lo

dudo, pues está verdaderamente enamorada de aquel?

—Todo se consigue con tiempo y maña.

—Pero eso no.

—Lo mismo me deciais en otro tiempo cuando os aseguraba que vuestra suerte mudaria, y que tendriais otra vez el favor de D. Enrique.

—Pero aquello tenia mas fundamento.

—Lo mismo que esto. Ya os dije tambien entonces que mis planes no concluian, sino que principiaban habida doña Blanca.

—Pero qué planes?.... Locuras! En el dia tenemos cuanto deseamos, y no creo necesario calentarnos la cabeza.

—Pero si dejara de entrar segun son las salidas, pronto concluiriamos con el oro, aunque hoy está abundante.

—Me quedarian los pueblos.

—Ya os he dicho que no me fio de pueblos que se dan en revueltas, pues se quitan con otras ó con una transacion ó convenio general.

—Pues entonces?....

—Entonces debiais acordaros que me prometísteis seguir en todo mis consejos, y creo no os haya ido tan mal con ellos hasta ahora para no escucharlos.

—Con gusto los escucharia si los creyese realizables; pero cómo quieres que consiga el amor y la mano de doña Blanca y el consentimiento del rey?

—De la manera que yo os diga, si me quereis oir.

—Vaya, dí, no tengo mucho que hacer, y por otra parte nada pierdo en escucharte.

—Lo primero que hay que hacer es entibiar el entusiasmo de doña Blanca y su amor al rey; esto se puede

ir consiguiendo recordándola con maña á su padre y á su hermano, y si lamenta con nosotros ó con vos solo sus desgracias, lamentarlas tambien; si llora por ellos, llorar tambien, y si conoce su posicion verdadera, callar y no pintársela halagüeña ni envidiable, ni disculpar su amor; si se duele de ser solo una manceba del rey, no contradecirla, ni decir que el amor disculpa los yerros, pues esto la animaria á seguir en el suyo; decirla sí que aun tiene remedio, que puede dar la mano á un caballero que se juzgará dichoso en poseerla, y que su honor de esta manera vuelve á quedar á cubierto. Se hace, en fin, todo aquello que vos sabeis está en práctica para desanimar á una muger y hacerla perder la ilusion de lo presente, poniéndola delante otra de hermosas realidades para el porvenir. Si como creo, se consigue entibiarla con el rey sin abandonar la obra con ella, antes por el contrario perfeccionándola siempre que la ocasion se presente, se principia con aquel, se le pondera con frecuencia la hermosura de otra cualquiera, se imitan sus deseos, y esto basta para templarle el ardor por doña Blanca; pues en su inconstancia no tan solo es esto probable, sino de un seguro resultado. Frios los dos, lo demas es facil: doña Blanca no desechará un marido como vos que sabrais persuadirla de que solo veis en su conducta una mano de yerro de una pasion á que no pudo hacerse superior, y el rey amando á otra ó creyéndolo asi, poco le importará que os caseis con doña Blanca y con sus riquezas.

—Pues señor, lo que es el plan debo confesarte, Iñigo, que no me disgusta y que tiene su fondo de verdad; y aunque no es muy honroso casamiento en el dia, con todo, doña Blanca es una de las mugeres mas hermosas

de Castilla y mas rica por añadidura. Los amores del rey no son los que mas perjuicio hacen..... y te aseguro con verdad que seria muy dichoso si lo consiguiera. Pero ama al rey de veras segun creo, y me parece que en esta ocasion tus consejos son de poco valor, y que sacaré tanto provecho de ellos como honor ganaria un ginete que quisiera asaltar y escalar las murallas de un castillo sin apearse. Qué es eso? dijo oyendo un ruido hácia la entrada del gabinete.

—El aire que habrá movido la puerta, contestó Iñigo, y continuó: Siempre sois desconfiado para lograr lo que mas conviene, que es para lo que se debe intentar y aventurarlo todo. Perdeis algo por ventura con esplorar el campo y reconocer el fuerte por si presenta algun lado débil por donde batirle? Por supuesto con tacto y prudencia, sin arriesgarse á una declaracion antes de estar seguro del sí, pues obrando con ligereza tambien os podeis perder. Os aseguro que si yo tuviera vuestra posicion, si yo me hallase en vuestro estado, doña Blanca de Luna habia de ser esposa de D. Iñigo Saavedra.

—Dios guarde á vueseñorías, dijo entrando Bertran, que usaba de la mayor franqueza, y que estando sus señores solos no tomaba licencia para pasar, y mucho menos al presente que tenia en la casa un destino de consideracion; era capitan de la compañía franca que á usanza de todos los grandes de la corte tenia Escobedo y en la que Bertran habia reunido á sus amigos, hombres de su temple, haciendo su lugarteniente á Farfan el de la cara cortada.

—Hola, Bertran! qué hay de nuevo? le preguntó Iñigo.

—Una cosa que puede no valer nada y valer mucho.

Estaba paseándome por la plaza con unos camaradas cuando ví pasar á Rodrigo, el page de don Alfonso de Luna.

—Y no has hecho mas que verle?

—Sí señor, intenté seguirle; pero se me escabulló y le perdí de vista: he mandado á Farfan que trate de buscarle por todas partes é indagar qué hace en Segovia y si está solo; yo he venido á noticiarlo á vueseñorías para su gobierno y á marchar á ver si averiguamos algo, si no me mandan otra cosa.

—No; por ahora nada tenemos en qué ocuparte que valga mas que eso.

—Pues entonces voy al momento, y volveré á decir á vueseñorías lo que haya podido indagar.

—Adios.

—A qué diablos, dijo Escobedo despues de salir Bertran, habrá venido ese page de Segovia?.. Si estará solo, ó si se habrán atrevido los Lunas á intentar alguna cosa?

—Capaces son de todo, contestó Iñigo: son audaces y rencorosos cual ningun otro, y no estrañaria.....

—Si querrán llevarse á doña Blanca?

—Quién sabe!.. Recelos me ha infundido la tal nueva y no debemos descuidarnos. Nuestra suerte está íntimamente unida á la de doña Blanca: el dia que ella caiga del favor, nuestra luz se eclipsó, nuestro poder caducó y nuestras esperanzas se hundieron. Actividad, pues, y atemos la rueda de la fortuna. Id á ver á doña Blanca y habladla en el sentido que ha solicitado D. Lope Barrientos, pues á todos nos interesa; pero reservadla la noticia que nos ha dado Bertran, y que no sepa que se halla aqui ese page, pues seria alamarla antes de tiempo.

—Pierde cuidado, que yo sé lo que debo hacer.

—Yo averiguaré mientras tanto lo que pueda sin omitir medio alguno. Ya veis que nuestra tranquilidad no está asegurada; con que no olvideis mis consejos.

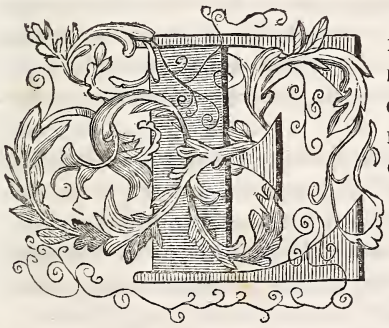
—Tan pronto quieres que los ponga en práctica?

—La conversacion que debeis tener os dará campo para hacer observaciones.

CAPÍTULO XIII.

¡Quién pudiera decir, oh Dios inmenso,
Aquel contento y soberana gloria
Que en un instante me dejó suspenso
Y elevado el sentido y la memoria!
Mas para qué ¡infelice de mí¡ pienso
En el principio alegre de esta historia,
Si me amenaza el fin á llanto eterno,
Metido ahora en un profundo infierno?

(*D. Vicente de Espinel.*)



NTRAD, Escobedo, no gasteis tantos cumplimientos y ceremonias. Habeis encontrado al rey?

—No señora.

—Pues acaba de salir de aqui: me ha dicho que iba á presidir el consejo que ha acordado tener acerca de los asuntos del reino. No vais vos?

—Mis consejos en donde hay tantos varones ilustres por su prudencia y talento, serian inútiles: ademas, ya sabeis, doña Blanca, que no soy aficionado á negocios serios.

—Y haceis muy bien, lo mismo soy yo. Algunas veces cuando don Enrique principia á hablarme de esos manejos políticos que no entiendo, y que me fastidian por consiguiente, trato en el momento de variar la conversacion y darla un giro mas alegre. No quiero mezclarme en asuntos que creo no pueden proporcionar mas que disgustos.

—Y podreis creer, doña Blanca, que no falta quien os culpa porque no tomais parte en ellos?

—Que me culpan decis, Escobedo, porque no tomo parte en asuntos de estado?.. pues qué entiendo yo de ellos, ni qué parte podia tomar en una cosa que ignoro absolutamente? Vos estais equivocado sin duda; por el contrario, me criticarian y culparian con razon si me mezclase en ellos.

—Pues es sin embargo como os he dicho. No se quejan precisamente de que no arregleis los negocios, sino de que no inclineis al rey á manifestarse valiente y poderoso, arrollando á esos grandes que le quieren derribar.

—Pero es cierto cuanto dicen de esa poderosa faccion que capitaneada por Villena quiere destronar á don Enrique y alzar por rey á su hermano don Alfonso?

—Cierto y ciertisímo, señora; y cierto tambien que si don Enrique no acude á tiempo, tal vez salgan con su intento los facciosos.

—Escobedo!.. Y eso sabiais y me lo habeis callado? Y se lo callais tambien al rey? Es ese el modo de servirle,

ocultarle su peligro para que quizá perezca en él? Y esos consejeros lo saben tambien y se lo callan y nada le dicen?

—Se lo han insinuado varias veces, y hoy tal vez lo vuelvan á hacer.

—No sirven insinuaciones en casos como el que vos decis se halla el rey: es preciso hablar claro, terminante, representar la situacion cual es, para poner el remedio segun el mal; y si el rey ignora este, cómo podrá aplicar aquel?

—Lo hubieran hecho, señora, y piensan hacerlo si vos les ayudais y secundais sus conatos.

—Yo! pues qué ayuda puedo prestar en eso? soy acaso un sabio, ó un soldado, para servir con mi consejo ó con mi brazo?

—Solo se desea que no os opongais á la partida del rey, y que si os consulta, la aprobeis y apoyeis.

—La partida del rey!.... pues adónde ha de ir? dijo conmovida y asustada.

—A ponerse al frente de sus tropas, á intimidar, anonadar y vencer á los revoltosos.

—Y qué necesidad tiene de ponerse al frente del ejército? No tiene buenos capitanes que lo hagan y ejecuten las órdenes que les dé.

—Señora, para conseguir un triunfo cierto es preciso que el rey lo haga asi. Ademas que su presencia sola vencerá mas enemigos que las armas de los mejores capitanes. Las tropas entusiasmadas con llevar por gefe á su soberano no habrá nada que las contenga; y si llegase el caso de pelear derrotarian al mando de su rey haces cuadruplicadas que tuviese Villena: el pueblo esperanzado no economizaria recursos para una campaña que

le prometia una paz duradera y el castigo de los traidores que debastan y aniquilan sus tierras.

—Con que es preciso que el rey parta!

—Preciso, doña Blanca: oponerse seria privarle de la gloria y del trono tal vez.

—Ah! no, no seré yo quien me oponga. Dios sabe cuántas lágrimas y penas me costará la separacion; pero si es preciso, yo misma se lo aconsejaré, yo se lo propondré la primera. Quiero su gloria, quiero su grandeza mas que él mismo, no quiero que me acuse en ningun tiempo la Castilla de sus males, guardaré los mios en mi pecho y los sufriré en compensacion de mis culpas.

—Pero señora á qué afligiros tanto por una separacion de algunos dias?

—Porque esos dias serán para mí siglos de padecer y de tormentos, y el infierno entero inventará suplicios con que mortificarme.

—Doña Blanca!....

—Ay, Escobedo! A vos, que sabeis mis pensamientos de mucho tiempo atrás; á vos que sois mi amigo, puedo deciros por qué temo alejarme de don Enrique; por qué me habeis visto en este momento aterrada al pensar solo en la separacion. A su lado todo desaparece de mi memoria y de mi imaginacion; lo pasado no ha existido y no pienso en el porvenir: lo presente solo me ocupa, y embargada con la dicha que gozo en su amor, me creo la mas feliz de las mugeres. Pero al separarse de mi lado, cuando por desgracia estoy muchas horas sin verle, entonces se me representa lo pasado y me horroriza; pienso en mi padre y en mi hermano deshonrados por mi loco amor; pienso en las maldiciones que en su despecho me echarán, y un sudor frio cubre mi cuerpo; creo verlos

que me persiguen, que me acosan, que mi padre amaga mi pecho con aquella espada fatal con que traspasó el de la desdichada Ines, y caigo en un delirio del que muchas veces no he vuelto ni aun en los brazos de don Enrique. Vos creiais que esta Blanca llena de opulencia y de poder gozaba una dicha no interrumpida, cuando tal vez estaba sufriendo mas! Cuántas envidiarán una suerte que creen tan feliz y que yo cambiaria por la suya!.... Ved ahora, Escobedo, si temeré con razon que don Enrique parta aunque sea por poco tiempo, cuando privada del encanto que me fascina y me ciega, solo me quedará la triste realidad llena de remordimientos y penalidades presentes y para el porvenir.

—Vos no debeis acongojaros de ese modo por una cosa que podria tener remedio.

—Remedio!.... Vos como buen amigo quereis consolarme, os lo agradezco; pero no soy tan necia que fije mi esperanza en unos consuelos cuyo valor conozco. Solo un remedio tiene mi mal, y es no separarme de D. Enrique. No podrá hallarse un medio para alejar esa precision de que salga en persona contra los conjurados?

—No conozco ninguno, ni los que saben mas que yo en achaques de política le han hallado; pues ya le hubieran escogido y puesto en ejecucion. La situacion actual es tan crítica, que solo saliendo el rey podrá contenerse la desercion de sus tropas, demasiado frecuente y considerable, y contentar al pueblo que murmura ya demasiado de su negligencia.

—Y en esas murmuraciones mezclan nuestro.....

—Señora, á qué atormentaros? ahora debemos pensar solo en el remedio y no cuidarnos de las hablillas del pueblo.

—Pero son hablillas que os ponen en cuidado y que quereis evitar cuanto antes. Os comprendo aunque callais; el pueblo me culpa de sus males, el pueblo me maldice!.... cielos!.... no era bastante desgraciada con el aborrecimiento de mi familia, sino que tengo tambien el de mis compatriotas!.... Y qué haré sola en la ausencia del rey, sin consuelo, sin amigos, sin tener quien me defienda de los insultos de la plebe, que si hoy me teme y me respeta, mañana me insultará públicamente?

—Quedaré yo, señora, para vuestra custodia y seguridad, aunque no llegará el caso que decis.

—No llegó á doña Catalina Sandobal, que se vió befada, escarnecida y apedreada en las calles de Madrid?

—Pero el caso es muy distinto: aquella favorita habia hecho males positivos y directos al pueblo, y marchaba por órden del rey á un convento.

—Tal vez me llegue á mí un dia de igual desgracia!

—Doña Blanca, por Dios! no penseis tan tristemente: ese dia no os puede llegar jamás; teneis amigos que perderian la última gota de su sangre por defenderos, y que se considerarian dichosos muriendo por vos.

—Sí, ahora que tengo poder todos me lo dicen, luego tal vez harian lo contrario.

—Dudais de mi amistad, doña Blanca?....

—Os creo mi mejor y mas verdadero amigo; pero tambien creo que no incurririais en el enojo del rey por salvarme á mí contra sus órdenes.

—Ah! qué mal me conoceis! qué poco sabeis el cariño que os profeso y los sacrificios que seria capaz de hacer por vos si os viese desgraciada! qué me importaria el enojo del rey? Tengo riquezas que podria disfrutar y partir con mi buena amiga en punto donde no pudieran

alcanzar los tiros de don Enrique. Tranquilizaos, doña Blanca; no os atormenteis tan sin causa, y contad siempre con Escobedo en bien y mal; creed en sus protestas de amistad eterna, y estad segura que teneis en él un celoso servidor y defensor, aunque fuese contra el rey.

—Gracias, Escobedo; pero jamás consentiria yo que faltaseis á vuestro deber, faltando á la obediencia de vuestro legítimo soberano; si tal me sucediera, un convento ocultaria mis lágrimas y mi existencia. Antes del baile al que tengo que asistir esta noche, creo vendrá D. Enrique y apoyaré su marcha, que podeis libremente aconsejar, si solo esperabais mi consentimiento.

Viendo Escobedo la conversacion cortada, en la que podia seguirse insinuando, y no juzgando prudente aventurarse ni declararse mas por la primera vez que ponia en práctica los consejos de su secretario, se retiró para ir á hablar al rey, pues no queria perder la ocasion de darle en público un consejo que nadie se habia atrevido, y que estaba cierto que seguiria apoyado por doña Blanca.

Llegó á la sala en donde estaba el rey rodeado de sus consejeros, entre los que figuraban en primer órden el conde de Ledesma y D. Lope Barrientos. Discutian sobre las providencias que se debian tomar para contener á los revoltosos; pero nadie se atrevia, por las razones que sabemos, á proponerle y aconsejarle que marchase contra ellos, á pesar de que todos opinaban por la salida; no porque todos la creyesen como el único remedio, sino por estar bien con el de Ledesma y Barrientos, que eran los que asi lo decian en sus conversaciones particulares, aunque con sus miras particulares tambien.

Largo rato hacia que discutian sobre frivolidades que á nada conducian sin mezclarse Escobedo en la cuestion, cuando el rey dirigiéndose á él, le dijo:

—Y tú, nada piensas, ni nada me aconsejas?

—Solo una cosa se me alcanza; pero tal vez disguste á V. A. y por eso me la callo.

—Pues yo quiero que me la digas; si es prudente la tomaré en consideracion; si es imprudente me reiré, pero no me enfadarás.

—En esa inteligencia, y no disgustando á V. A., la diré. El medio seguro, en mi entender, de remediarlo todo, de derrotar á los conjurados y hacerlos desistir de sus locas y criminales pretensiones, es que V. A. se ponga al frente del ejército y marche al instante contra ellos.

—Diablo! tú no sabes aconsejar mas que marchas; pero esta ocasion, continuó sonriéndose, no es igual á la de Toledo.

—Efectivamente no lo es, señor; en aquella solo yo opiné por vuestra salida; pero al presente no soy yo solo, hay muchos de mi parecer y que sostendrán con buenas razones mi opinion. Dijo esto mirando con inteligencia al de Ledesma y á Barrientos, que seguros del éxito, pues cuando Escobedo se habia determinado á hablar asi no dudaban estaria de acuerdo con doña Blanca, apoyaron su proposicion con tal calor, que el rey, aunque á disgusto, tuvo que ceder; pero diciendo terminantemente que no saldria sino al octavo dia. Era plazo largo para el deseo de la mayor parte de los presentes; pero tuvieron que contentarse con él y se retiraron mas satisfechos, particularmente el de Ledesma y Barrientos, que como hemos indicado ya, tenian sus miras particulares en la salida del rey.

Barrientos, como conoció muy bien Iñigo, deseaba conseguir el arzobispado de Toledo, dignidad que era, aun mas que hoy, una de las primeras, y que daba en aquel tiempo una estraordinaria consideracion, poder y riquezas, con lo que podia el arzobispo prestar una ayuda de gran valor al partido que quisiera favorecer, haciéndose temido del contrario y respetado del amigo; por lo tanto queria vencer de una vez á Carrillo, hacerle sucumbir en la demanda, y con el favor del rey lograr el anhelado puesto.

Ledesma, aunque ansiaba tambien ver cuanto antes derrotados á los facciosos, y en particular á su gefe Villena, que siempre habia mirado con recelo por su poder y talento en ardides y estratagemas, tenia el inmediato é interesante cálculo de alejar al rey de doña Blanca para desunirlos y derribarla del poder, y con ella de consiguiente á Escobedo, por ser los que mas inmediatamente le hacian sombra. Por los espias que puso en sus casas nada supo que les pudiera en gran cosa perjudicar: los relevó con otros que tampoco le trajeron mas noticias que los anteriores. En vista, pues, de esto, no halló otro arbitrio que procurar por todos los medios imaginables hacer salir á D. Enrique con el ejército, seguro de que si lo conseguia, la perdicion de doña Blanca y su favorecido era indudable segun sus ocultos planes; pero no se atrevia á aconsejárselo al rey, aunque en las críticas circunstancias del Estado, el consejo no podia parecer sospechoso; pero seria de ningun valor si no le apoyaba doña Blanca. Para conseguirlo, pues, y que ella misma ayudase á su perdicion, habló á Barrientos y le decidió á que convenciese á Escobedo de la absoluta necesidad de que marchase el rey contra los sublevados y

le inclinase á influir con doña Blanca para que no se opusiera á ello. Eligió á D. Lope para esta comision por saber que era amigo verdadero de Escobedo y que por perspicaz que este fuera nada podria conocer ni sospechar. D. Lope tampoco podia recelar cálculos ulteriores contra aquel, porque como todos los de la corte, creia la amistad del conde y de Escobedo sencilla é ingénua por ambas partes. Engañado, pues, Barrientos, solo vió en la proposicion del de Ledesma un deseo del bien general é individual: ciego ademas con su deseo del arzobispado en nada reparó, y se dirijió inmediatamente á hablar á Escobedo, como vimos, logrando inclinarle á su deseo y parecer.

Como iba anocheciendo ya cuando se disolvió el consejo, cada uno de los que pensaban asistir al baile se fue á su casa á irse preparando; pues en aquellos tiempos los bailes, como saben nuestros lectores, principiaban dos horas despues del toque de oraciones y se concluian á la que dan principio los nuestros hoy. De manera que las damas de la córte podian despues de danzar dormir lo necesario para levantarse á contemplar la magestuosa y poética aparicion de la aurora.

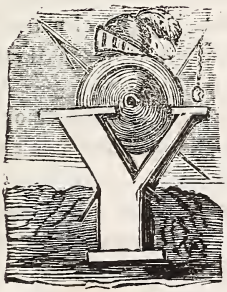
Dichosos tiempos aquellos en que el cómodo y pacífico ciudadano no tenia en su vecindad un piano desafinado ó una mal pulsada y destemplada guitarra á cuyos discordes y desentonados tonos se recrean en honesto solaz una docena de amiguitas con sus hermanos, primos y parientes, bailando sobre el techo de su misma alcoba hasta las dos de la mañana sin dejarle dormir en toda una noche, en la que tal vez necesita mas descanso! Dichosos y mil veces dichosos tiempos aquellos que llaman de la ignorancia y oscuridad! Ha-

bia, es cierto, guerras, conspiraciones, intrigas, asesinatos, robos, crímenes; pero nos faltan en los nuestros, del saber y de las luces?.... Desgraciadamente no; y por apéndice del piano, la guitarra y el franco entretenimiento y delicioso baile de familia, para privarnos de dormir y descansar.

CAPÍTULO XIV.

No menos que él su hermana temerosa,
Y del caso estupendo conturbada,
De luto cubrirá la cara hermosa
Y tristemente se verá eclipsada:
Apartará de tan terrible cosa
La vista, en sangre y lágrimas bañada:
La tierra con temblor horrendo abierta
A multitud dará de muertos puerta.

(Gregorio Hernandez de Velasco. Traduccion de Jacobo Sanazzaro.)



A los sirvientes del alcazar de Segovia puestos en continuo movimiento de un punto á otro daban claras muestras de estar acabando de arreglar el salon del baile con todos los requisitos necesarios; ya el vivo resplandor de ricas lámparas en las que ardian esquisitos y deliciosos aromas orientales dejaban ver aquel espacioso y magnífico

vestido de ricas colgaduras de terciopelo carmesí con estrellas, fleco y borlas de plata, y los asientos de igual gusto que le rodeaban; ya se veia claramente el elevado asiento con dos escalones que á manera de trono estaba colocado al testero del salon frente á la grande y única entrada, cuando saliendo el rey de su cámara se dirigió solo á la habitacion de doña Blanca, que la tenia en una casa á espaldas del alcazar: pero que se podia entrar por él por una puerta de comunicacion que habia mandado hacer el rey, y de la que solo se valia de noche, y que correspondia directamente al estremo de la galeria principal, con una pieza anterior al mismo gabinete de doña Blanca. Entró en él don Enrique y la encontró en medio de sus doncellas que se retiraron en seguida y que estaban ocupadas en prenderla y adornarla para el baile.

Despues de aquellas caricias y halagos propios y usados siempre entre los amantes al volverse á ver aunque solo pocas horas hayan estado separados, la dijo:

—Sabes, bien mio, qne quieren separarnos?

—Cielos!.. qué decis?

—No te sobresaltes: separarnos por algunos dias.

—Como soy tan infortunada, señor, y hay tantas intrigas en una córte, estoy esperando siempre el mal.

—Tanto me amas que separarte de mí lo juzgas tanta desgracia?....

—No os he dado, señor, bastantes pruebas de amor y ternura para que esteis convencido de que no me es posible amaros mas?

—Sí, Blanca mia, sí: por eso mi corazon, mis pensamientos, mi vida entera es tuya; tan enteramente tuya, que me es imposible ocuparla en nada, ni cuidar de otra cosa mas que de tu gusto y tu placer. Quieres algo? de-

seas alguna cosa, amor mio? Dímelo, que por grande que sea tu deseo, le he de satisfacer.

—Nada deseo, señor, sino que seais feliz, grande, poderoso y respetado para complacerme, estasiarme en vuestra dicha, que es el mayor bien de mi corazon.

—Y qué me falta para ella teniéndote á tí, encantadora de mi vida?

—La paz en vuestros estados, la felicidad de vuestros vasallos.

—Para eso quieren que salga y me ponga al frente del ejército. Qué rato me han dado despues que me separé de tí! Hasta Escobedo, lo creerás? ha sido de parecer que marche: tentado me hallé cien veces de arrojarlos de mi presencia; pero cedí al fin por no aumentar descontentos y traidores: les he prometido salir dentro de ocho dias; pero no lo lograrán.

—Y por qué, señor?

—Por qué me preguntas? porque no quiero separarme de tí, porque solo soy y puedo ser feliz á tu lado.

—Pero señor, si conviene á vuestro reino, debeis hacerlo.

—Ellos lo dicen; pero yo no lo creo. No tengo un ejército bien reglado y mandado que puede hacer frente á ese traidor Villena y á sus aliados? qué necesidad tengo yo de ponerme al frente?

—Pero vuestra presencia venceria mas enemigos que vuestros soldados.

—Blanca!.... tambien tú quieres que me vaya?

—Ya os he dicho, señor, mil veces, que mas que mi propia dicha quiero la vuestra; que deseo vuestra gloria y vuestro engrandecimiento; que me es preciso veros temido y respetado de propios y agenos para ser feliz. Y

quereis que ahora que vuestros vasallos os piden una muestra de arrojo y de valor me oponga yo? No señor, antes por el contrario debo aconsejároslo, debo pedíroslo. Qué diria Castilla de mí si no hiciese este sacrificio á mi amor?.... que os tenia enervado el espíritu, que no os amo con generosidad y verdad, pues el verdadero amor quiere la gloria de su objeto amado.

—Con que quieres que vaya á ser infeliz lejos de tí?

—Y pensais que yo no lo seré? creeis que no pasaré los dias y las noches anegada en lágrimas y sumido mi corazon en la tristeza y el dolor, rogando á Dios os vuelva cuanto antes á mi lado á consolar mis penas y hacer mis dias dichosos olvidada de cuanto existe y ha existido sobre la tierra!.. Pero este sacrificio, señor, es necesario. Debeis partir si me amais, pues debeis desear que vuestros vasallos, lejos de culparme de sus males, me bendigan con entusiasmo por haber cooperado á su felicidad inclinando vuestro ánimo á ocuparos vos mismo de su suerte venidera, proporcionándole los bienes, hijos de una paz que conseguireis.

—Bien, lo pensaré y veré si me hallo con fuerzas suficientes para separarme de tí; ahora llama á tus doncellas y que te concluyan de adornar, no porque necesites joyas y preseas para ser la mas hermosa y encantadora de Castilla, sino porque quiero que asi como vences á todas en belleza, las venzas tambien en riquezas y esplendor.

SAINZ.

Volvieron las doncellas, que concluyeron de adornar á doña Blanca con una opulencia tal, que ninguna podia igualar: el mismo rey, presente al tocador, eligió el aderezo que habia de llevar, la colocó por su mano en el pecho una preciosa y riquísima cruz de brillantes, retirándose en seguida por la puerta secreta para marchar al baile con sus caballeros y favoritos.

Lleno ya el salon de hermosas damas, apuestos y galanes caballeros, solo se esperaba la presencia del rey para dar principio á la funcion. Se presentó este por fin seguido de los cortesanos mas favorecidos, recibiéndole la música con una tocata guerrera de grande efecto y gusto en aquella época; mas no dió la órden de principiar el baile por advertir que aun no habia llegado doña Blanca. Ya principiaba á impacientarse cuando un murmullo de admiracion se levantó hácia la entrada del salon. Qué riquezas! decian las damas. Qué hermosura! los caballeros. Era doña Blanca, á quien salió á recibir el rey, conduciéndola de la mano hasta un magnífico asiento que á la derecha del trono habia. La música la recibió tambien, pero no con aquellos tonos fuertes que al rey: una tocata dulce y melodiosa hirió los oidos de los circunstantes, escitando su sensibilidad y disponiendo sus ánimos al amor, al placer y á la ternura.

Rompieron el baile el rey y doña Blanca en medio de los aplausos universales de las damas y cortesanos que á porfia agasajaban y halagaban á doña Blanca, pues sabian era entonces el camino para llegar al favor de don Enrique. Se hizo despues general el baile reinando la mayor franqueza y alegria, que no impedia la presencia del soberano, pues él mismo la encargaba y escitaba.

Mas de dos horas serian pasadas cuando sin cuidarse de respeto alguno entra Bertran en el salon dando encontrones y codazos á damas y caballeros para vencer la distancia que le separaba de su señor, que con el conde de Ledesma estaba conversando cerca del trono.

—Señor, le dijo llegando, gran número de conjurados villenistas han entrado de oculto en Segovia y creo se disponen á asaltar el alcazar esta noche misma: avisarlo al rey para que dé las órdenes que le parezca.

—Qué dices hombre! por dónde lo has sabido?....

Eso es largo de contar para ahora; mas no dudo que sea cierto pues he visto á las inmediaciones del alcazar algunos grupos, y sospecho que quieren aprovechar la ocasion del baile en que está la gente entretenida. Avisad al rey sin perder tiempo, que yo voy á buscar mi compañia, que aunque de cuarenta hombres solo, para trabajar de veras necesita doscientos villenistas. Y desapareció con la misma precipitacion que habia venido.

Palidos y mudos de sorpresa se quedaron Escobedo y el de Ledesma, á los que se allegaron algunos caballeros que por estar próximos habian oido aunque imperfectamente el terrible mensage del soldado.

—Y qué hacemos? dijo por fin Escobedo.

— A mí me parece imprudente, contestó el de Ledesma, sobresaltar al rey cuando la noticia pudiera ser falsa.

—Me temo que no lo sea, pues conozco demasiado al que la ha dado.

—*Favor al rey*! *á las armas los leales*! se oyó en este momento hácia la escalera del alcazar. *Castilla por don Alfonso*! esclamaron otras voces al mismo tiempo, y el crugir de las armas y griteria de los combatientes no dejaron dudar de lo que pasaba. Los caballeros rodearon

inmediatamente al rey. Las damas aterradas caian unas desmayadas en el suelo, que eran pisadas por otras que buscaban su salvacion en la fuga.

—Escobedo! gritó el rey, toma esa llave cuya puerta conoces y salva á doña Blanca; pero agarrada esta de su brazo no queria separarse de él.

—Salvaos vos, señor, aun es tiempo, le decia; huid que luego lo haré yo.

—No, marcha, Blanca, tú corres mas peligro.

—Sin que vos esteis libre no me separo de vuestro lado.

—Pues marchemos.

Salieron á la galeria por la única puerta que tenia el salon; pero ya subian la escalera los conjurados que ganarian en el momento, pues solo la defendian ocho hom-

bres de armas que, aunque valientes, no podian resistir á cincuenta que les acometian. Retrocedieron, pues, el rey, doña Blanca y los que les acompañaban; pero que no podian tomar parte en la refriega por estar desarmados. Trataron de ganar otra vez el salon y esperar dentro socorro; pero medrosos los cortesanos que dentro habian quedado, cerraron fuertemente la puerta luego que salió el rey y no atendian á las voces que desde fuera les daba para que le abriesen, privados de conocimiento con su espanto.

Perdido irremisiblemente estaba ya el rey. Arrollados los soldados que defendian la escalera, pisaban ya los conjurados la galeria mandados por don Alonso de Luna, el hermano de doña Blanca, que espada en mano se dirigia al rey gritando: *Venganza! Castilla por don Alfonso,* cuando las voces de *Muera Villena! Castilla por don Enrique!* sonaron al fin de la escalera.

—Estamos libres! esclamó Escobedo; es mi compañia, en la que cada soldado vale por veinte. Y acometidos de improviso los conjurados por la espalda tienen que volver á defenderse. Varios caballeros de la comitiva del rey, aunque vestidos á la ligera y sin defensa ninguna, toman las armas de los soldados muertos y hacen con ellas prodigios de valor, particularmente el conde de Ledesma, que en aquella noche acabó de asegurar para siempre su nunca desmentida valentia.

Libre, pues, la galeria, el rey se dirigió á su cámara, y doña Blanca acompañada de Escobedo á su puerta secreta que conducia á la habitacion.

—Le habeis visto, Escobedo?

—A quién, doña Blanca?

—A mi hermano.

—Sí señora.

—Salvadle! salvadle por favor, y os deberé una gracia que jamás os podré pagar.

—Y por dónde?

—Por cualquiera parte, por aqui si no hay otro remedio, dijo llegando á la puerta; pero salvadle por Dios, Escobedo!

—Perded cuidado, señora, que haré cuanto pueda si aun es tiempo, y cerró llevándose la llave.

Cuando llegó á la escalera la encontró sembrada de muertos y heridos, y á D. Alfonso de Luna que rota la espada iba á sucumbir bajo la tremenda del capitan de su compañía.

—Tente, Bertran, esclamó; ese me pertenece: cuidado con herirle! y tomando de la mano á D. Alfonso, seguidme le dijo: vuestro padre me dió hospitalidad en su castillo, y yo estoy obligado á salvar á su hijo.

—A mi padre le vendisteis entonces y ahora lo hareis conmigo. Me librais de morir al filo de una espada para entregarme vivo, que me ahorquen mañana y tener con D. Enrique ese mérito mas; pero no importa, os sigo: perdido lo que deseaba, lo mismo me da morir bajo una espada que colgado por la intriga de un traidor.

—No sé quién merece mas ese nombre, y en otra ocasion os contestaria. No trato de venderos, sino de salvaros; quedareis escondido esta noche en casa de vuestra hermana, y.....

—En casa de mi hermana!.. jamás: no he de volverla á ver sino para lavar con su sangre la mancha de nuestro honor y vengar los padecimientos sufridos, proporcionándola otros iguales.

—Y creeis que ella no sufre ni ha sufrido? creeis que

ella es completamente feliz? No, no lo es; pero esto no es del caso. Avivad, que he prometido salvaros y siento venir gente.

—Pero no quiero mi salvacion, aunque sea cierta, en casa de mi hermana.

—Bien, seguidme, será allí ó en otra parte. Veis? el rey sale armado ya con sus caballeros y no nos podemos detener.

—Entrad, le dijo, abriendo la puerta secreta; ya estamos en salvo, pues el rey no puede entrar por aquí hasta que yo le entregue esta llave.

Al ruido de cerrar la puerta salió doña Blanca, y viendo ya dentro y salvo á su hermano, dió un grito de alegria esclamando:

—Yo os bendigo, Dios mio, por haberle salvado! Entrad, hermano mio, y evitad la muerte que os amenaza.

—Y qué me importa morir? Qué es la vida sin honor, sin ilusiones, sin esperanzas?.... Vos sois, muger infame y degradada, la que deseará vivir: encenagada en los vicios, rodeada de oprobio y vileza, vuestro corazon, aunque pervertido y avezado al crimen, temerá sin embargo la muerte, porque por mas que querais alejarlo de vuestra mente, sabeis que hay un Dios que en la otra vida os pedirá cuenta de vuestra conducta: os pedirá cuenta de las desdichas que con ella habeis causado, del pobre Nuño y Rodrigo que quedan espirando en la escalera, de D. Fadrique que habrá encontrado igual suerte, todo por vuestra culpa: os pedirá cuenta, en fin, de la muerte de vuestro padre.

—Muerto mi padre!!!!

—Muerto, sí: cuando Ayala al medio de noche tenebrosa nos abrió la prision, creimos en sus falsas pala-

bras; creimos que nos libertaba por simpatías y antigua amistad, y agradecidos huimos; pero al saber el precio de nuestro rescate, al saber que os habiais entregado públicamente á ese villano rey, desconociendo los sentimientos honrados de nuestra sangre, que prefiere mil muertes al deshonor, vuestro padre, el triste y miserable anciano que os dió el ser, fatigado con tanto sufrir, no pudo sobrellevar tan tremendo y aciago golpe, y al cuarto dia entregó su alma lacerada al Criador.

—Dios mio, piedad!!! esclamó doña Blanca cayendo desmayada.

—Hombre cruel! dijo Escobedo, qué habeis hecho!

—Menos de lo que pensaba. No os dije que no queria verla sino para saciarme y recrearme en su dolor?.... á qué me habeis traido?

Pero Escobedo, atendiendo á doña Blanca, nada contestó. Llamó á sus doncellas para que la llevasen á la cama, encargándolas que nada dijeran, ni aun al rey, de aquella ocurrencia, y se dirigió en seguida á D. Alfonso. Mientras vos solo pensabais en vengaros, le dijo, y herir su sensible corazon, ella me suplicaba encarecidamente que os salvara: se lo he prometido y lo cumpliré aunque fuese á riesgo de mi cabeza. Quereis permanecer aqui hasta que calmados los ánimos podais salir de Segovia, ó preferis venir á mi casa?

—A vuestra casa.

—Pues vamos, y cubrios el rostro lo mejor que podais.

Salieron á la calle, que estaba ya llena de tropas del rey y de inmenso pueblo que con hachones encendidos habia acudido á victorear á D. Enrique, del mismo modo que lo hubieran hecho á D. Alfonso si hubiera vencido su partido.

Como Escobedo era conocido y respetado de todos y mas en aquella noche que su compañia habia salvado el alcazar, cruzó por medio de los soldados que respetuosamente le hacian lugar á él y á su compañero, sin reparar ni conocer quién fuese. Llegaron á su casa y dejó á D. Alfonso en su mismo cuarto, cerrando y llevándose la llave para que nadie pudiera entrar y le viese, y volvió á palacio á noticiar al rey que dejaba cumplida su órden y á doña Blanca en su cuarto.

Le recibió D. Enrique con las muestras del mayor afecto y reconocimiento, llamándole el salvador de su estado y persona, y diciéndole que pidiese á su tesorero el dinero que juzgase necesario para regalar espléndidamente á sus soldados, que tan bien se habian portado aquella noche. Los grandes asimismo se manifestaron reconocidos al servicio que á todos habia hecho su compañia, felicitándole á porfia, aunque pocos sinceramente, pues ardian la mayor parte en deseos de derribarle de un poder que iba acreciendo prodigiosamente y que miraban con envidia y temor.

Cerca del alba seria ya cuando Escobedo se separó del rey y se dirigió á su casa; viendo ya todo tranquilo pensó en que le convenia alejar cuanto antes de Segovia á D. Alfonso. Entró, hallando á la puerta á Iñigo y Bertran que le esperaban impacientes por la hora que era, y dirigiéndose al segundo, le dijo:

—Tienes que sacar sano y salvo de la ciudad á D. Alfonso antes que amanezca.

—Pero señor.....

—Nada, componlo como quieras, disfrázale, sácale tú solo ó mezclado entre tus soldados; pero sacarle, y con armas y un caballo.

—Haré lo que esté en mí por complaceros, aunque de mejor gana le cortaria la cabeza. Buen susto nos ha dado!

Llegaron al cuarto, que abrió Escobedo, diciendo á D. Alfonso:

—Seguid á este soldado, que os dejará fuera de Segovia armado y montado.

—Siento no poder ser vuestro amigo, Escobedo; pero soy caballero y agradecido; tendré presente este servicio que tal vez pronto os pagaré con otro igual: y marchó con Bertran.

No se volvió á saber de él: algunos que supieron despues lo ocurrido acusaron al soldado de haberle dado muerte alevosamente; otros eran de parecer que se incorporaria con los sublevados, donde moriria en algun encuentro. Ambas cosas podian ser; pero nosotros nos inclinamos á la segunda, pues no creemos capaz á Bertran de asesinar á un hombre desarmado y cuya vida y salvacion le fue confiada.

—Con que habeis salvado á D. Alfonso? dijo Iñigo á Escobedo luego que quedaron solos.

—Sí, tuve la suerte de llegar en el momento que Bertran iba á acabar con él.

—Yo quisiera que hubierais tardado un poco mas.

—Iñigo!

—Será muy noble y generoso ese proceder; pero yo no le apruebo.

—Tú tienes á veces muy mal corazon.

—Y vos demasiado bueno: para vivir y medrar se necesita tener algo mas del diablo que de Dios. Qué quereis? á mí no me gusta hacer favores que me puedan perjudicar.

—Es que de este espero mucho bien.

—No sé cuál os puede reportar.

—La mano de doña Blanca, que ya tengo esperanzas de conseguir.

—Tan pronto?

—Esta mañana lo dudaba yo, y ahora lo dudas tú?

—No dudo que con tiempo y maña la consigais; pero estraño que diciéndome hace pocas horas que eran locuras mis planes, esteis ahora tan confiado.

—Y no sin razon. Cuando la fui á hablar, aunque inclinado á seguir tus consejos, no tenia mucha confianza en ello; pero amigo, me abrió su corazon. Está disgustadísima de su actual posicion, y creo la cambiaria con facilidad. Yo me insinué lo bastante, y hubiera llevado mas adelante el asunto si no hubiera tomado de pronto un giro diferente la conversacion; pero la he encontrado tan distinta de lo que creia, que no dudo conseguir mi deseo.

—Prudencia, señor, y no precipitarse!

—Esta noche, cuando llegasteis con la compañía tan á tiempo para librarnos de los conjurados, me encargó que salvase á su hermano: con qué ternura me dijo! «Salvadle, Escobedo, y os deberé una gracia que jamás os podré pagar.» No hay duda, será mia: qué mérito tendré ahora para con ella!!! En cuanto la vea la declaro mi amor. Quién anda hay? dijo mirando á la puerta.

Se levantó Iñigo y no vió á nadie.

—Crei haber oido pasos.

—Yo tambien, contestó Iñigo, los he oido. Será algun criado que se retire á dormir.

—Lo mismo voy á hacer yo, dijo Escobedo, pues ya será hora de descansar.

—Yo tambien; pero antes os aconsejo, señor, que tem-

pleis ese fuego, que no precipiteis las cosas: os lo advierto por si no nos vemos antes que vayais á ver á doña Blanca.

—Déjalo por mi cuenta, pues conozco ya el camino para conseguir llegarla á poseer mejor que tú.

—Ojalá que asi sea!

—Lo es, no tengas duda. Vaya, adios, buenas noches.

—Buenas noches, señor. Quiera Dios, decia entre sí Iñigo, que no cometa una imprudencia que nos pierda! Pesaroso estoy de haberle dado tal consejo. Estos hombres que se creen dueños del corazon de una muger porque escucha sus galanterias con agrado, tal vez forzada, y les hable con la amabilidad propia de la buena educacion son tan perjudiciales en la sociedad! Se llevan chascos tan terribles y tan fatales consecuencias?.... Necio de mí, que conociéndole le he hecho pensar en una cosa que no le hubiera ocurrido jamas!.. pero ya está hecho, paciencia! Vamos á dormir.

CAPÍTULO XV.

Mas sin duda despechado
De no hallar lo que apetece,
Contra sí mismo parece
Que revuelve su furor;
Y en la sonrisa sardónica
Con que miró cada objeto,
Se ve que le da en secreto
Su vista intenso dolor.

(Zorrilla. Apéndice á Margarita la Tornera.)

MIENTRAS estas cosas pasaban en la casa de Escobedo, estaba en la suya Beltran de la Cueva, conde de Ledesma, desesperado por el servicio que aquel habia hecho al rey, y que aumentaria

su favor y poder, imposibilitando quizá sus planes contra él. Llenaba de oprobios y denuestos á su secretario por no tener á sus órdenes hombres que valieran mas que los de Escobedo para espias y corredores. Olvidado de que él mismo habia estado espuesto y próximo á perder la vida sin el socorro de los soldados del hombre cuya ruina meditaba, le maldecia con todo su corazon, echando espumarajo por la boca; quisiera haber perecido mejor que ver el engrandecimiento de un rival que aborrecia y que veia próximo á elevarse sobre él. El secretario, que no tenia con el conde la influencia que Iñigo con Escobedo, callaba, revolviendo en su mente un medio de reconciliarse con su señor; pero no encontrando por de pronto ninguno, pues á este no se podia calmar con promesas y esperanzas, permaneció silencioso hasta que le mandó retirar.

Triste, cabizcaido salió, y completamente despabilado, pues nada hace alejar mas el sueño que el temor de caer de una brillante posicion para confundirse en el pueblo y sumirse tal vez en la miseria. Como principiaba á amanecer, siguió sin objeto discurriendo por algunas calles, calculando el modo de alejar de su cabeza la terrible tempestad que le amenazaba: no tenia otro que recurrir á los espias puestos por órden de su señor en las casas de doña Blanca y de Escobedo á ver si le daban alguna noticia con la que pudiera templar el enojo del conde; pero como era muy temprano todavia tuvo aun que entretener el tiempo para llegar á una hora en la que pudiera lograr ver á sus parciales.

Cuando le pareció era ya tiempo se dirigió á casa de doña Blanca, en la que supo cuanto habia ocurrido con don Alfonso su hermano, con cuya noticia, contento y

animado, pasó á la de Escobedo, de la que salió mucho mas, pues le enteraron de cuanto hemos referido, hasta de la conversacion de Escobedo é Iñigo y sus intenciones respecto á doña Blanca, que habia escuchado uno de sus espias.

Lleno de esperanzas se volvió á casa del conde, quedándose á la puerta esperando se levantase para darle tan grata nueva y que tanto podia influir en la suerte de Escobedo, sabiendo aprovechar una ocasion para desacreditarle con el rey. Poco tuvo que esperar, pues el conde no habia podido dormir; y deseoso de ver el primero á don Enrique y manifestarse solícito y cuidadoso por su salud, se levantó á poco rato. Entró al instante el secretario, y con el mayor respeto, pero no con tanto abatimiento como hacia pocas horas, le saludó y preguntó:

—Habeis descansado, señor?

—Como en un potro, le contestó malhumorado el conde.

—Tampoco han descansado mucho en otras casas, señor, particularmente en la de doña Blanca y Escobedo, de donde traigo noticias que os alegrarian si tuvierais á bien oir.

—Que me alegrarian! pues qué noticias pueden alegrarme de esas casas, como no fueran las de la perdicion, la ruina y la muerte de los que las habitan?

—Aunque no sean esas precisamente, pueden contribuir á ello.

—Qué dices? esplícate.

—Escobedo pretende conseguir la mano de doña Blanca, burlando al rey, y huir con ella á otros paises, para lo cual principió desde ayer á insinuarse, y parece que no ha sido mal recibido de aquella: anoche la hizo un gran

avor, salvó de la muerte y sacó de Segovia libre á don Alfonso de Luna, su hermano, que mandaba á los conjurados, por lo que tiene grandes esperanzas de conseguir su intento; tanto que hoy mismo va á aventurar una declaracion en forma.

—Cielos, qué dices! será verdad?.... pero no, no puede ser, tú tratas de halagar mis deseos: y ved, señor secretario, lo que haceis, pues os puede costar caro.....

—Señor, es cierto y seguro cuanto os he dicho, sin aumentar lo mas mínimo á la verdad: y le refirió prolijamente cuanto sabia.

—Vive Dios, que si es como dices, cayeron en mis manos. Voy á aprovecharme en el momento de tu nueva; y aunque la creo cierta, manejaré sin embargo el asunto con prudencia y discrecion, y por lo que pueda ocurrir no me comprometeré; pero mira que si fuese falso tu aviso, si hoy no se descubre algo de lo que me has dicho, tan fácil de saber del modo que yo me valga, esta noche te mando ahorcar de un balcon.

—Estoy seguro de que lo descubrireis, si manejais el asunto con tino.

—Eso corre de mi cuenta, y el que tú seas mañana caballero, noble y rico siendo todo verdad, y consiguiendo lo que deseo. Y salió en seguida con direccion al alcazar.

Dos horas hacia que esperaba en la antecámara, impaciente hasta lo sumo, pues temia que Escobedo llegase y con su presencia le impidiese hablar al rey á solas, porque malogrando aquel dia perdia mucha parte de certeza el éxito del plan que se habia formado; pero sintió movimiento en la cámara real y se decidió á pasar recado, pidiendo licencia para ver á don Enrique, que le fue acordada al instante.

—Tan temprano, Beltran!

—Señor, no he podido descansar con la impaciencia de saber si os hallabais bueno ó si vuestra salud habia padecido con el desagradable lance de anoche.

—Efectivamente que fue desagradable; pero ninguna impresion ha hecho en mi salud hasta ahora, pues me hallo perfectamente bueno.

—Yo bendigo al cielo por su favor.

—Ha venido alguien mas?

—Nadie, señor, pues hace dos horas que estoy en la antecámara y debia haber visto.....

—Dos horas!

—Sí señor, ademas de traerme el deseo de saber de vuestra importante salud, me traia tambien el de vuestra tranquilidad y la de la patria.

—La patria se tranquilizará y salvará teniendo el rey tan buenos servidores como tú y Escobedo.

—Eso falta averiguarlo mas para estar seguro.

—Cómo, qué decis, Beltran?

—La revelacion que tengo que haceros es tan interesante y de tanta consecuencia, que solo con dos condiciones os la comunicaré.

—Condiciones! y cuáles?

—Primera, que deis órden de que nadie pueda pasar ni aun recado para entrar mientras estemos hablando, y se cierre esa puerta por donde nos puedan oir; y segunda, que no siendo la revelacion de aquellas en que se puede probar con documentos fehacientes la certeza de lo revelado sino por medio de disimulo y cautela, si esta surtiese efecto y nada se averiguase, no he de desmerecer en vuestro concepto y me habeis de empeñar vuestra real palabra de nada decir á las personas á que

se refiere, pues solo se trata de saber de positivo si os venden.

—Segun eso, no es cierto y seguro lo que me vas á decir?

—Yo no he podido verlo ni oirlo; pero lo creo bastante probable.

—En ese caso, Beltran, lo puedes averiguar mejor, sea lo que quiera, y decírmelo luego sin condiciones ni preámbulos.

—Es que solo vos lo podeis hacer.

—Yo? hombre me confundes; vaya, habla claramente y despacha.

—No lo haré sin las condiciones que os he dicho.

—Pues bien, concedidas: cierra la puerta y que nadie entre sino Escobedo.

—Ese es precisamente el que menos debe entrar.

—Y por qué?

—Porque es de él de quien debo hablaros.

—Beltran, el susto de anoche te ha trastornado la cabeza: vale mas que te retires á descansar.

—Lo haré si vos me lo mandais, señor; pero os advierto que cada hora que pase os imposibilitará de conocer á los traidores.

—Y Escobedo es traidor? pues á quién debo la vida entonces? quién me salvó y á tí tambien de los conjurados sino su compañia franca?

—Porque le convino en aquel momento, asi como despues salvar al que capitaneaba la conjuracion para estar bien con los dos partidos por lo que pueda ocurrir. Quereis, en fin, señor, que os dé las noticias que tengo ó que me retire?

—No, no, habla, sácame de la impaciencia en que me has puesto y da la órden que quieras.

Despues de cerrada la puerta de la cámara, el conde continuó.

—Sé, señor, que voy á herir vuestro corazon en lo mas sensible; que voy á poner en juego vuestras mas terribles pasiones, y que la noticia que voy á daros será una de las mas tristes que hayais tenido en vuestra vida, pues voy de un golpe á quitaros con ella las ilusiones y placeres que os cercan.

—Me asombro, la Cueva, me espanto!

—Pero tened presente lo que os he dicho, que aunque por buen conducto, y aunque lo creo cierto, no es sin embargo hasta ahora una cosa completamente averiguada, y ojalá sea falso cuanto me han dicho, y sean inocentes unas personas á quienes por tantos títulos estoy obligado y agradecido, pues á uno jamás olvidaré que debemos vuestra preciosa vida y la nuestra propia.

—Me estás matando de impaciencia; habla sin rodeos y dime lo que hay.

—Dicen que Escobedo protege tácitamente á los conjurados; que sabia estaban en Segovia y sus intentos; que sin embargo por lo que pudiera ocurrir tenia dispuestos y prontos sus soldados, mas con órden al gefe de que no se moviera á nada, y que os protegiera en el caso de que los conjurados llevasen lo peor de la demanda.

—Pero estos habian ganado todo el alcazar, y hasta la galeria cuando llegó Escobedo.

—Eso lo sabiamos nosotros; pero no los que estaban fuera: ellos no podian saber el grado de resistencia de la guardia del alcazar. La alarma cundió, y las tropas precipitadas salian de sus cuarteles para defender á su rey, lo que visto por el intrigante Iñigo, se puso en marcha para llegar el primero con los soldados de su

amo, y efectivamente lo consiguió, aunque pocos momentos antes que vuestras tropas, que aunque desordenadas os hubieran salvado solas.

—Pero hombre, es dudoso que sucediera asi, y se necesitan mas pruebas para acusarle de traidor.

—Continuaré, señor. Despues de dejar en su cuarto á doña Blanca, su primer cuidado no fue tomar una espada para concluir con los enemigos, sino buscar á don Alfonso de Luna para salvarle de la muerte que por todas partes le amenazaba, conduciéndole á la habitacion de su hermana.

—De doña Blanca!..

—Sí señor, y en ella permaneció con él un gran rato, llevándole despues á su casa, en donde le tuvo hasta cerca de amanecer que le sacó de Segovia disfrazado, montado y armado, Bertran, el capitan de su guardia.

—Vive Dios que si es cierto tu relato, me las ha de pagar Escobedo!

—Aun hay mucho mas.

—Mucho mas!

—No tan solo es traidor á su patria y á su rey, sino al amante.

—Al amante! cómo?

—No os altereis, señor, pues ya os tengo dicho que aunque creo cierto lo referido y lo que falta, es preciso averiguarlo con maña y serenidad.

—Concluye con mil demonios, que me tienes en tortura.

—Escobedo ama á doña Blanca.

—Y se atreve el villano á poner los ojos donde su rey? dijo saltando del asiento. Cuidado Beltran, pues si fuese falso os podia pesar!

—Una de las condiciones, señor, que os pedí, y que

me habeis otorgado, es que no desmereceré en vuestro concepto por la noticia que os iba á dar, aunque no se pudiera acreditar su certeza. He creido como buen servidor deberos avisar de lo que sabia, é indicaros el plan para descubrirlo vos mismo, deseando yo el primero que sea falso, aunque temo lo contrario.

—Bien, concluye de una vez de atormentarme, y dime tambien ese plan.

—Escobedo ama á doña Blanca y trata de ser correspondido, huir con ella para evitar vuestro furor y enlazarse en matrimonio. Hasta ahora doña Blanca no se sabe que le corresponda, aunque á las insinuaciones que la ha hecho no ha contestado como debia arrojándole de su presencia y dándoos parte para que castigaseis su atrevimiento; por el contrario le recibe cada vez mas amable: animado Escobedo, confia conseguir su anhelo, y mucho mas desde anoche, que debe tener para con ella el gran mérito de haber salvado la vida á su hermano; y en tal disposicion cree propicio el sí, que hoy mismo piensa declararla abiertamente su amor. Ahora el plan, señor, para descubrirlo todo. Es muy temprano y poco probable que Escobedo haya visto aun hoy á doña Blanca; mandadle llamar y retenedle aqui el tiempo que se considere necesario para que aquella esté en disposicion de recibir. Le ordenais entonces que la vaya á visitar en vuestro nombre, pues vos no podeis pasar á hacerlo por cualquiera cosa que gusteis decirle: seguro de que no será interrumpido por vos, manifestará sus deseos á doña Blanca, ó al menos podreis sacar alguna noticia de su conversacion, que escucchareis desde la pieza anterior al gabinete de esta, entrando por la puerta secreta.

—Dices bien, y me parece acertado tu consejo. Da ór-

den que le llamen. Infeliz de él si fuese cierta su villanía!

—Ahora, señor, tengo que suplicaros que obreis con prudencia y tino en un asunto de tanto interés para vos; que nada conozca Escobedo, pues todo se podria malograr y nada saber de sus intenciones por malas que fuesen; y que si el éxito de la indagacion no correspondiese á las noticias, no veais en mí mas que un solícito servidor cuidadoso de vuestro bien y placer.

—Bien, Beltran: sea el éxito el que quiera, no perderás mi gracia; pero me has de entregar si fuese falso, al que levantó el testimonio, para castigar horrorosamente su crimen.

—Está bien, señor.

—Abre ya la puerta y que entre si hay alguno esperando.

Estaban efectivamente varios cortesanos que venian á visitar al rey y á felicitarle por su buena salud despues de un lance tan desagradable. Vino á poco Escobedo, á quien á porfia honraron y agasajaron los grandes, creyéndole niño mimado de la suerte.

—Buenos dias, Escobedo. Has descansado ya? le dijo el rey en cuanto entró.

—Perfectamente, señor; y V. A. cómo se halla?

—Cual nunca; aunque triste por ver divididos y desgraciados á mis vasallos, pues aunque rebeldes, todos lo son y me duelen sus cuitas.

—No os aflijais, señor, por los males de unos hombres que en el mero hecho de separarse de la fe jurada, no merecen ocupar vuestra imaginacion sino para fulminar contra ellos el castigo á que se han hecho acreedores.

—Y dime, has visto á doña Blanca? Sabes como ha pasado el resto de la noche?

—No la he visto aun, señor; pero mandé recado esta mañana temprano y me dijeron que la habia pasado bastante mal, efecto sin duda del gran susto que tuvo; pero que estaba mejor y descansando, con lo que creian se levantase completamente buena.

—Plegue á Dios que asi sea! Ahora quiero que asistas á la consulta qne pienso tener sobre los asuntos del Estado y modo de remediar tantos males como nos cercan. Se hallan presentes mis mas fieles servidores y prudentes consejeros, y nunca en mejor ocasion.

Se reunieron efectivamente, y cada uno comentó la ocurrencia de la noche anterior del modo que mejor le pareció. Beltran de la Cueva habló tambien; pero sin indicar lo mas mínimo que tuviera relacion á la fuga del capitan de la conspiracion. Propuso que el rey debia acortar su marcha y verificarla lo mas al tercer dia, pues las circunstancias se agrababan y los conjurados cada dia se hacian mas atrevidos y emprendedores; y tal cosa podian intentar, que costase gran trabajo y muchas desgracias el hacerlos desistir. Todos le acompañaron en este parecer; y tales razones alegaron y tanto se esforzaron, que lo consiguieron al fin, venciendo la repugnancia y oposicion del rey, que ofreció salir como deseaban al tercer dia.

Beltran de la Cueva, que fue el primero en emitir esta opinion y tenia mas que ninguno al presente sus razones para desearlo, creia segura la caida de Escobedo; pero temia al mismo tiempo que los amigos de este aplacasen al rey y se contentara solo con desterrarle, en cuyo caso podria volver, y mucho mas poderoso si le protegia doña Blanca, á quien no confiaba tanto derribar, lo uno por el grande afecto que la tenia el rey, y

lo otro porque dudaba que ella amase á Escobedo á pesar de las atenciones que con él tenia; mas ausentándose D. Enrique y yendo él á su lado, la cosa podia tomar otro aspecto. Escobedo si no moria á manos del mismo rey en el primer momento de furor, quedaria en un calabozo para sufrir la pena de muerte, de la que nadie le libraria estando ausente D. Enrique; pues él daria sus instrucciones, y el hierro ó el veneno concluiria con su existencia. Lograba ademas alejar al rey de doña Blanca en un momento en que podia con ventaja trabajar con ahinco para desunirlos, logrando quedar el mas poderoso y atendido favorito.

Ansiaba tanto mas esto al presente, cuanto que sospechaba que se iba á rebajar estraordinariamente su poder. Villena desde Burgos habia escrito al rey una carta firmada por él y por los principales de su partido, en la que decia entre otras cosas de cuantia, que el maestrazgo de Santiago, que injustamente y contra derecho se habia dado á D. Beltran de la Cueva, fuese inmediatamente devuelto á su propietario el infante D. Alfonso. D. Beltran temia, y con fundamento, que esta dignidad iba á cesar de ser representada por él; pues aunque para conferírsela precedió bula del sumo pontífice, todos en la córte, sin embargo del silencio que acerca de este asunto guardaban por temor al poderoso favorito, estaban persuadidos que uno de los principales motivos de la guerra contra Villena era la cuestion del maestrazgo. Esto lo sabia D. Beltran, y tambien que si doña Blanca no caia del favor y hablaba al rey del asunto, manifestándole los males que su nombramiento habia originado á toda Castilla y al trono mismo, el maestrazgo iba á escapársele de las manos, y sin indemnizacion alguna;

antes por el contrario ganando solo en compensacion de la pérdida el desagrado del rey, porque le harian ver que su ambicion era la causa de tantos trastornos.

Concluida la discusion y aplazada definitivamente la salida del rey, llamó este á Escobedo, y le dijo:

—Ves á visitar en mi nombre á doña Blanca; dila que no puedo ir esta mañana porque tengo que espedir las órdenes para que se reunan inmediatamente las tropas que estan acantonadas en varios puntos y ponerme al frente de ellas. No la digas, por no entristecerla, que marcho tan pronto; yo se lo diré esta noche.

Partió Escobedo, y el rey dijo á Beltran: puesto que tú has traido la noticia, tú debes tambien saber si es cierta; acompáñame y escucharemos los dos.

CAPÍTULO XVI.

Bella dama! si del Indo
Los tesoros poseyera;
Si en mi frente reluciera
La corona de señor;
Si mi imperio se estendiera
De la Livia hasta el Estrecho,
Lo trocara de tu pecho
Por un suspiro de amor.

(Ochoa. El Auto de fe.)

UANDO doña Blanca volvió del accidente que la causó la triste nueva de la muerte de su padre, y se recobró algun tanto de su congoja, preguntó por su hermano y Escobedo; la dijeron que habian marchado juntos, y por lo que habian entendido, á casa de este último. Mandó que se retirasen todos, y sola dió libre curso á sus lágrimas y

sollozos: su corazon se partia de dolor al considerarse la causa de la muerte de su padre y de las desgracias de su hermano. Los remordimientos se alzaban con voz terrible en su corazon; desnuda de fantasias é ilusiones, se veia cual era: una muger entregada á una pasion criminal y envilecida por la torpeza de su vida. Atormentada atrozmente, y sin poder apartar de su imaginacion la memoria de su padre, no le fue posible descansar en toda la noche un momento: rendida ya de dia, se quedó dormida; pero ni aun asi se libró de padecer: ensueños tristes y terribles asaltaron su mente, haciéndola desvariar en completo delirio. Se figuraba ver á su padre moribundo que la maldecia en sus últimos momentos, á su hermano, preso y conducido al cadalso: daba un doloroso grito y dispertaba mas fatigada que antes de dormir. Determinó levantarse y procurar distraerse con sus doncellas, pues temia viniera el rey y entrando por la puerta secreta sorprendiese en su sueño sus padecimientos y la parte que habia tenido con Escobedo en la fuga de su hermano.

Solícitas y cuidadosas las doncellas acudieron al llamamiento de su señora, la vistieron y trataron de divertir contándola los lances del baile, las redículas figuras que hacian las damas desmayadas en el salon y la poca cortesia y humanidad de los caballeros que pasaban por encima de ellas, acometidos de tal terror, que hubo alguno, y que presumia de valiente, que no salió hasta dos horas despues de tranquilo todo y con grandes precauciones, de debajo de las escalerillas del trono. Pero nada podia alejar la pena de doña Blanca, aumentada con la incertidumbre de si estaria en salvo su hermano. Culpaba á Escobedo de no venir á tranquilizarla; pero á este le te-

nia, como sabemos, entretenido el rey. Le anuncian por fin, y el rostro de doña Blanca sale del abatimiento para espresar el temor y la esperanza.

—Que entre, dice; y despide á sus doncellas para poder hablar y preguntar libremente.

—Gracias á Dios que os veo! se salvó?

—Sí señora. Cuando Escobedo promete una cosa es para cumplirla; y ya os dije que por complaceros y serviros perderia mil vidas que tuviera, aunque fuere peleando contra el rey.

—Ah! cuánto os debo, mi buen amigo! Vos aliviais mi corazon de un peso que le oprimia y ahogaba: vos dulcificais mis desgracias y me las haceis mas llevaderas, pues con vos puedo desahogar mi pecho. Pero decidme dónde está oculto ó qué habeis hecho de él?

—Cuando caisteis desmayada en mis brazos tuve indispensablemente que llamar á vuestras doncellas para que os socorrieran: le pregunté en seguida si queria quedar aqui oculto ó en mi casa; prefirió esta, y con grave riesgo de los dos le pasé por medio de las tropas y el pueblo, ya reunidos; llegamos y le tuve en mi cuarto hasta poco antes de amanecer, que estando ya todo tranquilo, le sacó Bertran y le dejó libre y salvo fuera de la ciudad, y con uno de mis mejores caballos.

—Gracias! gracias, Escobedo! con qué os podré pagar tantos beneficios?....

—Con que olvideis la parte que en algun tiempo tuve para traeros á la desgracia, y con el olvido de esta misma.

—Vos habeis tenido parte pero no culpa, pues erais mandado por quien debiais obedecer. La culpa está en mi destino, en mí misma, que no supe hacerme superior á una pasion criminal; que no pude contener mi corazon

y decirle: no ames á quien no debes, no te deshonres, muere primero. En esto está la culpa, en esto la falta. Asi, pues, ninguna ofensa tengo que olvidaros; pero mi desgracia actual quereis que olvide? Ah! eso es imposible! Mi memoria no puede alejar de sí las desventuras que con mi amor he causado: muerta mi pobre Ines, muerto mi padre y sus fieles servidores, errante y perseguido mi hermano, qué consuelo me resta?.... El amor de un rey tierno y cariñoso hoy y que me olvidará quizá mañana mismo por otra? Ay, Escobedo, con esta incertidumbre para el porvenir puedo olvidar las desgracias pasadas y presentes?

—Vos, señora, exagerais demasiado los males y buscais con avidez probabilidades para creer sean mayores.

—Que los exagero decís? pues qué, aumento algo que no haya sucedido? Me negareis la inconstancia natural de don Enrique? el gran número de queridas que ha tenido no es bastante prueba? Y entre tantas dudais, Escobedo, que haya habido alguna que le hubiese entregado su corazon tan de veras como yo?

—Pero ninguna tan pura, tan inocente y tan hermosa como vos, doña Blanca; ninguna tan capaz de hacer la completa dicha. Qué hombre, por grande y poderoso que sea, no se considerará toda su vida venturoso á vuestro lado? Rodeado con vos de delicias y de encantos, qué puede desear ni apetecer mas en este mundo de frivolidades y mentiras? En dónde hallará mas felicidad que en los brazos de la muger mas hermosa y encantadora del mundo?

—Pero esa hermosura que vos encareceis demasiado, cederá como todo cede al tiempo; quedará solo un recuerdo de ella, y ese recuerdo no tendrá poder alguno,

no fascinará, no retendrá á un amante voluble y que encuentra solo sus goces en la variedad; que cual ligera mariposa vuela de flor en flor sin fijarse mucho tiempo en ninguna, olvidando enteramente las que yacen hoy marchitas, y que fragantes y aromáticas ayer hicieron su recreo y su delicia.

—Y aun siendo cierto eso, vuestros sacrificios, vuestras virtudes pueden quedar olvidadas?

—Sacrificios! pues cuáles he hecho yo?.... Si he sacrificado el honor, la reputacion y la tranquilidad de mi familia, por qué ha sido? por mi amor, por mi placer, por mi gusto: si me entregué en los brazos de don Enrique, fue porque le amaba, porque le adoraba con todo mi corazon. Esto, Escobedo, ni es sacrificio, ni se le debe llamar asi; y en cuanto á virtudes, quién creerá encontrarlas en la manceba del rey?....

—Todo el que os conozca, todo el que os haya hablado una sola vez.

—Y lo creeis porque ahora lo dicen? Ay, Escobedo, no me hagais tan poco entendida. Esos que mas me adulan y agasajan serán los primeros, como os dije ayer, á escarnecerme é insultarme: dejad esas ilusiones, y si las teneis no creais que con manifestármelas me podeis consolar.

—Pues si estais, señora, en esa creencia, por qué no poneis el remedio antes que se verifiquen vuestros pronósticos?

—Varias veces he pensado en ello, y casi he estado en ocasiones determinada á verificarlo; pero veia despues á don Enrique tierno, amoroso y complaciente, y todos mis planes se deshacian con sus caricias y rendimientos: entonces ya no pensaba mas que en el amor y olvidaba

mi posicion, mi deber y mi honra: la vida religiosa que poco antes miraba como mi tabla de salvacion, me espantaba ya, y solo goces mundanos deseaba mi corazon.

—Pero qué! el remedio que pretendiais poner á vuestra desgracia era la vida religiosa tal vez en un convento?

—Y qué otro tenia ni tengo ya?

—Tristemente pensais, doña Blanca: que no teneis otro decis? Pues qué, porque el rey sea frívolo é inconstante, todos los amantes lo son? Cien caballeros hay que suspiran en secreto por vos, y que despreciarian un reino por vuestro amor. Y así quereis privar al mundo de su mejor ornato, y pudiendo hacer la ventura de otro y la vuestra propia, siendo amada y respetada por un constante y fiel corazon, quereis encerraros en un convento?

—Y sospechais, Escobedo, que porque me haya entregado al rey por amor, me entregaria á otro cualquiera?

—No me habeis comprendido, doña Blanca; el amor que os he dicho es amor lícito y santo; el amor que corresponde á vuestras virtudes, y en el que podeis hallar á la par el honor y la felicidad duradera por la vida: es el amor conyugal.

—Un matrimonio!

—Un matrimonio, sí señora, en el que pudierais gozar sin sobresalto ni temores las caricias de un tierno y enamorado esposo; que fuese su solo anhelo, su sola ocupacion haceros tan dichosa como mereceis: un matrimonio que hiciese olvidar todo lo pasado y os reconciliase con vuestro hermano, á quien podriais consolar y proteger en su desgracia y apartar de una muerte prematura que

tal vez le espera: un matrimonio, en fin, manantial de continuos y no interrumpidos goces de ventura.

—Y creeis, Escobedo, que deshonrada con un amor criminal, vendria á mí ningun noble á ofrecerme su mano?

—Lo dudais, señora?

—Aun mas: no solo lo dudo, sino que de ningun modo lo creo.

—Pues creedlo, Blanca encantadora; á vuestras plantas teneis un noble caballero que ansía con todo su corazon esa felicidad; que os ama; que os idolatra con el mayor delirio desde el momento que os conoció, delirio que se ha aumentado cada vez mas con el convencimiento de vuestras virtudes; que desea enlazarse á vos para complaceros, serviros y esmerarse en vuestra dicha; que os ofrece su mano, que aun juzga indigna de unirse á la vuestra. Hablad, Blanca hermosa; decid que la aceptais y que admitís por esposo á un hombre que os adorará mientras viva con todo su corazon.

—Alzad, alzad, Escobedo, ved.....

—Nada veo, nada miro: asi esperaré mientras no pronuncies mi sentencia de vida ó muerte.

Mujica
ANSELMO M.

—De muerte será, yo te lo juro, dijo entrando el rey con Beltran de la Cueva. Asi has osado, hombre vil y bajo, robar la dama á tu rey? No castigo yo mismo aqui tu villanía, por no mancharme en tu sangre miserable. Alza del suelo, villano, y entrega esa espada á Beltran: síguele adonde te conduzca, y allí aguarda la esposa que te destino.

Salió Escobedo con Beltran de la Cueva sin hablar palabra, aterrado completamente con la inesperada aparicion del rey. Quedó este frente á doña Blanca, que no estaba menos desconcertada que Escobedo, mirándola cara á cara.

—Muy bien, doña Blanca, muy bien, la dijo por fin.

—Señor.....

—Con que las personas que mas queria, en las que tenia mas confianza y á las que mayores bienes habia hecho, eran las que me vendian mas traidora y villanamente?

—Señor, ved.....

Silencio: todo lo he oido desde que entró Escobedo; he oido la fuga de vuestro hermano, vuestro agradecimiento á tamaño servicio, á un servicio que puede costar caro á la patria y al rey; pero eso no importa: la patria no es nada, y el rey menos aun: frívolo, inconsecuente, solo merece el desprecio y el abandono; cualquier caballero de su córte vale mas que él, no es verdad, señora?

—D. Enrique.....

—Rey de Castilla, y que lo sabrá ser para castigar á los traidores. Mañana, frente á vuestras ventanas, caerá la cabeza de Escobedo; y vos lo habeis de presenciar.

—Piedad, señor, piedad!

—Silencio, doña Blanca: quereis interceder tal vez por vuestro buen servidor?.... quereis que le perdone por ser el salvador de vuestro hermano, que ha intentado asesinarme, y para cuyo delito vos misma, si me amarais, debiais pedir castigo? Pero vos, como todas, me habeis vendido, me habeis engañado: oiais con placer, con entusiasmo los consuelos de otro amante que os ofrecia su mano, digna ciertamente de vos, pues sois iguales en cuna y en sentimientos bajos y traidores.

—Basta, D. Enrique.

—Silencio os he dicho!

—Pues clavad esa daga en mi corazon, y dadme el silencio de la muerte; pero mientras viva no callaré á acusaciones falsas é injustas. Si procuré salvar á mi hermano, la naturaleza y la sangre obró, no miras de ninguna especie, ni traicion á mi patria ni á mi rey: si he lamentado mi suerte, es porque me veo sola en el mundo, sin mas apoyo que el vuestro, que el de un rey, que como estais manifestando ahora mismo, desconoce los sentimientos poderosos de la naturaleza, los mas sagrados y respetables de cuantos existen. Si he dado oidos á los consuelos de Escobedo, ha sido creyéndole un amigo, no un amante como sabeis, si habeis escuchado toda la conversacion. Jamás he pensado en mas amores que en los vuestros, ni antes ni despues de conoceros; vos habeis sido mi primer amante, y vos sereis el último. Dios solo será dueño de mi corazon y el amante que elijo desde ahora: asi, pues, espero vuestra licencia para marchar inmediatamente á un convento, y acabar en él mi triste vida.

—Sí, ireis á un convento; pero como reclusa á espiar vuestras faltas. Y volviéndola la espalda se fue por la puerta secreta.

A espiar mis faltas!!! á estar en un convento mas despreciada aun que aqui!!! Ir por penitencia forzosa, cuando yo lo deseo por mi tranquilidad y sosiego!... Hombre tirano y cruel! bien presentia mi corazon su desgracia! Pero no, no lo lograrás: me has deshonrado en el mundo; pero no me harás entrar como forzada en el claustro: antes morir que tener ese borron mas!

—Señora, dijo entrando una doncella, D. Iñigo Saavedra pide licencia para hablaros.

—Que pase.

—Doña Blanca! dijo entrando pálido y conturbado.

—Iñigo, qué hay?

—Sabeis que he visto conducir á Escobedo á una prision?

—De la que saldrá mañana, contestó doña Blanca, para morir en un cadalso.

—Qué decís?

—La verdad.

—Y vos lo consentís?

—Yo debo presenciar su muerte, y despues ir por penitencia á un convento para espiar mis faltas.

—Doña Blanca!

—La locura de Escobedo nos ha perdido: ha tenido el atrevimiento, que jamás hubiera esperado, de declararme su amor, y el rey estaba escuchando.

—Cielos! con que está perdido?

—Sin remedio; y me ha envuelto á mí en su ruina.

—Pero nada podeis hacer por él?

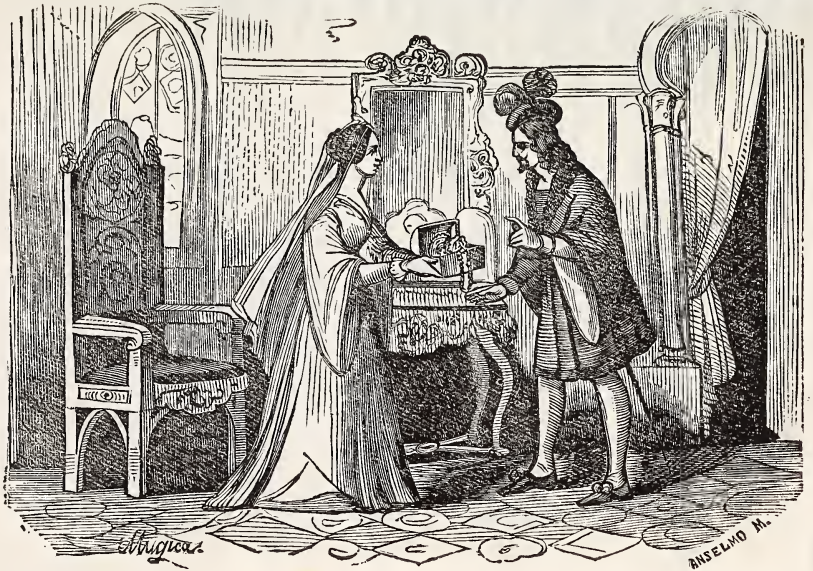
—No puedo para mí, que voy á ser completamente humillada yendo reclusa á un convento, y quereis que le remedie á él? Lo haria, bien lo sabe Dios, si pudiera, por pagarle la vida que salvó á mi hermano; pero es

imposible! Vos sí que me podeis salvar, Iñigo!

—Disponed de mí.

—Quiero huir y espero me proporcioneis los medios y un hombre honrado y fiel que me acompañe hasta donde yo le necesite.

—Esperad hasta la noche, en la que pienso hacer algo por Escobedo, y si consigo libertarle lo podemos hacer juntos.


Aragon
ANSELMO M.

—Jamás: no puedo asociarme ni un momento á un hombre cuyas intenciones conozco. Tomad, llevaros este oro y estas alhajas y empleadlo para salvarle de la afrentosa muerte que le espera; pero que nunca se atreva á presentarse á mí. Quereis proporcionarme un guia de confianza?

—Dos tengo que son capaces de salvaros por medio de un ejército.

—Y quién son? conozco á alguno?

—Bertran y Farfan; pero el primero me es necesario para salvar á Escobedo.

—Bien, me acomoda el otro; sé que bien pagado es fiel, ademas que en cualquier caso una daga que atraviese mi pecho me libra de toda clase de traiciones.

—Con que no aceptais nuestra compañía?

—No, Iñigo, aunque os doy mil gracias y agradezco vuestro buen deseo y vuestra amistad, que no olvidaré jamás.

Acordaron en seguida á qué hora habia de mandar á Farfan el de la cara cortada, y las precauciones que se habian de tomar, y se retiró Iñigo á su casa á recoger todo el dinero y alhajas, que puso en salvo ayudado por Bertran, que ya sabia tambien la desgracia de su señor.

CAPITULO XVII.

Villano!.. infame!.. traidor..
Osas poner el pie aqui?
Vienes á gozarte, dí,
En mi pena y mi dolor?
Huye, hombre de Satanás!
Tus palabras me han perdido!..
Huye, hombre maldecido!..
O á mis manos morirás.

(Inédito.)

UÉ hacemos ahora, Bertran? dijo Iñigo despues de tener puesto en seguro lo de mas valor.

—Ahora debemos tratar de conservar el individuo para librar de la muerte á nuestro señor.

—Y de qué manera?

—Eso vos lo dispondreis como mas entendido; yo no sé

mas sino que debemos salvarle ó perecer con él: á él debemos nuestra suerte y nuestro bien; no ha economizado su oro para nosotros y no debemos economizar nuestra sangre para pagar sus beneficios. Si hubiéramos estado en su peligro, él nos hubiera sacado de él; debemos, pues, abandonarle asi?

—No, Bertran: mis pensamientos son los tuyos, y no esperaba yo otra cosa de tí; pero el modo es el que no encuentro. Tú que tienes recursos para todo, no hallarás alguno en este caso?

—Yo los encuentro, pero no con tanta facilidad; necesito calcularlos un poco, y no siempre salen bien. La cuestion de hoy es de vida ó muerte; se pelea contra un rey que tiene buenas lanzas, y es necesario amasarlo en regla, pues si no saliéramos con nuestro intento, moriria irremisiblemente nuestro amo, y quizá nosotros tambien.

—Pero el tiempo vuela y no podemos gastarle en pláticas: tú qué piensas se debe hacer?

—Lo primero tratar de ganar tiempo y ver de hablar al rey: esto no empeora la situacion y la puede mejorar.

—Tienes razon. Escobedo era verdaderamente querido de algunos de la corte, y en particular de don Lope Barrientos, obispo de Cuenca: voy á hablarle para que se interese con el rey.

—Es paso muy bien dado y tambien debiais tratar de ver al preso, pues pudiera daros algunas aclaraciones que sirviesen para su provecho.

—Bien, de todo eso yo me encargo: y tú qué vas á hacer en el ínterin?

—Vos vais á arreglar la paz y yo la guerra, por si aquella no se consiguiese. Tengo en mi compañia unos

doce á quince hombres que siempre estan dispuestos á morir por una buena paga, y mas si me ven á su frente: son capaces ellos solos de asaltar el alcazar, sin cuidarse de lo que puede suceder: con estos cuento para intentar lo que convenga, si no hay esperanzas de librar al preso de otro modo.

—Pero qué quieres intentar?

—Ya os he dicho que soy tardo en mis planes: ninguno tengo formado; pero al oscurecer nos veremos en el pórtico de la iglesia mayor, por estar cerca de sagrado, y os diré lo que haya arreglado en mi magin.

Se separaron, é Iñigo fue directamente á casa del obispo. Le encontró en su gabinete, adonde fue introducido en cuanto dijo quién era. Le recibió Barrientos con tal amabilidad y cortesia, que Iñigo se persuadió que ignoraba lo ocurrido á Escobedo, y en esta inteligencia le dijo:

—No ha llegado á vos, señor don Lope, la noticia de la desgracia de Escobedo?

—Sí, ha llegado y ha afectado estraordinariamente mi corazon. Estaba precisamente en la escalera de palacio cuando le entregó el conde de Ledesma á los soldados.

—Y sabeis el motivo?

—Tambien le sé, pues el conde, aunque en calidad de confianza y sigilo, se lo ha dicho á todos los cortesanos.

—Y creeis lo que dice?

—Parte sí y parte no. Creo que tratase de enamorar á doña Blanca; pero que sea traidor no, y lo juzgo una impostura.

—Y lo es efectivamente, don Lope: es una calumnia que le han levantado sus enemigos envidiosos de su poder para perderle; pero vos que le conoceis, que sabeis su

amor á la patria y fidelidad al rey; vos que sois su amigo, consentireis que le quiten la vida en un cadalso? no interpondreis vuestra influencia y favor para apartar de su cabeza la muerte afrentosa que por una impostura le amenaza?

—Bien sabe Dios con cuánto placer lo haria; pero seria infructuoso cuanto intentara.

—Con que tambien vos, don Lope, abandonais á un desgraciado que era vuestro amigo verdadero? que siempre habeis hallado dispuesto á serviros y complaceros, y que sabeis no se ha valido del favor del rey sino para hacer bien?

—Y qué, quereis que yo solo pueda contra el hombre poderoso que le ha perdido y que es en el dia el verdadero rey, caido Escobedo y doña Blanca?

—Quién?

—D. Beltran de la Cueva.

—El conde!

—Pues quién otro creeis que fuera? Yo nada sé de positivo; pero á vos, don Iñigo, puedo hablar con franqueza. La alegria que he notado en el conde, el haberle preso él mismo, el estar él solo enterado del delito de Escobedo y el publicarlo rateramente, todo me ha hecho creer y persuadir que es el autor de la desgracia de nuestro amigo; desgracia ya segura, pues la Cueva no da nunca el golpe en vago.

—Cielo, qué decis?

—Lo que yo creo, que puede ser poco seguro quizá.

—Ah! no! no! Lo es demasiado por su mal, y..... sí... ahora que recuerdo circunstancias, no lo puedo dudar. Resentido Escobedo de los desprecios de los grandes y particularmente de Carrillo y de la Cueva en el tiempo

que estuvo en desgracia del rey, se vengó en ajarlos siempre que pudo: poco cauto y sin hacer caso de mi consejo, se vengó bien en algunas ocasiones; y el conde nunca perdona esto. Si luego se unió á él, fue porque le hacia falta para derribar al arzobispo Carrillo; lo consiguió, y ahora se deshace de su rival en poder. Infeliz Escobedo!

—Aun os queda un medio de poderle salvar.

—Cuál? decid, decid pronto, don Lope!

—Todo se vence con el oro: vos debeis tenerle abundante, y sino disponed del último ducado que yo tenga, pues deseo, os lo aseguro, ver libre al bueno, aunque loco é imprudente Escobedo: id á la cárcel y ofreced cuanto quiera el conserge para que le deje libre: es pobre y mal atendido, le asegurais la subsistencia en otra parte, y accederá.

—Ah! señor don Lope, si hubiera estado en la cárcel pública ya lo habria hecho; pero está en el fuerte á cargo del alcaide Pedro Arias, que sabeis es incorruptible.

—Entonces no hay remedio ninguno.

—Con que ha de morir abandonado de todos?.... Y nada hareis vos con poder é influencia? Estoy seguro que Escobedo en nada hubiera reparado por salvaros de un peligro.

—Sabiendo que me habia de salvar; pero qué hubiera hecho estando seguro de que le era imposible evitarme el mal?

—Intentarlo al menos, y dejar tranquila su conciencia, pues habia hecho lo que en él estaba.

—Pues bien, yo solo puedo hacer una cosa y la haré si quereis. Pedro Arias es mi amigo, y me dejará ver al preso si no tiene órdenes muy terminantes: iremos, le

hablaremos, y nos dirá la verdad de lo que haya pasado; llevaremos todo lo necesario para que escriba al rey una carta que yo mismo le entregaré y trataré de apoyar. Si las órdenes que tenga el alcaide no le permiten dejarnos entrar en la prision, yo le venceré á que diga que Escobedo me pide como confesor, y de cualquier modo lograré verle.

—Ah! buen don Lope! Ya sabia yo que mi súplica no seria desoida por vos. Cuánto os deberemos si.....

—Nada, nada; marchad delante y esperadme cerca de la fortaleza para entrar juntos, que al momento voy.

Salió Iñigo algo mas consolado y se dirigió á la triste morada de Escobedo. Permaneció un corto rato paseándose por el frente y reparando una por una todas las ventanas por si veia al preso en alguna; pero nada manifestó su estancia en las prisiones á que aquellas correspondian. Llegó don Lope, y juntos tomaron el camino de la habitacion del alcaide, que les salió á recibir con el mayor respeto y consideracion, en cuanto supo quiénes eran.

Despues de las ceremonias y cumplimientos de costumbre, el obispo dijo al alcaide el objeto de su visita.

—No sé si os lo deba conceder, contestó Arias.

—Pues qué, teneis órden de no dejar ver al preso, y que sus amigos no le puedan consolar en su cuita? dijo don Lope. Ya sabeis que Escobedo os apreciaba particularmente: me parece estais obligado á hacer por él este favor.

—Lo sé, y creed que soy su amigo de veras, y uno de los que mas sienten su desgracia, á tal estremo, que no me he hallado con fuerzas aun para visitarle; pero

me han encargado muy especialmente su custodia, respondiendo de él con mi cabeza.

—Y creeis que nosotros os la pondremos en peligro? El no dejárnosle ver indica demasiado rigor, y poca confianza en nosotros.

—Qué decís, señor D. Lope? yo que.....

—Pues es claro; vos respondeis de él, y estando seguro de que no se puede evadir y que le tendreis siempre que os lo reclamen, podeis darle los consuelos de la amistad. Si no lo haceis es por temor sin duda de que os le vengamos á arrebatar.

—Ojalá no estuviera confiado á mí por el rey, que es á quien tengo ante todo que servir y obedecer, y pudierais de otra parte arrebatarle y salvarle! Venid, señores, y conciliaré mi deber con mi amistad.

Subieron un tramo de escalera y les dirigió por un largo y estrecho pasillo, sin mas luz que la escasa que entraba por unas pequeñas troneras abiertas en el techo y defendidas por dobles rejas de hierro. Como al medio del pasillo habia un centinela delante de una reja grande que le dividia en dos: la abrió, volviéndola á cerrar, y continuaron el pasillo, al fin del cual habia otro centinela que guardaba la puerta de la prision de Escobedo. Entraron en ella y le encontraron en el estado mas lamentable que es posible imaginar: cárdeno, desencajado, hundidos los ojos y lanzando alternativamente miradas de abatimiento y desesperacion, demostraba su rostro que en pocas horas habia padecido por años de tormentos. Su descompuesta cabellera y su rotos vestidos indicaban tambien que habia saciado su furor consigo mismo. Al oir el ruido de los que entraban se levantó de un escaño en que estaba sentado, y con miradas en las

que estaba pintado el colmo de la desesperacion, se arrojó hácia ellos esclamando:

—No, no me matareis tan fácilmente; aun tengo fuerzas para ahogaros, para despedazaros entre mis brazos; venid, acercaos!.. y agitaba sus convulsos y cerrados puños con una rapidez estraordinaria.

—Templad vuestro ardor, Escobedo, que somos amigos que venimos á consolaros, dijo el obispo.

—A consolarme; pero no á salvarme?

—Puede que tambien sea; pero es necesario para conseguirlo que os sereneis.

—Tú aqui, infame, intrigante y vil! dijo Escobedo reparando en Iñigo. Tú, consegero de crímenes y perdicion, tienes atrevimiento para venir á gozarte en tu obra? Tú, tus consejos perversos como tu alma, me han conducido á este estado. Maldito seas! huye de aqui ó te despedazo el pecho para arrancarte el corazon. Y se dirigia furioso y frenético hácia él.

MIRANDA
ANSELMO M.

El obispo interponiéndose trató de calmar la desesperacion de Escobedo, refiriéndole los pasos y súplicas de Iñigo en su favor, y diciendo que los consejos que le hubiera dado los habria creido justos, debidos y encaminados al bien; pero que la suerte habia determinado otra cosa. Medió tambien Arias, con lo que se serenó algun tanto.

Luego que se retiró el alcaide, D. Lope preguntó al preso lo que habia pasado y originado su desgracia; le suplicó que hablase con toda franqueza, pues podia convenirle mucho á él mismo; y asi lo hizo Escobedo, refiriéndole lo que ya sabemos.

Cuando salí por la puerta secreta conducido por la Cueva, continuó el preso, volví de mi estupor y conocí mi posicion y mi peligro; traté de evitarle, pero peleaba con otro que sabe demasiado. Recordé que él era el encargado por el rey de conducirme, y creí que lo haria solo, pudiendo yo entonces ganar mi casa, montar á caballo, y escoltado por mi compañia salir salvo de Segovia: con esta intencion le dije al bajar la escalera del alcazar:

—El caer es propio del que está alto, y el levantarse del que está bajo; hoy me sucede lo primero y mañana me podrá suceder lo segundo: espero por lo tanto de vuestra amistad que me conduzcais adonde os haya prevenido don Enrique; pero que vayamos hasta alli juntos y solos como paseando sin llamar la atencion. Concluimos de bajar la escalera antes de que me contestase, y al llegar al cuerpo de guardia me dijo, ya en medio de los soldados: «Siento como el que mas vuestra desgracia, Escobedo, y haré cuanto pueda por remediarla; mas al presente tengo que cumplir con las órdenes del rey.» Me

entregó á la guardia para que me condujesen aqui: habló despues en secreto con el comandante de la fuerza que me escoltaba, y se volvió sin despedirse ni mirarme siquiera.

—Él es el que os ha perdido, dijo don Lope.

—Pero de qué manera?

—Eso no lo sé, mas no dudo ya ni un momento que él es el principal autor de vuestra ruina; pero dejemos eso, el tiempo es precioso y lo debemos aprovechar. Vais á escribir una carta al rey en los términos mas tiernos y sentidos, pidiéndole perdon de vuestras ofensas y que conmute la pena que os impuso en un momento de furor por otra mas dulce, y yo mismo le entregaré vuestro escrito.

—Haré cuanto vos me digais, don Lope, pues conozco que sois mi único y verdadero amigo.

—Pues á ello, aqui traigo todo lo necesario, y si quereis yo os dictaré.

—Sí, me hareis un gran favor, pues no tengo la cabeza para nada.

Escribió una tierna y humilde carta que le dictó el obispo, y despues de cerrada se la entregó á este diciéndole:

—Nada os encargo: mi vida está en vuestras manos.

—Ojalá! segura la tendreis entonces. Ahora aunque con sentimiento es preciso que me retire, porque debo ver cuanto antes al rey. Adios, Escobedo, tened confianza en el Supremo Hacedor, que es el rey de los reyes.

—Adios, don Lope, qué haria yo en ningun tiempo capaz de satisfacer vuestros favores?

—Ninguna paga merece el que cumple con su deber: yo no hago otra cosa que cumplir con mi mision de paz

y concordia, y mi obligacion como buen amigo. Adios.

—Señor!.... dijo Iñigo á Escobedo, sin atreverse á seguir.

—Adios, Iñigo; he estado desmedido contigo, pero el furor y la desgracia hacen decir disparates: toma mi mano y todo se acabó. No dejes de venirme á ver.

—Lo haré en el momento que sepa la contestacion del rey. Viendo que ya salia Barrientos, continuó mas bajo: tomad esta daga que por lo fuerte puede servir de palanqueta y secundad nuestros esfuerzos esta noche, si tuvieramos que intentar algo por fuerza. Y salió á unirse con el obispo y Arias que se habian quedado aguardando en el pasillo durante la conversacion con Escobedo. Se despidió tambien de este el alcaide diciéndole que llamase por conducto del centinela cuando se le ofreciese alguna cosa.

CAPÍTULO XVIII.

Mira, y su pupila indómita
La oscuridad atraviesa,
Que la lumbre que despide
Vence las negras tinieblas;
E inmóvil en la alta cima
El pobre proscripto vela.
Vela,
Posada el arma en la tierra.

(Garcia de Torres. El conde de Santa Coloma.)

EMPEZABA ya á oscurecer: las campanas de Segovia tocaban á la oracion y Bertran se paseaba meditabundo por el pórtico de la iglesia designada á Iñigo. Este no parecia y como las circunstancias no eran nada favorables á los servidores de Escobedo, se impacientaba ya; se pa-

raba, miraba á lo que podia alcanzar su vista, y á nadie veia que se pareciese al que esperaba: volvia á su paseo y á su meditacion, se paraba de nuevo, observaba; pero nada!..... lo mismo que antes; daba una fuerte patada en el suelo, requeria sus armas, probaba si su larga y formidable espada salia de la baina con facilidad, ponia mas hácia adelante la empuñadura de su daga y principiaba de nuevo su paseo mas precipitado é impaciente. Cerca de una hora seria pasada y ya la noche con su negro manto habia envuelto en densas tinieblas cuanto le rodeaba, cuando su oido perspicaz le hizo percibir los pasos de una persona que presurosa se acercaba.

—Quién va? gritó Bertran.

—Amigo, contestó una voz conocida.

—Solo? añadió el primero.

—Solo; pero con una legion de demonios en el pecho, dijo Iñigo llegando.

—Qué hay?

—Nada.

—Pues qué diáblos habeis hecho en todo el dia? No visteis el obispo?

—Sí; pero nada se ha conseguido.

—No os quiso servir?

—Sí quiso, y fuimos á ver á Escobedo que escribió una carta al rey para que don Lope la presentase; pero al ir á hacerlo entró tambien Beltran de la Cueva, que ha creado hoy el rey duque de Alburquerque y que no se separó un momento de don Enrique: estuvo esperando largo rato, y viendo que no se marchaba se decidió á dársela al rey delante de él; mas apenas vió de quién era, la rompió y arrojó sin leerla, diciendo á Barrientos que no tuviera que volver con semejantes mensajes, pues

le desterraria para siempre de su presencia; con lo que acobardado y asustado se fue mas muerto que vivo temiendo el desagrado del rey; y en su casa, en donde yo le esperaba, me lo refirió trémulo aun, suplicándome que por favor no volviera á verle, pues ya veia cómo se habia comprometido por servirme y librar á Escobedo.

—Con que hay que apelar á recursos violentos?

—Por fuerza: ya se oye el crugir de las maderas y el golpear de los martillos que no dejan dudar se prepara el cadalso.

—Morirá, puede ser; pero voto al diablo! que han de ir muchos delante.

—Esplícate, Bertran, que ahora te toca á tí. Qué tienes determinado para salvar á Escobedo?

—Lo mejor, y lo mas bien dicho, lo único que ofrece algo de probabilidad. Yo conozco todas las prisiones de la fortaleza, por haber estado muchas veces en ella de guarnicion; sé la construccion de las puertas por haberlas registrado muy despacio y haber probado á abrir algunas, sabiendo por lo tanto adonde se ha de apalancar con ventaja para ganarlas en poco tiempo. A la media noche reuniremos nuestra gente, que tengo avisada; vos y ellos quedareis aunque diseminados cerca de la fortaleza; yo entraré solo, emborracharé á la guardia, os unireis á mí, y lo demas ya sabeis poco mas ó menos cómo se hace.

—Y si los de la guardia no quieren beber ó beben poco?

—Lo que es de que beban yo respondo, y en cuanto á la cantidad nada significa si vos me proporcionais uno de esos jaropes que teneis compuestos por Samuel, que hacen dormir al instante. Y decidme, puesto que habeis entrado...

—Qué prision ocupa nuestro amo?

—Una que hay al fin de un largo pasillo dividido con una reja.

—Diablo, qué lejos le han puesto! Y tiene centinela en la reja?

—Sí, y otra en la puerta de la prision.

—Ese perro de Arias sabe demasiado su obligacion y nada descuida; pero no importa: mas pesado es; pero se conseguirá el fin, pues la llave de la reja queda en estos casos en poder del comandante de la guardia para hacer el relevo, y yo se la quitaré: ganamos por otra parte la puerta de aquella prision que es la menos sólida, pues descansan en la cordura del pasillo.

—Y los centinelas?

—Esos harán la última esta noche.

—Pero hombre, me parece muy imprudente y arriesgado tu plan.

—Y teneis vos otro, don Iñigo?

—No.

—Pues entonces es el mas prudente y acertado. Id á traerme la bebida esa para adormecer, y si no teneis bastante dinero con vos traer mas para pagar á los muchachos y que vean queda mucho aun para despues premiarlos; que vean una buena bolsa para que aspiren á poseerla con mas teson: la vista del oro alegra é inflama el corazon. Venidme á encontrar en la taberna de Mariquita, que ya sabeis no está lejos del fuerte.

—Con que hasta luego, que por aqui no debemos detenernos mucho.

—Las once de la noche serian ya cuando se acabaron de reunir en la acordada taberna los servidores de Es-

cobedo. Doce hombres fuertes, bien armados y decididos habia escogido Bertran, con los que contaba para salvar á su señor: habia ademas otros cuatro á quienes dió otro destino y era el de espiar si se acercaba alguna patrulla para que moviendo un ruido de cuchilladas y voces hácia otro punto alejarla del fuerte y estar asi mas tranquilos y obrar con mas confianza. Dispuso Bertran que todos, por de pronto, quedarian fuera; pero próximos á la fortaleza, y que acudieran en cuanto viesen una luz en la ventana del cuerpo de guardia que era señal de estar dormidos los soldados y que él salia á llamar la atencion del centinela de la puerta principal. Dada esta instruccion y algunas otras que le parecieron necesarias para obrar con cálculo preciso, salió solo y se dirigió al fuerte.

—Quién vive? le preguntó al acercarse el centinela de la puerta.

—Compañero, contestó Bertran, y siguió hácia él con soltura y desembarazo.

—Hola Perucho! buenas noches! dijo al centinela.

—Muy buenas, Bertran; qué traes á estas horas por aqui?

—He estado de broma con unos amigos hasta ahora, y como mañana al ser de dia salgo de Segovia, vengo á pasar este tiempo con los antiguos compañeros y á despedirme de ellos; con que hasta luego, Perucho, que voy á dar broma á esta gente, y pasó adelante. Llegó al cuerpo de guardia, en el que habia diez hombres jugando á los dados.

—A la paz de Dios, señores, dijo entrando.

—Bertran! tanto bueno por aquí! Siéntate y dinos qué aires te traen con nosotros.

—Los antiguos y buenos compañeros nunca se separan sin despedirse: mañana al ser de dia salgo de Segovia, y venia á ver si queriais algo en que os pueda servir, y tambien voto á tal! á beber de ese vino, dijo apurando un vaso que habia sobre la mesa. No pongas mala cara, Chato, que si me bebo tu vino, tengo un ducado para pagar otro.

—Gracias, Bertran; ya sabes que mi vino y cuanto tengo es tuyo. Y adónde marchas?

—A Madrid con una comision de mi amo.

—De tu amo, pues no está preso?

—Ese es el otro. Mi amo ahora es don Bertran de la Cueva, duque de Alburquerque desde hoy, gracia que le ha concedido el rey en compensacion del maestrazgo de Santiago que le quitan.

—Calle, pues pronto te has colocado.

—Hacia dias que me habian hablado para que me fuese á su servicio, y aunque me hacian buenas proposiciones, por no dejar á don Francisco Escobedo, de quien ninguna queja tenia, no accedí; pero esta mañana me buscaron nuevamente, y como quedé sin amo admití, y cátame ya mandando los hombres de guerra del de Alburquerque.

—El demonio eres, Bertran!

—Y cuidado que tienes suerte, dijo otro.

—Pero la empleo siempre en servir á mis amigos. Si os ocurre algo que yo pueda.....

—Gracias, gracias, Bertran.

—Pero hombres, se ha de decir que nos hemos separado sin brindar por la amistad? No, vive el diablo! venga vino y bebamos, que en acabándose este, traerán otro que yo pago.

—Aun tenemos bastante para un rato, dijo el comandante presentando un gran jarro: despues jugaremos á ver quién paga mas.

—Como querais, pero con la condicion que yo os he de convidar á algo antes de marchar; vamos, venga ese jarro, alegria del corazon, pues yo no he nacido solo para hablar: eso es bueno para los doctores. Al soldado vino, buenas mozas y cuchilladas.

—Viva Bertran.

—Ea, compañeros, alegria! y á desocupar el jarro.

Le tomó y á una media vuelta echó el narcótico y principió él mismo á repartir á vaso lleno.

Al cabo de un rato que siguieron las libaciones entre los dichos y chacotas del cuerpo de guardia, de que hacemos gracia á nuestros lectores, principiaron á verse palpablemente en algunos los efectos de la composicion. Bertran los animaba á beber figurando hacerlo él con el jarro, pues decia que el vaso no le contentaba, y viendo con la mayor alegria irse quedando dormidos profundamente á los soldados y ansiando el momento de verlos á todos en el mismo estado. Llegó por fin, y sacó del bolsillo del comandante la llave de la reja, puso la luz por algunos instantes en la ventana, y salió á entretener al centinela.

—Vaya, adios, Perucho; da espresiones á Gonzalo á quien no he podido ver porque está dentro de centinela, segun me han dicho.

—Sí, está en la reja del pasillo; pero descuida que se las daré.

—Con que quieres algo para Madrid?

—Hola, es á Madrid adonde vas?

—Sí, no te lo habia dicho antes?

—No, solo me dijiste que.....

—Que morirás si hablas una sola palabra, le dijo, poniéndole la daga al pecho, porque vió ya que se acercaban los suyos.

Con una acometida tan brusca quedó Perucho trastornado enteramente, dejándose desarmar sin oponer resistencia alguna. Colocó Bertran en su puesto un centinela de sus soldados y dejó tres hombres mas que le acompañasen y protegieran la salida, y subió con el resto en direccion del pasillo, habiendo tapado la boca y atado fuertemente á Perucho.

Antes de entrar á sitio donde les viese el centinela de la reja, dijo Bertran á sus soldados: Aqui os quedareis otros cuatro y los restantes vendrán cuando yo llame; voy á tratar de no alarmar al centinela del interior antes de vencer á este primero; acudid en el momento que yo diga: Chato! pues es uno de la guardia y nada sospechará aquel oyendo tal nombre. Entró en el pasillo y al acercarse dijo al centinela:

—Gonzalo!

—Hola, quién es?

—Un amigo que desea verte y tiene prisa.

—Bertran?

—El mismo. El Chato me ha dicho que te hallaria aqui y podia despedirme de tí.

—Pues adónde vas?

—A Madrid: quieres algo para allá?

—Nada, que lleves buen viaje, te diviertas y dejes mandado.

—Pues adios.

—Tan pronto?

—Puede bajar el alcaide y hallarte en conversacion.

—Tienes razon, adios.

—Venga esa mano.

—Con mucho gusto.

Le dió Bertran la izquierda y con la derecha le agarró del pescuezo con tal fuerza, que á haberle cojido bien le ahoga en el momento; pero aunque no podia vocear, la misma angustia y tormento que padecia le hizo defenderse con pies y manos.

Chato! esclamó Bertran; y acudieron los suyos en el instante que caia en el suelo luchando con el centinela; pero sin soltar el cuello.

—No le mateis, no es necesario; tapadle la boca y atadle bien mientras le sostengo la respiracion. Es un amigo, y valiente. Abrió en seguida la reja y se dirigieron precipitados á sorprender al último que les faltaba.

—Quién vá? dijo este.

—Amigos, contestó Bertran.

—Quién vá? volvió á preguntar.

—Compañero, respondió otra vez Bertran, avivando el paso.

—Alto los amigos y compañeros, dijo preparándose á la defensa, ó digan quién son.

—Ahora lo verás. Y se echaron sobre él Iñigo y Bertran; pero el primero le costó caro su arrojo, pues fue herido en el brazo derecho en disposicion de no poder usar de él. Principió á dar voces el centinela, que retumbaron por todo el pasillo y que acallaron bien pronto las dagas de sus contrarios; mas sin embargo trataron estos de apresurar su obra, pues pudieran haber sido oidas por Arias y demas guarnicion del fuerte. Jugaron tan bien sus estiles, que en pocos momentos desquiciaron la

puerta y salió Escobedo, que se arrojó á los brazos de Bertran.

—Fuera agradecimientos que aun no hemos salido, dijo el valiente soldado; y dijo bien, pues al llegar á la reja oyeron el choque de armas y la voz de Arias que gritaba: *á las armas! traicion! favor al rey! A ellos* gritaron tambien Escobedo y Bertran, y se arrojaron á los soldados de Arias.

Solo dos hombres podian pelear de frente; pero cuatro estaban ya en el suelo de los del rey antes que los de Escobedo hubieran recibido lesion alguna. Cada cuchillada de Bertran dejaba muerto ó imposibilitado á alguno, y Escobedo se portaba tan bien como hombre manejando la espada de su mutilado secretario. Iban venciendo el pasillo que los soldados de Arias perdian cada vez mas cediéndole á la formidable espada de la de Escobedo, á quien habian conocido ya, y muchos sabiendo su valor y denuedo se pusieron en precipitada fuga y se encerraron en las habitaciones altas; pero como los cobardes tienen por lo regular, á manera de mugeres, la lengua suelta y espedita, comenzaron á dar voces pidiendo socorro y favor al rey. Vencian ya el pasillo los de Escobedo sin haber perdido ni un solo hombre; tocaban ya los escalones que habia para bajar al cuerpo de guardia, cuando Arias, viendo que ni con voces ni amenazas podia detener á sus soldados que le abandonaban enteramente, tomó la heróica resolucion de hacer frente él solo á los enemigos. Embiste denodado á Bertran, que siempre estaba el primero, y logra la no pequeña ventaja de suspender su marcha y hacerle en la primera acometida retroceder; pero furioso el soldado, le embiste y asesta una tremenda cuchillada que

evitó con maestría Arias, logrando al mismo tiempo herir en el pecho, aunque levemente, á Bertran. Arrebatado este de furor al verse asi detenido y correr su sangre, cierra con Arias y le hiere tambien. Ciegos ya entrambos combatientes solo desean aniquilar á su contrario, y se tiran horribles tajos y mandobles sin cuidado de la defensa y solo de ofender: su sangre corria por veinte heridas; pero sin manifestar aun ninguno de los dos cansancio ni flogedad.

MIRANDA
ANS MO. MARTI

Escobedo tambien habia hallado enemigo con quien entretenerse; pero mas fuerte que él, le tenia mal parado, y le hubiera concluido si uno de sus soldados no se hubiera adelantado para defenderle, que como estaba sano y descansado logró en el momento una ventaja conocida sobre el contrario de Escobedo, haciéndole retroceder y caer en seguida con la cabeza abierta de un tajo.

Los de la puerta, aunque no eran mas que cuatro, trabajaban tan bien con los soldados, que viéndolos pocos y menos acreditados que Bertran, habian confiado en vencerlos. Estaban todos heridos; pero se batian como desesperados, teniendo ya á sus pies doble número de soldados muertos y á una distancia respetuosa á los restantes.

Tambien Bertran llevaba contra Arias en este instante lo mejor de la pelea: aunque valiente este, no tenia una robustez y resistencia á tanta prueba como el primero, y ya cedia el campo aunque defendiéndole á pulgadas. Llegó retrocediendo y sin dejar de batirse al borde de la escalera, y poniendo un pie en falso cayó rodando por ella. Ya estamos libres, esclamó Bertran, y se precipitó el primero con tal ligereza que nadie lo hubiera creido tan herido. No asi Escobedo, que vertia gran cantidad de sangre por una grave herida que tenia en la cabeza, y que apenas se podia sostener ni ayudado por sus soldados. Iñigo tambien padecia atrozmente del brazo, y por no poder tomar parte en la refriega, pues era valiente y se moria de impaciencia por no concluir cuanto antes, pues calculaba podian rehacerse los soldados conociendo su posicion y el corto número de enemigos, y acabar con ellos inmediatamente.

Bajada la escalera, solo les faltaba un corto tránsito para ganar la salida y la puerta; pero ya estaba tomada cuando llegaron á verla por una fuerte patrulla que habia acudido á las voces de alarma de los soldados de las ventanas. El primer movimiento de los de Escobedo fue retroceder; pero visto por Bertran, les dijo: Adónde vais, cobardes? á morir adentro como corderos? por dónde quereis salir si esta es la puerta? A vencerla, voto al infierno! y cada uno marche luego adonde quiera.

Embistió solo á los del refuerzo. Todos le siguieron hasta el débil Escobedo y el manco Iñigo; pero fueron rechazados con pérdida de tres hombres: volvieron á acometer y perdieron otro mas, recibiendo los restantes grandes heridas. Los soldados del fuerte viéndose socorridos y cortados por todas partes á los de Escobedo, bajaban ya la escalera para cojerles por la espalda, lo que advirtió en el instante Bertran. Rechinando los dientes agarra su espada con ambas manos y se arroja en medio de los que guardaban la puerta. Logra descomponerlos y ganar la salida: se precipitan á la abierta brecha sus restantes compañeros y consiguen algunos salir y ponerse en salvo huyendo en las tinieblas con la velocidad del rayo: otros, ó menos diestros ó mas infortunados, caen muertos al pasar entre los soldados. De este número fue el desgraciado Escobedo, que por su gran debilidad no pudo sostener una accion tan rápida y violenta, quedando tendido sin recibir golpe nuevo.

CAPITULO XIX.

Él entonces despertado
Alzó la vista alterado,
Temiendo lo que sería
De la clara vocería
De los suyos asombrado.

(Luis Baraona de Soto. Fábula de Acteon.)

DIFICILMENTE podrá pintarse la espantosa alarma que cundió en Segovia, poniendo en conmocion los ánimos de sus habitantes, al percibir las voces de guerra de los combatientes del fuerte que servia de prision al desgraciado Escobedo, y que se dejaban oir aterradoras en el silencio de la noche. Reciente la conjuracion de los villenistas con-

tra el rey, creyeron generalmente que una reproduccion de aquella con mas combinacion y mas precisos cálculos estallado habia en aquel momento. Pálidos y consternados los vecinos abrian con timidez y precaucion las ventanas de sus casas, para cerciorarse de si sus oidos mentian ó su agitada mente habia formado una idea agena de realidad; pero las voces seguian, se oian desde fuera clara y detenidamente, y convencidos de la certeza del alboroto, creyendo que un fiero peligro les amenazaba ya de cerca, cerraban fuertemente puertas y ventanas, se metian en el rincon mas oculto de su casa, se postraban é imploraban fervientemente el favor del Altísimo para que les librase de los males que consigo trae una guerra civil, y de una muerte que veian llegar á cada instante horrible y espantosa. La aterrada madre apretaba contra su corazon al tierno infante, maldiciendo las violentas y ambiciosas pasiones de la triste y turbulenta época en que le plugo al cielo mandarla á sufrir y padecer sobre la tierra: ocultaba en su seno al adorado hijo haciendo por su salvacion votos y promesas á la madre del divino Criador. La tímida y cándida doncella recorria desatentada y fuera de sí la casa toda, buscando una segura guarida, un recóndito aposento que las escondiese y salvase su vida y honor, formando aun en su confusion y agonia la heróica y noble resolucion de entregar antes la primera que perder el segundo.

Otros para quienes la guerra y los trastornos eran su elemento, su acrecentamiento y su dicha rebosaban de gozo y alegria y presurosos tomaban un arma y salian á la calle calculando la casa que habian de asaltar y el botin que podian recoger. Las tropas y caballeros fieles á su rey tambien empuñaron precipitados sus aceros y

marcharon inmediatamente en direccion al real alcazar á prestar su ayuda al soberano y á derramar, si necesario fuese, su sangre por él. Todo era en Segovia á aquella hora espanto, confusion, lamentos y desorden, nada estraño en unos tiempos en que cundian y se repetian tan frecuentemente las conspiraciones mas terribles y sanguinarias cada vez. Pero quien mas particularmente se sobresaltó fue don Beltran de la Cueva, conde de Ledesma y duque de Alburquerque desde aquel dia, como ya hemos indicado, dignidad que le confirió don Enrique en compensacion del maestrazgo de Santiago que se vió obligado á renunciar, conociendo que si de grado no lo hacia manifestándose desprendido y amante de la paz y tranquilidad de Castilla, por la fuerza se veria privado de él y sin remuneracion alguna. No fue sin embargo sola la villa de Alburquerque con título de duque de la que le hizo donacion el rey, sino que ademas le dió el señorío de Cuellar, Roa, Medina y Atienza, con mas varios juros derechos é impuestos en Andalucia.

Percibir las voces de guerra y saltar despavorido del lecho fue obra del mismo instante. Llama balbuciente á sus domésticos y les pregunta trémulo y azorado el motivo de una tan inesperada ocurrencia; pero ignorándolo ellos como casi todos los habitantes de la ciudad, nada pudieron decirle que tranquilizase sus temerosas dudas y la terrible angustia en que se hallaba. Resuelve por fin armarse y con sus soldados marchar inmediatamente al lado del rey: asi lo hace y llega á la cámara real, teniendo el disgusto de ver que muchos caballeros habian llegado antes que él, y que don Enrique estaba ya tambien armado y pronto á salir en cuanto le trajeran noticia de lo que ocurria, que era lo único que esperaba y

para lo cual habia mandado algunos caballeros á indagar.

Volvieron estos á poco rato y cuando estaban informando al rey de lo acaecido, llegó un subalterno del alcaide Pedro Arias, encargado de dar parte de las ocurrencias del fuerte; pero impaciente el rey sin dejarle concluir le preguntó:

—Pero logró escapar Escobedo?

—No señor, contestó el oficial. Asi lo creimos en el primer momento; pero reconocidos despues los que quedaron tendidos en tierra le hallamos entre ellos.

—Muerto?

—No señor, ni herido de peligro. La gran cantidad de sangre que ha perdido y la violencia del combate, son en juicio del facultativo los causas de haber caido trastornado.

—Y ha vuelto en sí?

—Si señor, pues le fueron aplicados en el momento los remedios necesarios. El que ha muerto ha sido su secretario don Iñigo Saavedra: venció sin daño la fuerza que les cerraba la salida; pero persiguiendo parte de esta á las que huian cayó en sus manos. Le mandaron que se entregara; pero resistiéndose con empeño no tuvieron otro remedio que matarle.

—Bien muerto! Era el hombre mas intrigante y malvado de Castilla. Y á quiénes mas se ha cogido?

—Vivo á ninguno. Muertos han quedado nueve, todos soldados de la compañia de Escobedo.

—Y su capitan?

—No ha sido hallado.

—Qué, no ha estado en la refriega?

—Es el que mas nos ha dado que hacer.

—Infame, si pudiera haberle á las manos!... Está bien, decid al cirujano que cuide al herido y que procure ponerle muy pronto en disposicion de marchar por su pie al cadalso. Si he sido débil y compasivo hasta ahora, de hoy en adelante quiero que sepan que tiene un rey Castilla para castigar á los villanos y traidores que nos ponen en contínua conmocion. Id y manifestadle mis deseos al alcaide Arias, diciéndole al mismo tiempo que estoy satisfecho de su porte en esta noche, y que no olvidaré su lealtad; que redoble la vigilancia mientras esté en su poder Escobedo.

Se retiró el oficial y en seguida el rey con adusto ceño se dirigió al obispo don Lope Barrientos, que tambien habia acudido á palacio, y le dijo:

—Y no teneis nada que oponer á mi determinacion, señor D. Lope? No teneis que darme algun mensage de parte de vuestro amigo el bueno, inocente y leal servidor de su patria y de su rey don Francisco Escobedo?....

Aunque anonadado y confuso el pobre obispo, á una interpelacion semejante contestó turbado y zozobroso.

—Señor, debo pedir perdon á V. A. por la indiscreccion que cometí al presentaros la carta de Escobedo, y por el disgusto que os he originado. Estaba muy ageno de esperar un porte semejante, del que creí incapaz al hombre que entonces movia mi corazon á lástima, y al que juzgo al presente digno del enojo de V. A. y del aborrecimiento de todos los que amen la paz y tranquilidad de Castilla.

—Perdonado estais, don Lope, le dijo el rey mas mitigado su enojo; pero os aconsejo para el porvenir que estudieis mas la índole de vuestros protegidos para no quedar desairado como en esta ocasion. Señores, con-

tinuó, dirigiéndose á los caballeros que le rodeaban, podeis retiraros á descansar, pues ningun peligro nos amenaza por ahora. Os doy las gracias por la puntualidad con que habeis acudido en mi ayuda. Adios, y quedad vos, duque, dijo á don Beltran de la Cueva.

Se retiraron los caballeros, y el rey quedando solo con el de Alburquerque, le habló de esta manera:

—La audaz y temeraria acometida á la fortaleza me manifiesta, Beltran, que Escobedo tiene amigos y parciales valientes y resueltos, y no debemos por lo tanto descuidar ningun medio que esté en nuestra mano para desbaratar los planes que puedan concebir, y dejar airosa mi justicia. Te encargo muy particularmente que hagas por descubrir la guarida de ese maldito Bertran, capaz de todo lo malo, y que le hagas morir en el momento. Tambien pongo á tu cargo y cuidado la guarnicion de Segovia, para que puedas usar de ella segun convenga, y tomar las providencias que sean necesarias en tu entender, para no ser burlados en nuestras esperanzas. Debo advertirte, que don Lope Barrientos, obispo de Cuenca, á pesar de cuanto acaba de decir aqui, me es sospechoso y quiero que no le pierdas de vista.

—No soy, señor, de los que mas se fian de él, y hubiera sido uno de mis primeros cuidados el haber rodeado de espias su habitacion. Lo haré, pues, y yo respondo de que no dé un paso, ni intente cosa alguna sin que al momento no lo sepa V. A.; pero hay otra persona mas temible y á quien se debe asegurar desde luego, pues tiene influencia, amigos poderosos, debe favores á Escobedo y puede frustrar vuestro justo deseo. Yo casi me atreveria á asegurar que la persona á quien me refiero, es la que ha prestado mas ayuda al preso y la que ha comprado á

los hombres que se han batido esta noche para darle la libertad.

—Y quién es ese atrevido que osa jugar con su cabeza? Habla, duque, que ya tardas por Dios en nombrarle.

—Doña Blanca.

—Doña Blanca, dices?.... No lo creo. Blanca no ama á Escobedo, ni está, ni ha estado en inteligencia con él: su conversacion, que he reflexionado con serenidad, me ha convencido de ello.

—La ha visto, la ha hablado V. A? preguntó al rey con impaciencia el duque.

—No, le contestó don Enrique.

—Respiro!.. dijo para sí don Beltran.

—Pero pienso hacerlo, añadió el rey. Detenidamente considerado todo lo ocurrido, y examinado á juicio sereno, el solo culpable es Escobedo, pues se atrevió á aspirar al amor de Blanca, y á robar la dama á su rey y señor. Ella es inocente de tal culpa, y ninguna parte tiene en ella: nosotros mismos hemos oido la primera declaracion de amor, prueba manifiesta y patente de que no la habia hecho antes y de que Blanca ignoraba las intenciones que abrigaba en su pérfido pecho el hombre que creia y juzgaba su puro amigo. Ni aun pequeñas insinuaciones creo que hayan precedido á lo que escuchamos, pues él se las hubiera recordado, se hubiera referido á ellas para hacerla creer la verdad y fecha antigua de su callado y oculto amor. Tus informes, duque, en cuanto á esto fueron poco exactos.

—Yo no dije á V. A. que doña Blanca amase á Escobedo, no la acusé de infiel á vuestro amor: la acusé de culpable por haber favorecido la evasion del que capitaneaba á unos rebeldes y pérfidos vasallos que querian

derribaros del trono, como su grito de guerra *Castilla por don Alfonso*! lo demostró clara y distintamente.

—Eso es cierto; mas el capitan era su hermano.

—Pero atentaba contra vuestra vida, cuando con espada en mano se dirigia hácia vos gritando tambien *Venganza!* Peleaba contra su patria, contra su rey, y contra el amante que ella habia elegido, y que la colmaba á manos llenas de riquezas y opulencia.

—Tambien es cierto, y Blanca moriria si yo pudiera sospechar que habia tenido la mas pequeña parte en la entrada de su hermano en Segovia, y en sus criminales conatos contra mí; pero no lo creo ni un momento. Ella no protegió mas que su salida, no hizo mas que librar de la muerte á un hombre en derrota, vencido, acosado por mis soldados, á quien acechaba la muerte en todas partes, y este hombre era un hermano. No hizo otra cosa que privarme de la gloria y el gusto de haberle perdonado yo mismo por ella, por su amor; pues cómo podia yo haber mandado matar al hermano de la muger que me ha hecho cual nadie la vida encantadora y deliciosa? Su muerte, aunque de ley y justa, hubiera traspasado de dolor el corazon de Blanca, la hubiera hecho mirar con horror al hombre que firmó la sentencia de un Luna, del que habia mandado verter su misma sangre. Este hombre, yo, se hubiera visto privado de sus caricias, de sus halagos, de sus transportes tiernos y amorosos, que valen mas que el cetro del universo entero. No, Beltran, yo no le hubiera podido hacer morir, como no lo hice tampoco en Toledo cuando con su padre le tuve en mi poder; no, no era posible á no haber hecho antes morir en mi pecho un amor que se ha enseñoreado completamente de mi corazon. Blanca pues no es culpable, como

tú quieres, de infidelidad ni traicion: no protegió al conspirador, salvó al hombre perseguido, al hermano desvalido, como tú mismo en igual caso hubieras hecho.

—Jamás: antes mi rey y señor que cuanto pueda existir de mas sagrado para el hombre en la tierra.

—No te has hallado en tan triste caso, y no puedes asegurar de unos sentimientos que tienen gran distancia de la concepcion á la práctica. Ademas es menester tambien tener presente cuánto dista de la igualdad el temple del corazon de un guerrero al de una tierna y compasiva muger.

—Estoy perdido! calculó en su interior el duque. Doña Blanca es dueña aun del corazon del rey.

—Voy á estender la órden, dijo este poniéndose á escribir, para que te respeten y obedezcan como á mí. Toma, ya está, continuó despues de sellar el escrito. Va con todos los requisitos necesarios. Puedes retirarte y dar las órdenes convenientes para que no se repitan escenas semejantes á las de esta noche. Escobedo no podrá marchar quizá en un par de dias ó mas al cadalso, y pudieran intentar de nuevo arrebatarle de la fortaleza. Manda tambien que quiten el patíbulo del sitio en que se colocó, es decir, de delante de las ventanas de doña Blanca, y que le trasladen á la plaza frente á la prision.

—Y pondré vigilantes y espias en la casa de doña Blanca?

—No.

—Manda algo mas V. A?

—Nada, duque. Adios, que voy á descansar el poco tiempo que falta para el nuevo dia.

—Hombre inconstante, inconsecuente y voltario! salió diciendo para sí don Beltran de la Cueva, duque de

Alburquerque, despues de retirarse el rey. Mengua de los soberanos de Castilla!.... En un mismo instante cuántos pareceres!.... cuán distintos sentimientos!.... Quiere vengarse, matar, aniquilar, destruir y... en seguida perdonar y aumentar tal vez el favor y su gracia á las personas que mas aborrecia y escitaban su cólera un momento antes!.. Necio, y mil veces necio el que confia en él, ni en sus determinaciones!.... Y mi posicion al presente es sumamente crítica y terrible. Doña Blanca tiene aun mucho lugar en el corazon del rey... y si ella se sostiene su amiga y favorita, mi caida, mi perdicion es enevitable. Si..... sin duda. La contará quién le informó de todo, quién le reveló la huida de su hermano por su habitacion, quién le aconsejó que escuchara, y quizá por ganarla mas cariñosa, se disculpará conmigo, la dirá que irrité sus pasiones y sus celos, aumentará mucho mas á lo que le dije, y yo seré en desagravio de la dama su víctima, en lugar de ser su vencedor!.. Escobedo no ha muerto aun, y quién sabe!.... puede ser perdonado tal vez. Esto no puede quedar asi: es ya negocio de vida ó muerte, y ó mueren los dos ó muero yo. Ira del cielo!!! Resolucion pues: he avanzado demasiado para retroceder: echemos el resto, y el todo por el todo!

En este soliloquio mental concluye de bajar la escalera del alcazar y llega á la puerta. Da inmediatamente las órdenes á las tropas para que vayan á situarse en aquellos puntos mas necesarios de guardar, y á tomar todas las avenidas de la prision de Escobedo, y montando en seguida á caballo parte á galope en direccion de su casa, para dar á su confidente y ciego servidor el secretario otras órdenes mas interesantes, aunque mas villanas.

—Hernando! dijo al secretario entrando en su gabinete, te necesito ahora mismo para un asunto de gran cuantía y en el que es preciso emplear mucha maña, tino y sagacidad.

—Disponed de mi vida, señor duque, contestó el secretario.

—Tu vida y posicion será envidiada de toda Castilla, si das feliz cabo á la empresa que te voy á fiar.

—Mandad, señor, que me es molesto el tiempo que paso sin serviros y complaceros.

—Escobedo ayudado por sus parciales ha tratado de huir de la prision.

—Lo sé, señor, y tambien que está muy mal herido.

—No tanto como yo quisiera.

—El cirujano, dijo el secretario con marcada intencion, es de toda mi confianza y de vuestro partido.

El duque de Alburquerque miró con agrado y complacencia á Hernando, y continuó:

—Cierra esa puerta, acércate aqui, y te diré lo que debes hacer al momento, y lo que te mando ejecutar antes que amanezca. Lo demas que pueda convenir lo dejo á tu celo y cuidado, y tú lo arreglarás como mejor te plazca.

—Ya está cerrada la puerta, y nosotros solos y libres de escuchas. Podeis decir, señor.

—Lo primero que debemos procurar es alejar de la corte á doña Blanca de Luna, cuya permanencia en ella seria mi perdicion.

—Pero no va á marchar á una reclusion?

—Creo que ya no. El rey me ha hablado de ella en unos términos que estaba yo muy lejos de esperar: no la encuentra culpa alguna en toda su conducta tenida

hasta ahora; antes por el contrario cree que ha obrado como debia sin faltarle en nada á él ni á nadie, por lo que me he persuadido de que la conserva el mismo amor. Aun no la ha visto ni hablado despues de sorprender á Escobedo á sus pies; pero me ha dicho que piensa hacerlo y quizá muy pronto. Es pues preciso que cuando vaya á buscarla no la encuentre.

—Viva?...

—Ni viva ni muerta.

—Esplicaos.

—Ahora mismo vas á marchar á su casa, y á pesar de la hora que es, confio que la hallarás levantada, como lo estan casi todos los habitantes de Segovia, y ella tiene mas que otro alguno motivo de sobresalto y lugar á mas fundados temores. Ya sabrá que la alarma y conmocion de la ciudad han sido producidas por la pretendida fuga de Escobedo; mas si no lo supiera cuéntaselo, aumentando en el relato lo que te parezca á propósito para intimidarla y acobardarla. Dila que el rey está furioso, y que ha jurado vengarse de los que le han originado tal disgusto y sobresalto, y de ella particularmente por creerla, á no dudar, cómplice en la intriga y protectora del preso: que me ha dado el mando de Segovia y las instrucciones de lo que debo hacer, una de las cuales es que ponga guardia en su casa para que no pueda huir, pues el ánimo y pensamiento de D. Enrique es que muera tambien; pero que condolido yo de su desgracia y triste situacion, se lo aviso para que huya inmediatamente sin perder un momento, porque las órdenes que tengo son tan terminantes, que me obligan á mandar poco despues de tí la tropa que ha de custodiar su persona, y llegada, nada podré hacer en su favor.

—Y si se negase á huir?

—No creo que tal suceda, pues cuanto ha pasado desde ayer á hoy la hará mirar su muerte como segura é inevitable y no la considero con el heróico valor de esperarla á pie firme.

—Pero si sucediera?

—Entonces seria preciso apelar á otro remedio, contestó el duque, poniendo al mismo tiempo como maquinalmente la mano izquierda sobre la empuñadura de la daga que llevaba pendiente de la cintura.

—Está bien, dijo con inteligencia el secretario apartándose. Sereis servido, señor: voy ahora mismo.

—La voluntad del rey, continuó diciendo D. Beltran de la Cueva, es que se quite el cadalso de donde está ahora, y se coloque en la plaza frente á la entrada principal del fuerte que encierra á Escobedo. Manda que vayan á desmontarle; pero que los operarios trabajen muy despacio mientras estés en casa de doña Blanca. Llámala la atencion hácia aquel punto, y dila que van á aumentar las dimensiones del tablado para que suban y mueran en él á un tiempo dos condenados. Una indicacion semejante la hará decidirse por la fuga. Si se encontrase perpleja é indecisa por no tener medios para ponerla en ejecucion, ofrécela tu ayuda, sírvela y dala un guia de tu confianza que ejecute fielmente tu mandato y que la deje fuera de Castilla.

—Nada mas?...

—Puedes irte ya.

—Una cosa me ocurre, señor duque, que debemos tener en cuenta. Creo que me habeis dicho que D. Enrique pensaba ver á doña Blanca.

—Sí, y por eso es necesario no perder un instante.

—Me tomaré la libertad de manifestaros, señor, que puedo ser muy fácilmente sorprendido en casa de doña Blanca, si el rey entrase por la puerta secreta, y un lance semejante podia tener muy malos resultados. Me parece, salvo vuestro modo de pensar, que seria prudente fuérais, mientras yo á hablar á doña Blanca, vos á palacio, y entretuvieseis al rey si estuviera levantado, para obrar yo con seguridad.

—Tienes razon, y es muy acertado tu cálculo, pues aunque D. Enrique me dijo que iba á descansar, pudiera darle la gana de pasar á la habitacion de esa muger. Sí, voy allá. Si duerme me quedaré en la antecámara, y ves allí á darme la noticia del resultado de tu comision.

—Allá iré.

—Cuidado!... Tino y sagacidad.

—Confiad en mí. Os prometo que doña Blanca no os incomodará mas.

CAPITULO XX.

Comend. Guay si la alcanza su mano.....
Ant. Ella acertóse á escapar.
Cuando al obispo prendieron
No la han podido encontrar
Por mas que lo pretendieron.

(Escosura. D. Jaime el Conquistador.)

ILLANOS é infames cálculos ocupaban la mente del secretario de D. Beltran de la Cueva al dirigirse á la habitacion de doña Blanca de Luna. Desmedidamente ambicioso, todos los medios por criminales que fueran los juzgaba lícitos si le conducian al fin que se habia propuesto de medrar, acrecentar riquezas, lucir

y figurar. Conocia perfectamente la índole de su señor, que tenia mucha analogia con la suya, aunque un resto de vergüenza y pundonor le impidiesen á aquel manifestar abiertamente sus deseos sanguinarios y homicidas, por mas que los ansiase su corazon en unos casos tan críticos para él, como en el que se hallaba al presente. Por tanto, pues, el simulado y perspicaz secretario se insinuaba de un modo, aunque claro para la inteligencia del duque, enigmático sin embargo, y manifestando en su manera de decir una determinacion propia, espontánea y no obediencia á un mandato, ni consulta á los deseos y parecer de su señor, lo que á este le agradaba en estremo y sabia agradecer largamente. Llega por fin batallando con mil ideas á cual mas perversas á la casa de doña Blanca, determinado y resuelto á no salir de ella sin haber librado al duque y librádose él mismo de tan terrible y poderoso enemigo: contesta por la ventanilla, no sin grandes precauciones, el tímido portero; pero al saber quién era el que llamaba y de parte de quién venia, abre inmediatamente la puerta y franquea la entrada con mil saludos, ceremonias y disculpas por la tardanza. Sube presuroso Hernando y manda á las camareras de doña Blanca que la pasen recado inmediatamente de que está allí encargado de comunicarla sin perder momento un asunto del mayor interés; pero le contestan que la es imposible complacerle, porque su señora estaba descansando.

—Sin embargo, es preciso que lo hagais, añadió con tono imperioso el secretario, no puedo dilatar ni un instante el noticiarla mi mensage.

—Repetimos que es imposible, señor, porque anoche al retirarse se cerró por dentro quedando sola y sin

criada alguna en su cuarto: ¿y cómo podremos darla vuestro recado estando cerrada la puerta?

—Llamad á ella, y sino lo haré yo. No salgo de aquí sin haberla hablado. Vamos pronto.

No pudiendo las doncellas contener la resuelta determinacion de Hernando, le condujeron á la puerta del cuarto de su señora y comenzaron á llamar; mas por repetidos golpes que dieron tanto ellas como el mismo Hernando, doña Blanca no contestó.

—Qué quiere decir este silencio? esclamó sorprendido el secretario del duque. No está en su cuarto? Me habeis engañado!... hablad pronto ó temed.....

—Señor, contestaron atónitas y confusas las criadas, nada podemos deciros mas, sino repetir lo mismo que ya os hemos manifestado: que anoche se recogió temprano: que nos despidió á todas diciendo que queria estar sola: que nos previno que no la llamásemos aunque ocurriese lo mas interesante, y que se cerró por dentro: que luego cuando el alboroto y alarma de la ciudad, acudimos á ver si nos necesitaba y si queria que la acompañásemos; pero encontramos la puerta cerrada como la veis y nos retiramos sin verla ni oirla.

—Y no hay mas salida de su cuarto que esta?

—Otra que comunica con la galería del alcazar.

—Ninguna mas?

—No conocemos otra.

—Y hay mucha distancia de aquí al aposento en que duerme?

—Alguna, sí señor; pero no tanta que no puedan percibirse allí con bastante claridad los golpes que hemos dado.

—Me retiro: voy á madifestar al señor duque lo que

pasa, para que se lo participe al rey: no os movais de esta puerta, y en cuanto sintais dentro algun movimiento, en cuanto conozcais que doña Blanca se ha levantado, os llame ó abra, idme á avisar inmediatamente.

Salió el secretario, y veloz marchó á dar cuenta á su señor de lo que pasaba. Este, segun habia acordado con Hernando, fue directamente á palacio para entretener al rey si acaso se habia levantado; pero cuando llegó estaba aun durmiendo, lo que alegró en estremo al de Alburquerque, pues le probaba que no habia visto á doña Blanca y dejaba ademas todo el tiempo necesario para obrar á su secretario. Salió á la galería despues de encargar que le avisasen en cuanto el rey se despertára, y se llegó á la puerta que daba paso á la habitacion de doña Blanca, permaneciendo pegado á ella escuchando con el mayor cuidado si se percibia algun ruido, algun eco de voz humana que le asegurase de que su secretario habia llegado y hablaba con ella; pero un silencio sepulcral reinaba dentro, y ni el mas pequeño movimiento revelaba la existencia de un solo ser viviente en aquellas habitaciones. Aplicado el oido á la puerta, y detenida la respiracion, escuchando continuaba, cuando sintió las pisadas de una persona que diligente subia hácia la galería: se retira de la puerta y se dirige á reconocer al que se acerca; pero queda sorprendido al ver llegar á su secretario.

—Cómo tan pronto? le dice. Qué hay? La has visto ya, la has hablado, consiente en huir?

—Ni la he visto, ni la he hablado, le contesta Hernando, y vengo confuso en verdad. Doña Blanca se encerró anoche en su cuarto sin quedar en su guarda

ninguna criada. Hemos llamado á la puerta, pero inutilmente.

—Habrá huido?

—Dicen sus doncellas que no tiene el cuarto mas salida que aquella y la puerta que está al fin de esta galería. Por la primera nadie la ha visto salir, y por la otra no me parece probable que se haya atrevido á marchar, pues tenia que pasar por delante de los soldados de la guardia, de los que la mayor parte la conocen perfectamente.

—Pero habeis llamado con fuerza y conato?

—Con el suficiente para desquiciar la puerta si fuese menos sólida.

—Y qué hacemos ahora?

—Lo ignoro, señor.

—Loco estoy, no sé qué hacer.

—Tranquilizaos, señor duque, yo presumo que se ha de haber fugado, anticipándose á nuestros deseos. Si asi fuese, Dios la dé buen viaje y velocidad para salir pronto de Castilla, y si estuviese dentro de la habitacion, tiempo queda para deshacerse de ella.

—Pero en este último caso el rey la verá, la hablará, se reconciliará con ella, la dará aun mas poder y me pierdo de seguro.

—Ya sabeis que tengo confidentes y fieles parciales en su servidumbre que sabrán concluir con su poder é influencia.

—Y Escobedo?...

—Ese no tiene la puerta cerrada para mí, y marcho inmediatamente á visitarle y á hablar al cirujano.

—Sí, Hernando, marcha al instante y procura que quede.....

—Concluido hoy todo, perded cuidado.

Angustiosas dudas atormentaban el ánimo del duque originadas por la noticia que acababa de darle su secretario. No sabia qué hacer, ni de qué medio valerse para saber fijamente si doña Blanca habia huido ó estaba en su aposento: si habia marchado, lo que le convenia era dejarla tiempo bastante de ganar distancia para que no pudieran alcanzarla si D. Enrique mandaba gentes en su seguimiento, y por tanto nada debia decirle de lo que sabia; pero este, si la fuga era verdadera, tomaria prolijas declaraciones á cuantos sirvientes tenia doña Blanca, y sabria indudablemente los conatos de Hernando su secretario para verla: y qué contestar? qué motivo pretestar para esta intempestiva visita cuando nada le habia ordenado D. Enrique que tuviese relacion con doña Blanca? Ocultar el paso que habia dado pudiendo saberse tan fácilmente, era dar lugar á sospechas que podrian ganarle el desagrado del rey y un compromiso formal. Qué hacer, pues? Era preciso decir algo, motivar la ida de Hernando, hubiese huido ó no doña Blanca. Revolviendo estaba en su imaginacion mil encontradas ideas, buscando un medio de salir del apuro, cuando llegó á la galería, en la que permanecia aun, un ugier á decirle que ya se habia levantado el rey y podia entrar á hablarle. Dirigióse sin tardanza á la real cámara sin haber encontrado todavia un medio probable de vencer su compromiso.

—Qué hay, Beltran? le preguntó el rey en cuanto le vió. Ha ocurrido algo de particular?

—Nada, señor. Dí las órdenes que me comunicó V. A. y algunas otras que me parecieron convenientes, en especial para descubrir á los protectores de Escobedo.

—Y ha sido preso alguno?

—Ninguno hasta ahora, señor.

—Y cómo has vuelto tan pronto?

—Como deben permanecer en Segovia los parciales del preso y algunos villenistas de los que acometieron el alcazar, me ha parecido prudente velar cerca de vuestro dormitorio, pues pudieran unirse é intentar algun atropello.

—Gracias por tu celo y cuidado, duque.

—Un oficial del alcaide Pedro Arias, dijo al rey entrando en la cámara el ugier, solicita permiso para hablar á V. A.

—Que pase.—Y bien, qué ocurre? preguntó el rey al oficial en cuanto entró.

—Hace pocas horas, señor, contestó este, participé á V. A. que D. Francisco Escobedo habia sido hallado tendido en tierra y bastante herido, y que se le habian aplicado los remedios necesarios, merced á los cuales habia vuelto en sí. Trastornado, dejó, aun despues de estar algun tanto en su conocimiento, operar al cirujano; pero recobrado enteramente conoció en donde se hallaba, calculó sin duda lo que habia hecho, su verdadera posicion y lo que podia esperar, y desesperado y frenético se rasgó los vendajes, arrancó los apósitos, y con una fuerza increible en su situacion saltó de la cama oponiéndose y negándose á las amonestaciones y cuidados del cirujano. Todos acudimos para forzarle á volver al lecho, trabándose una lucha horrible: le sujetamos por fin; pero sus esfuerzos angustiosos, la gran cantidad de sangre que nuevamente habia perdido, corriendo á borbotones con sus movimientos desesperados por las heridas que se habia vuelto á destapar, le pusieron en el último trance: espirante le tendimos en

la cama, el cirujano comenzó de nuevo á curarle; pero ya no era tiempo: antes de concluir la operacion entregó Escobedo su alma al Criador.

—El le dé completo perdon y la gloria, dijo el rey.

—Asi sea, añadió el de Alburquerque, disimulando apenas la alegria que le embargaba.

—Disponeis alguna cosa, señor? preguntó al rey el oficial.

—Nada mas sino que den sepultura á su cuerpo como conviene á su posicion de hoy.

Se retiró el oficial de Arias, y el duque viendo que se disminuian sus contrarios, ayudando y secundando la suerte sus conatos, se decidió á hablar al rey acerca de doña Blanca y noticiarle lo que habia ocurrido á su secretario, dando á la visita que este la hizo un motivo razonable. Con tal determinacion, pues, dijo á D. Enrique:

—Tengo que poner en noticia de V. A. que en cuanto salí esta madrugada del alcazar ordené que fuesen á quitar el cadalso de donde estaba y le trasladasen al punto que me mandó V. A. Dí la comision á mi secretario Hernando, encargándole al mismo tiempo que pues iba tan cerca subiese á tranquilizar á doña Blanca, calculando que debia estar asustada y temerosa con la conmocion y alarma de la ciudad, sorprendiéndose aun mas si veia trabajar sin saber el fin en el tablado colocado al frente de sus ventanas. Subió, pues, y le dijeron las doncellas que su señora se habia encerrado sola en su cuarto: creyó que esta prevencion la habria tomado impelida de miedo y terror, y justamente solícito por su tranquilidad, hizo que las criadas llamasen á la puerta para hacerla alejar todo recelo y temor, y él mismo lla-

mó tambien; pero sin embargo de hacerlo con bastante fuerza, doña Blanca no contestó.

—Qué oigo!.. y has tardado tanto en decírmelo! Voy al momento á ver lo que la ha sucedido: quizá un parasismo, un accidente originado del susto y sobresalto..... y sola, cielos!.. Voy, voy al instante. Pobre Blanca! Espérame aqui.

Corre D. Enrique presuroso y abre la puerta que por la galeria daba entrada á la habitacion de doña Blanca, y se lanza en la alcoba misma. Todo lo encuentra perfectamente arreglado; pero doña Blanca no estaba: desatentado corre por todas partes registrando con prolijo cuidado los rincones mas apartados; llega á la puerta de comunicacion con el resto de la casa, y la misma por la que llamó Hernando, y vé la llave puesta por dentro en la cerradura; abre y se encuentra frente á frente con las criadas de doña Blanca que, cumpliendo con la órden del secretario del duque de Alburquerque, permanecian esperando á que su señora se levantase para avisarle, las que quedan atónitas y consternadas al ver abrir la puerta al rey con el rostro demudado.

—En dónde está Blanca? esclama este. Decid, decid pronto. En dónde se oculta? Que salga que nada tiene que temer.

—Señor, no lo sabemos.

—Cómo!.. eso es imposible. Llamadla, llamadla al instante... ó vive el cielo que os hago morir á todas!

—Señor, piedad, dijeron postrándose á sus pies aterradas las criadas: nosotras no sabemos en donde se halla. Anoche.....

—Silencio!.. á buscarla! registremos toda la casa! pronto. Y seguido de los acongojados y temerosos sir-

vientes corre todas las habitaciones derribando los trastos y llamando con descompasadas voces á su amada; pero en ninguna parte la encuentra; ha recorrido ya diferentes veces la casa toda, ha subido y bajado á los mismos aposentos, ha hecho rodar cien veces los mismos muebles, ha rasgado las colgaduras, ha desprendido los tapices; pero sin resultado: doña Blanca no parece.—Ha huido, cielos! esclama por fin en la mayor desesperacion. Ha huido de mí!.. de mi injusticia! de mi rigor!.. pero yo la hallaré aunque se esconda en las entrañas de la tierra. Beltran! Duque! grita corriendo por la galeria hácia su cámara, no está!.. ha huido!.. Blanca se ha escapado!

—Señor!!!

—Al momento, al instante, que marchen en todas direcciones, que me la traigan, que la tenga yo á mi lado!

—Pero señor!..

—Tú tienes la culpa, y si no me la traen te juro que me lo has de pagar! Ves, ves tú mismo, corre, vuela.

—Yo?

—Sí, pronto: y si la encuentras, si me la traes, olvido cuanto me has hecho sufrir con tu fatal revelacion; tú harás cuanto quieras en el reino, tú le gobernarás, tú tendrás mi cetro y mi corona, tú serás el rey.

En este momento se percibió delante de los balcones del alcazar un sordo murmullo causado por grandes grupos de gente que se agolpaban hácia la puerta principal de la real morada. Sobresaltado el duque de Alburquerque abre el balcon y ve que la gente bastante acalorada iba llenando la plaza, reteniendo y obstruyendo el paso á dos hombres empolvados que segun se dejaba conocer se dirigian á palacio.

—Señor, qué hacemos? dijo el duque al rey. La plaza está llena de gente, y no sabemos sus intenciones.

—Sean las que quieran no me importan: Blanca sola ocupa mi pensamiento.

—Ved, señor, que antes que amante sois rey, y responsable de vuestro pueblo.

—Beltran, cuidado! No sufro reconvencion ni observaciones de ninguna especie. Haced lo que os he prevenido.

—Lo haré, señor, pues no temo arrostrar la muerte por serviros; pero considerad que los villenistas han deseado y pedido mas de una vez la vida de su rey.

Esta observacion hizo volver de su delirio á D. Enrique, y el deseo de la propia conservacion relevó en aquel momento al amor.

—Baja, dijo al duque, que defiendan la puerta mis soldados y averigua sin tardanza lo que origina ese movimiento.

Bajó D. Beltran y supo que era producido por las noticias que habia dado uno de aquellos hombres á quien detenia el pueblo preguntándole aun mas. Se dirige el duque á ellos y les manda que le digan las noticias que propalan y el fin con que se dirigen al palacio.

—Con el de dárselas al rey, contestan.

—Traeis algun pliego?

—Los traíamos; pero nos los han robado en el camino matándonos los caballos.

—Subid, pues.

—Los presentó al rey y dieron la triste nueva de que hacia tres dias (1) que reunidos en Avila los principales

---

(1) Miércoles 5 de junio de 1465.

gefes del partido del marques de Villena, con este á su frente, habian mandado levantar un gran tablado fuera de la ciudad, en el que colocaron la estatua de D. Enrique revestida de todos los ornamentos y atributos reales; que despues de estar ya presentes todos los mas poderosos señores é inmenso pueblo, el pregonero relató un gran número de crímenes de que hacian culpable al rey, y la sentencia nacional que á ellos habia recaido. Despojaron en seguida la estatua de las insignias del poder y la arrojaron del tablado abajo con grandes aclamaciones y algazara: subieron en el momento mismo sobre hombros al infante D. Alfonso y le declararon rey, alzando por él los estandartes reales y prestándole alli el juramento de fidelidad.

Asombrados quedaron el rey y el duque al oir tal noticia: no podian persuadirse de su certeza y dispusieron quedasen retenidos los mensageros de ella para sufrir la última pena si fuese falsa; pero cuando los llevaban á la prision llegó á galope tendido otro mensagero con pliegos del capitan Fernandez Galindo, que mandaba las tropas del rey, en el que relataba lo mismo que los otros habian dicho.

—Señor, dijo al rey el duque luego que acabó de leer el pliego, ya es tiempo de que desplegueis todo vuestro poder para aniquilar á esos viles y pérfidos vasallos: mandad inmediatamente reunir las tropas, poneos á su frente y marchemos sin dilacion á acabar con los traidores.

—Sí, Beltran, lo haré: procura tranquilizar al pueblo; manda reunir el consejo inmediatamente, y..... no olvides tampoco que salgan gentes en busca de Blanca.

—Descansad en mi celo, señor.

CONCLUSION.

Miserable de mí! yo habia vivido
Contenta con mi orgullo en mi bajeza!
Tú no lo sabes; pero tú has herido
Un alma, en fin, que á comprenderse empieza.

(Espronceda. El Diablo Mundo. Canto V.)

TRANSCURRIDO era un año desde la muerte de Escobedo. La guerra seguia con el mismo teson; y aunque no se habia dado una accion general, la sangre castellana corrido habia mil y mil veces en escaramuzas, encuentros parciales y en asaltos á las plazas fuertes que pasaban continuamente del poder del rey al del infante y del de este al de aquel. Cansados y fatigados los dos partidos acordaron una tregua de algunos dias, de la que se aprovechó D. Enrique para irse á solazar y recrear á Madrid.

Una mañana, poco antes de la hora marcada para salir el rey á caza con sus caballeros, llegaron al frente del palacio dos hombres, vestidos el uno de labrador, pero con esmero y decencia, y cuyos ademanes libres

y desembarazados denotaban que no siempre habia sido su ocupacion labrar la tierra: el que le acompañaba era un soldado segun el completo trage que de tal llevaba. Marchaban muy despacio hácia el alcazar diciendo el labrador al soldado.

—Yo me acercaré solo: pueden conocerte á tí y....

—No temas: me escuda el pabellon de Villena, soy de su ejército y puedo, garantido con la tregua, pasear por donde quiera.

—Con todo, Bertran, el rey te tiene muchas ganas desde la noche que quisiste salvar á Escobedo.

—Bah! El rey no se acuerda hace mucho tiempo ni de aquel ni de mí. El que sí ha deseado colgarme es don Beltran de la Cueva y su secretario Hernando; pero este murió á mis manos en Simancas cuando la entramos á saco, y su amo está exonerado y desterrado de la córte.

—Sin embargo.....

—Farfan, yo no tengo como tú muger ni hacienda: soy soldado y nada me espanta. Hace tiempo que no he visto á D. Enrique, y no quiero salir de Madrid sin ver si le han desfigurado el rostro los sustos que ha llevado.

—Pero hombre, ten presente que debo, segun las instrucciones que me han dado, entregar el pliego y desaparecer; y si nos ven juntos pueden sacar al uno por el otro.

—En eso no habia yo pensado. Tienes razon, y..... y separémonos ya que sale D. Enrique á caballo. Nos encontraremos luego?....

—Sí, en donde sabes.

Salió efectivamente el rey, y el labrador se aproximó y le dijo:—Tomad, señor, este pliego que me han encargado ponga en vuestras reales manos.

ANSELMO MARTI

Le abrió el rey, curioso de saber lo que contenia, y leyó: «Hoy hace un año, señor, que abandonada del universo entero salí de Segovia huyendo de vos y de la tremenda sentencia que fulminasteis contra una pobre muger, inocente de todo otro crimen que el de haberos amado con demasía. Hubiera sufrido vuestra injusticia y rigor si solo deseado hubierais mi muerte; y si vos mismo me la hubierais dado, mi voz espirante os hubiera perdonado y dicho: aun os amo, D. Enrique, y vos únicamente habeis hecho palpitar de placer y amor mi corazon; pero este no podia sufrir la humillacion que queriais: mil muertes antes que ser encerrada por criminal, dije, y mil muertes me decidí á arrostrar. Huí, pues, y tomé asilo en un convento fuera de vuestro reino y en el que profesaré antes que recibais esta carta. Esposa ya del Supremo Hacedor, mi voz deberá alzarse solo para bendecirle y pedirle perdon de las culpas que por vos únicamente he cometido. Mañana seria un crimen escribiros; hoy puedo aun hacerlo sin faltar á mi deber, y lo hago para despedirme de vos hasta la eternidad y para aseguraros y juraros que en nada os falté: que si mi corazon se inclinaba en algunos momentos al retiro y á la penitencia era sin dejaros de amar; pero presintiendo el corazon el pago que disteis á su delirio y amor. No me engañaba!.... me ví despreciada por el que idolatraba y herida en lo mas sensible; pero os lo perdono y los tormentos todos que me habeis hecho sufrir. Mi corazon desengañado desprecia los goces y placeres mundanos y es todo ya de su divino Criador: á el comunicaré mis cuitas, á él postrada suplicaré me dé la tranquilidad en esta vida y la gloria eterna en la otra: y él me lo concederá, porque ama al pecador arrepentido.

«Adios, D. Enrique: sed tan feliz como os deseo, y por cuya constante suerte y ventura pediré al Eterno; olvidad á esta infeliz en otro tiempo y dichosa hoy, porque la iluminó la gracia celestial, y si alguna vez os acordais de ella no sea para acusarla de faltas y delitos que contra vos no cometió, sino para contarla como la muger que mas os amó, y para considerar que si por vos fue culpada para los demas, para vos fue virtuosa—Blanca.»

Concluida la lectura y enternecido el rey buscó con ávidas miradas al portador del pliego; mas reparando que habia desaparecido mandó que le buscasen por todas partes, ofreciendo una gran recompensa al que lé encontrara; pero todas las pesquisas fueron inútiles: el labrador marchó para no volver mas.

Demostró D. Enrique afligirse de veras en esta ocasion: leia continuamente la carta y sus ojos se arrasaban siempre de lágrimas considerando habia perdido por su injusto y desmedido rigor á la muger que mas él amó y de la que fue correspondido con mas lealtad; mas como en nada habia sido constante, no lo fue tampoco en la pena y tristeza por la pérdida de doña Blanca: nuevas intrigas amorosas le consolaron al poco tiempo, las que abandonó por otras y otras, haciendo ver claramente cuán poco valor tiene y cuántos disgustos atrae por lo general *el favor de un rey*.

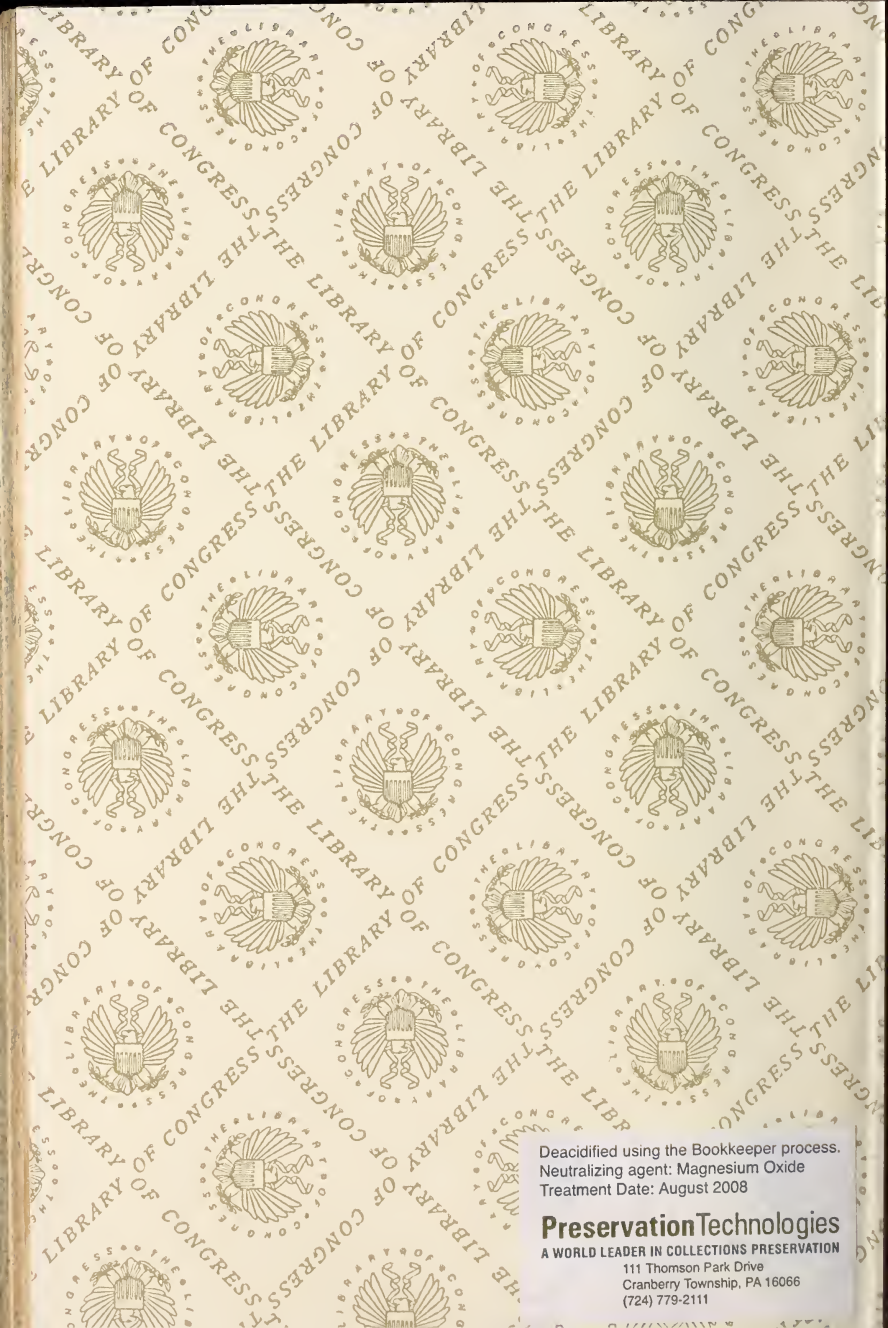
FIN.

Esta obra es propiedad del autor y editor, quienes perseguirán ante la ley al que la reimprima, debiendo todos los ejemplares ir firmados por los dos.

El autor.

El editor.

C-74



Deacidified using the Bookkeeper process.
Neutralizing agent: Magnesium Oxide
Treatment Date: August 2008

PreservationTechnologies
A WORLD LEADER IN COLLECTIONS PRESERVATION
111 Thomson Park Drive
Cranberry Township, PA 16066
(724) 779-2111

WERT
BOOKBINDING
Grantville, Pa.
Mar — April 1987
We're Quality Bound

LIBRARY OF CONGRESS
0 023 830 646 2